MARX

Durante años han venido multiplicándose los estudios sobre la obra teórica de Karl Marx; se han analizado sus escritos y se han desmenuzado sus teorías desde todos los ángulos y desde todas las posiciones ideológicas. Sin embargo, esta avalancha de información teorética había conseguido en buena manera relegar a la oscuridad el perfil puramente humano del hombre que construyera una de las teorías que más incidencia han tenido, y tienen, en nuestro mundo actual.

Werner Blumenberg ha conseguido poner a nuestro alcance con este libro la posibilidad de conocer al Marx de «puertas adentro», sus relaciones familiares, su comportamiento cotidiano, sus deseos y temores, sus aspiraciones. En pocas palabras, nos presenta fundamentalmente al *hombre*, basando el entramado de su trabajo biográfico en una numerosa, bien seleccionada y fidedigna documentación.

MARX Werner Blumenberg 7 SALVAT

MARX

WERNER BLUMENBERG



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

MARX

WERNER BLUMEMBERG

Prólogo

SANTOS JULIA DIAZ

SALVAT

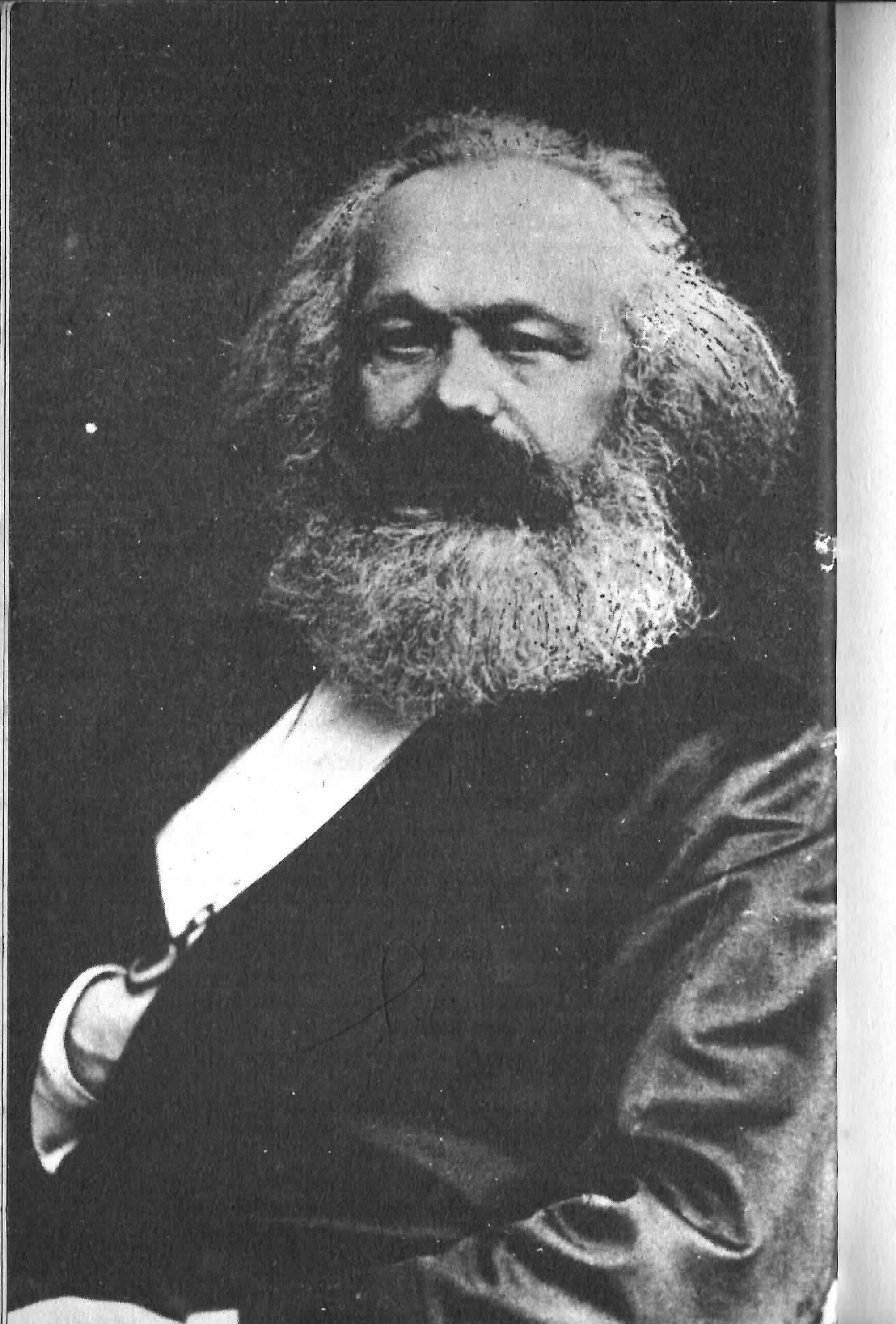
Versión española de la obra original alemana: *Marx*, publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

Traducción del alemán a cargo de Rosa Pilar Blanco.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Internationaal Instituut voor Social Geschiedenis, Amsterdam

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8152-3
Depósito legal: NA -668-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1986.
Printed in Spain

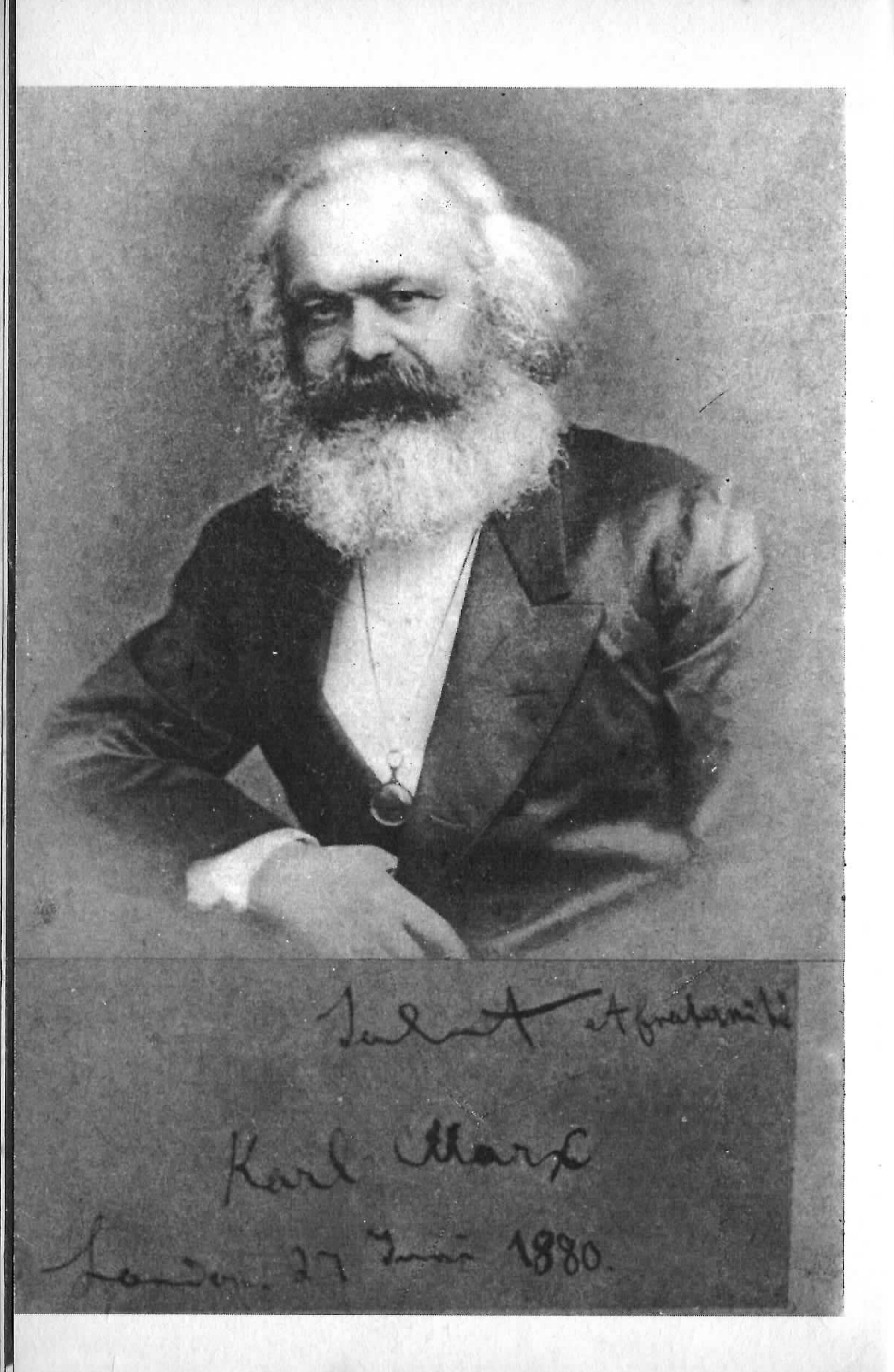
Índice



Karl Marx (1818-1883)

Karl Marx, político, filósofo y economista alemán, nació en Tréveris el año 1818. Llevó a cabo sus estudios jurídicos en la Universidad de Berlín, donde se formó filosóficamente en la izquierda hegeliana. De Hegel conservó el método dialéctico, pero repudió el idealismo y la actitud, común a los filósofos anteriores, de limitarse a interpretar el mundo sin cooperar en su transformación. Su crítica de la economía clásica está contenida en *El Capital*, que analiza las formas de producción burguesa, última forma antagónica del proceso de producción social tras la esclavitud y el feudalismo. En 1848 escribió el *Manifiesto Comunista* en colaboración con Engels. Gran parte de su vida estuvo dedicada a la actividad política práctica y a la organización del movimiento obrero. En 1864, participó en la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), más conocida como I Internacional. Marx murió en Londres, el año 1883.

Karl Marx, creador de una de las más poderosas corrientes ideológicas del s. XIX.



Prólogo

Karl Marx: un pensamiento abierto

por **Santos Juliá Díaz**

«Imagínate a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel juntos –y digo bien juntos, no revueltos– en una sola persona y tendrás al Dr. Marx.» El entusiasta dibujo que Moses Hess traza de Marx cuando éste aún no había comenzado el largo periplo que acabará con sus huesos en un cementerio de Londres, resume bien lo que era ya aquel joven recién graduado y lo que no dejará de ser hasta su muerte: una poderosa inteligencia situada en el cruce de los caminos del pensamiento que parten desde diversos lugares de Europa en los años de su múltiple revolución científica, política e industrial. Marx fue un filósofo alemán que pensó la sociedad europea occidental del siglo XIX con categorías de la economía política inglesa y en el marco de referencias históricas heredado de la Ilustración francesa y escocesa. Por un azar de que fue responsable su biografía viajera, en su cabeza fundieron las mejores conquistas del pensamiento europeo.

Un lector insaciable

La grandeza de Marx se asienta, pues, en una curiosidad insaciable que le convirtió en resumen y síntesis de la sabiduría de su tiempo. Por su estilo de pensar, por lo que entonces se llamaba método, Marx es un Hegel redivivo; por su concepción de la historia y por su empeño en considerar a la sociedad como un todo histórico, es un continuador de la Ilustración francesa y de la escuela histórica escocesa; por los intereses intelectuales de su madurez y por su análisis crítico del capital, es un economista que se sienta en la escuela de Ricardo; por el proyecto político al que dedicó buena parte de sus energías, Marx conocía bien toda la literatura socialista, o simplemente filantrópica, de su tiempo.

◄ *Karl Marx, junio de 1880.*

La pasión por conocerlo todo le convierte desde muy pronto en un devorador de libros, cuya sustancia conserva gracias a su nada despreciable memoria –cualidad muy estimada entonces: su suegro podía recitar a Homero en griego y de memoria– y a su incansable disposición a llenar cuadernos y más cuadernos con notas, resúmenes y comentarios tomados de –o sugeridos por– la más variopinta legión de autores. Marx leyó, anotó y resumió a una amplia gama de autores de su época, desde el economista al filántropo, desde el filósofo al historiador: todavía hacia finales de su vida se dedicaba a resumir una historia universal con objeto de refrescar sus conocimientos. Amaba a los trágicos griegos, recitaba –en inglés, naturalmente– a Shakespeare y era capaz de leer a Cervantes en español. Aunque sea una verdad trivial por lo repetida que su pensamiento se edificó, como ya observaron Engels y Lenin, sobre la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, es cierto que su curiosidad intelectual desbordó con creces esa especie de santa trinidad del pensamiento europeo, que simboliza bien, por lo demás, lo sustancial del saber de su tiempo.

Ahora bien, si la grandeza de Marx se fundamenta en tales conocimientos, no se deriva exclusiva ni principalmente de ellos, de ser lo que se dice un hombre en verdad culto, sino de la original creación que produjo a partir de ese suelo fértil en ideas que fue Europa desde el hundimiento de la sociedad feudal y del pensamiento teológico. Ciertamente, lo que Marx hereda, de donde aprende, es de la sabiduría que emerge de una sociedad burguesa en ebullición. Pero lo que Marx destila, lo que produce, es la crítica radical de los fundamentos económicos y sociales de esa misma sociedad. Marx es tanto el resumen, la síntesis, de los diversos saberes que acompañan y legitiman el ascenso de la burguesía como su crítico más radical.

Teoría de la historia y crítica del capital

El Marx crítico será, pues, inseparable del Marx devorador de libros. Pero la crítica, desde su juventud y durante toda su vida, no consistirá en rechazar con displicencia lo que lee ni, como harán luego los ortodoxos del marxismo organizado, en lanzar a la hoguera y condenar lo que se desvía de un supuesto camino recto. En Marx, la crítica no consiste en negar el pasado, sino en montarse sobre él para ver más lejos. Hay una vieja estampa de la imaginería universal en la que un enano cabalga sobre los hombros de un

gigante para compensar su desventaja física con una visión más larga. Marx también camina siempre –aunque no sea precisamente un enano– montado en los hombros de quienes le precedieron, pero no para ver más lejos, sino para ver más hondo por medio de la inversión de la mirada. Y así, cuando pone a Hegel sobre sus pies y somete a crítica a la ideología alemana, lo que hace es alumbrar una nueva teoría de la historia; cuando aprende de Ricardo y somete a crítica a la economía política, lo que hace es alumbrar una nueva teoría del capitalismo. Marx es «un Ricardo convertido al socialismo y un Hegel transformado en economista», como le describió Lassalle. El resultado de la inversión de la mirada es la teoría materialista de la historia y la crítica de la economía política, las dos construcciones teórico-científicas que aseguran a Marx un lugar de privilegio entre los pensadores que se enfrentaron a la tarea de explicar la nueva sociedad surgida en Europa tras la doble revolución científica y política de la era moderna.

La teoría materialista de la historia es, como toda la obra de Marx, resumen de un saber, crítica del saber resumido y descubrimiento –como bien señaló Althusser– de un nuevo «continente» del saber científico. Marx pone sobre sus pies lo que se venía diciendo desde un siglo antes: que la sociedad actual es una totalidad histórica, un sistema, producto de un largo proceso de evolución, determinado por los cambios del modo de subsistencia o por los diversos estadios del pensamiento humano. Marx acepta el punto de vista que hoy llamaríamos sistémico, pero rompe los mecanismos que explican su proceso histórico para poner en su lugar una teoría de la revolución, basada a su vez en el doble y quizá antinómico supuesto de la lucha de clases y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Hasta 1848, Marx es el crítico de la filosofía alemana que, al descubrir el comunismo, piensa la sociedad como una totalidad que sigue una sola línea de evolución histórica y cuya transformación viene determinada por la acción de un sujeto colectivo, la clase social. El materialismo histórico era, pues, en su primera formulación, una teoría lineal de la historia y una teoría de la revolución como resultado de la acción consciente de un sujeto colectivo, la burguesía en la sociedad feudal y el proletariado en la sociedad capitalista. La larga sombra de la Revolución francesa no permitía pensar en otros términos, hasta el punto de que, enunciado así, el materialismo histórico corría el riesgo, al que más adelante sucumbirá, de ser interpretado como una filosofía voluntarista de la historia.

Sin embargo, diez años después, al resumir su itinerario in-

telectual, Marx expuso su teoría de la historia sin mencionar expresamente el concepto de clase social y sin mentar para nada a la burguesía o al proletariado. En 1857-59, la historia aparece como un proceso determinado por el desarrollo de las fuerzas productivas y los períodos revolucionarios surgen del choque entre el grado de desarrollo de esas fuerzas productivas y el relativo desfase que se produce con las relaciones de producción. Del riesgo de voluntarismo se había pasado al riesgo de determinismo económico en la concepción global del proceso histórico.

En ambos casos se trata de filosofía de la historia, ese saber por encima de los hechos que culminó con Hegel e impregnó hasta el tuétano al joven Marx. Más adelante, sin embargo, Marx negará de forma expresa que todas las sociedades deban pasar por idénticos estadios y afirmará que lo escrito por él en este sentido sólo es aplicable a Europa occidental. La explicación de este cambio de perspectiva radica en que, tras el fracaso de las revoluciones de 1848, el interés de Marx se ha desplazado de objeto. La sociedad capitalista se presenta como entidad dura, resistente y que en absoluto ofrece síntomas de haber llegado al límite de sus posibilidades de reproducción. Marx deja en reserva su concepción de la totalidad histórica y se aplica, en esas condiciones familiares que Blumenberg designa como miseria de la vida, a la crítica de la economía política.

La economía política era, en tiempos de Marx, la teoría natural del capitalismo. Su crítica consistirá en arrebatar al capital su aureola de producto histórico-natural y descorrer el velo que oculta su carácter de fundamento y producto de unas específicas relaciones de dominación. No habrá en adelante un orden natural de las cosas, ni habrá una historia regida por leyes naturales ni una mano invisible que rija los destinos del mercado y de la sociedad. El velo sagrado-natural de que se rodeó al nacimiento de la nueva sociedad mercantil y capitalista, como culminación de una historia universal de la razón o como manifestación última de una providencia laicizada en forma de progreso, fue desgarrado por Marx en su obra de madurez. Desde entonces ya no es posible ninguna filosofía de la historia.

La emancipación de la clase obrera

Materialismo histórico y crítica materialista de la economía política: dos propuestas que habrían hecho grande a Marx entre los

grandes pensadores del siglo XIX. Con todo, si es preciso ocuparse todavía hoy de Marx es porque sus descubrimientos no fueron más que una parte, sustancial desde luego, de un proyecto político que el propio Marx formuló muchas veces con voces cargadas de connotaciones morales: la emancipación de la clase obrera como preludio de la emancipación de toda la humanidad. Precisamente, en su concepción de la historia y en su crítica del capital creía Marx haber encontrado los fundamentos científicos de un proyecto de liberación.

Esas son palabras mayores que hoy sólo provocan impacientes gestos de escepticismo. Sin embargo, eran palabras habituales en las primeras reflexiones con pretensiones científicas sobre la sociedad europea del siglo XIX. Comprender la sociedad era un componente necesario pero no exclusivo en la tarea de reconstrucción social que se abría tras el derrumbe de la orgánica sociedad feudal. Saint-Simon y Comte, teóricos de la sociedad industrial, culminaron sus sistemas proponiendo nuevas religiones universales que sirvieran de cimiento moral a la nueva sociedad. Marx estuvo siempre lejos de semejantes tentaciones, porque nunca creyó que las contradicciones de la sociedad capitalista pudieran resolverse en un falso reino de la moral o la religión. Pero su rechazo de la moral y la religión no significaba una negativa a resolver aquellas contradicciones. Ocurría, simplemente, que tales contradicciones sólo podrían resolverse por una revolución proletaria.

Esa convicción le empujó a participar en las tareas de organización de la clase obrera como sujeto de la revolución. La síntesis de saberes diversos que constituye la base de su obra se extiende así a la síntesis nueva de creación teórica y trabajo práctico que fue su propia vida. No se trata, evidentemente, de que sus convicciones le impidieran hacer dinero ni de que se viera obligado a una vida que durante veinte años estuvo hundida en la miseria. Tales privaciones no equivalen a participar en la condición proletaria, y los documentos que aporta Blumenberg en esta biografía prueban bien que Marx era en sus valores y sentimientos íntimos un sólido burgués victoriano. Marx no fue un obrero ni participó de la condición obrera, sino un organizador y un teórico de la clase obrera.

Un pensamiento abierto

Su presencia en organizaciones obreras y la propia vida de miseria que le obligó a aceptar trabajos periodísticos convirtieron a Marx en un escritor atento al desarrollo real de los acontecimientos

políticos en diversos países europeos. Este hecho, al unir de forma inextricable su obra a su vida, habría de tener dos consecuencias decisivas en el desarrollo de su teoría y de su crítica.

En general, los pensadores de su época se caracterizaron por alumbrar sistemas cerrados de pensamiento para construir luego sobre ellos variaciones de desigual interés. Marx pudo haberse quedado, como ellos, en partero de una filosofía de la historia universal que enuncia leyes destinadas a ser negadas por el propio desarrollo histórico. Sin embargo, la conexión de su vida al acontecimiento y la necesidad de entender teóricamente el alcance de cada nuevo hecho despertaron en él un profundo apetito por lo concreto y una sólida convicción de que lo concreto no puede diluirse en mera ilustración de una teoría previamente establecida. Tomar a los hechos en serio –es decir, ser un científico– es, más allá de cualquier explicación psicologista o psicoanalítica, lo que le impide cerrar su propia teoría en un sistema de pretendidas verdades. Es lo que le obliga a asegurar, sin pretender con ello hacer una broma, que, por lo que a él se refiere, no es marxista, ya que nunca pensó ser el autor de un sistema teórico cerrado. El pensamiento de Marx, por tomar en serio a lo real concreto y no forzarlo a encajar en una teoría, es un pensamiento incompleto y abierto. Tal es la primera consecuencia.

La segunda es el carácter asistemático y tentativo de gran parte de su obra. Muchas de las páginas escritas por Marx fueron resultado de exigencias inmediatas y muchos de los escritos que han servido para construir las más variadas y contradictorias interpretaciones de su pensamiento no fueron más que borradores, de algunos de los cuales consta expresamente su decidida voluntad de no darlos a la imprenta. Así, los celebérrimos Manuscritos de 1844. *Pero lo mismo podría decirse de los tres volúmenes de borradores escritos en la década de 1850 para preparar* El Capital. *Ni siquiera el propio* Capital *estaba listo para la imprenta cuando le alcanzó la muerte. Fue Engels quien se encargó de la edición de los Libros II y III. En otros casos, aspectos fundamentales de su pensamiento deben ser reconstruidos gracias a la correspondencia que mantuvo con sus amigos y con dirigentes del movimiento obrero.*

Marxismos después de Marx

Ese carácter no terminado, abierto, asistemático y en ocasiones tentativo del conjunto de su obra, unido al empeño de pensar la realidad social como totalidad histórica y al proyecto de liberación obrero al que unió su vida, es lo que explica el diverso y contradictorio destino del marxismo a la muerte de Marx. Pues, por una parte, su teoría y su proyecto político habrían de alimentar durante décadas la conciencia de lucha de la clase obrera y convertirse en cemento de sus organizaciones. Pero, por otra, ese pensamiento, dotado de tan brillante y engañosa claridad, estaba condenado a cerrarse en un sistema codificado de verdades al convertirse en ideología perfectamente estructurada de organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera. Las fórmulas simples y rotundas, la capacidad explicativa de una teoría que como la de la selección natural podía «agrupar y explicar una multitud de hechos pasados y presentes» y, en fin, la propuesta programática que presentaba a la revolución como un fin histórico-natural de la práctica obrera eran los ingredientes fundamentales que una organización de lucha necesitaba para su propia cohesión e identidad. Tales características se multiplicaron al infinito cuando esa ideología se convirtió, tras el triunfo de la revolución rusa, en cuerpo de doctrina de Estado, es decir, en una ideología de dominación y finalmente de terror.

Es perfectamente vano e inútil especular acerca de si Marx se hubiera estremecido y horrorizado al contemplar cómo en nombre de la fidelidad a una ortodoxia marxista eran arrojados a las tinieblas exteriores o enviados a la muerte millares de seres humanos. Tan inútil como prentender que el proyecto de Marx se une a una pretendida cadena causal con las realizaciones prácticas de los marxistas. El Estado soviético liquidó durante los años treinta a un buen número de sus fundadores: nada garantiza que en nombre del marxismo no habría liquidado también a Marx de haber tenido la posibilidad física de hacerlo.

Pero si un posible desarrollo del marxismo fue el que caracterizó a la Unión Soviética, otros muy diversos estaban también implícitos en el propio carácter de su obra. Las continuas derrotas de los movimientos obreros revolucionarios en Europa occidental no podían dejar de afectar a las primeras codificaciones del pensamiento de Marx. Se procedió, pues, desde muy pronto, a revisarlo a partir de nuevos análisis del desarrollo del capitalismo y de la clase obrera. Esta tradición revisionista habría de acabar, tras una larga historia, por suprimir toda referencia a Marx y al marxismo en los programas políticos de muchos partidos socialistas de Europa. Curiosamente, este marxismo reformador, tras contribuir a la integración objetiva de la clase obrera en la sociedad capitalista y, por tanto, a la transformación de esa sociedad, ha terminado por disolverse como referente ideológico-programático de los partidos y sindicatos que un día lo adoptaron como su ideología oficial.

Por lo demás, la publicación de escritos de Marx y el cierre de toda perspectiva revolucionaria tras el fin de la II Guerra Mundial han convertido al marxismo en materia de la actividad universitaria en Europa occidental y en los países de su misma área cultural. Así, a la par que se habla de crisis de marxismo al verle degradado a pura ideología de dominación o suprimido de las referencias explícitas del socialismo europeo, se ha producido una insospechada eclosión de estudios marxistas en campos como la filosofía, la teoría del conocimiento, la historia o la economía. Es significativo que en la década de los setenta y en lo que va de ésta se hayan producido en los países de lengua inglesa más obras acerca de Marx, o que se sitúan expresamente en algunas de las tradiciones marxistas, que en ninguna época anterior.

Esta múltiple herencia del marxismo significa, de forma trivial, que Marx está vivo, pero quizá significa también que, al menos en los países latinos de fuerte tradición marxista, y desde luego en los anglo-germanos, el marxismo no será ya más una ideología sin fisuras de organizaciones políticas. A la par que se ha producido el hundimiento del marxismo como sistema cerrado de pensamiento y como síntesis de saberes o como ilusorio resumen de teoría y práctica, se ha producido también una expansión de lo que podría llamarse cultura marxista. Eso significa en definitiva que en los escritos y en el pensamiento de Marx no hay una norma que pueda guiar la acción de organizaciones políticas y sindicales para enfrentarse a los problemas que plantea el capitalismo de hoy: pretender que esos problemas pueden solucionarse recitando alguna de las leyes económicas formuladas por Marx es tan anacrónicamente ilusorio como afirmar que los problemas de las ciencias sociales se iluminan repentinamente si encima de ellos se coloca la luz que arroja un texto escrito en 1857. Pero la simultánea expansión de una plural cultura marxista significa también que para formular preguntas pertinentes a nuestro tiempo, la teoría y el modo o método de pensar que fueron los de Marx conservan aún fresco su vigor. A condición, claro está, de no confundir una teoría y un modo de pensar con unos inertes contenidos de verdad.

La biografía

Werner Blumenberg nació en Alemania en 1900 y fue miembro del Partido Socialdemócrata Alemán desde 1920. Hijo de un pastor protestante, trabajó como minero y más adelante como periodista y participó activamente en la oposición clandestina a Hitler,

primero en Alemania y luego en Holanda, tras la invasión nazi. En Holanda comenzó a trabajar para el Instituto de Historia Social de Amsterdam, cuya sección alemana dirigió después de la guerra.

Esta biografía de Marx que ahora se reedita en castellano apareció por vez primera en alemán en 1962, pocos años antes de la muerte de su autor. Blumenberg hizo abundante uso de documentos depositados en el Instituto y reprodujo con generosidad la correspondencia de Marx con sus familiares y amigos. La utilización de este tipo de documentos le permitió un acercamiento muy personal y humano, más que intelectual o político, a la figura de Marx.

Quizá sea en este tipo de acercamiento donde resida el singular interés de esta biografía. Hay un dibujo de 1843 que representa a Marx como un Prometeo encadenado a una prensa de imprenta y que podría simbolizar bien la que sería invariable tendencia a presentar su vida como la de un héroe prometeico siempre perseguido por los dioses de la reacción y del capital. El mérito de esta biografía es haber renunciado desde su comienzo a cualquier tono hagiográfico y a presentar a Marx como un héroe encadenado a su destino. Esta de Blumenberg es una vida de Marx y no un recitado heroico de Prometeo condenado por los dioses.

Por lo demás, cada biografía es hija de su tiempo. Tras la II Guerra Mundial, al convertirse el marxismo en ideología oficial de un régimen totalitario, se produjo en círculos socialistas y católicos de Europa un movimiento para recuperar lo que se llamó el humanismo marxista. Esta biografía debe situarse en ese momento y dentro de esa corriente general por encontrar el lado humano de un personaje tantas veces satanizado o divinizado. Se trata, pues, de un relato más cercano a la vida personal de Marx que a su acción política o al desarrollo de su pensamiento. Después de 1962, año en que apareció por vez primera esta obra, los estudios sobre Marx y el marxismo han conocido momentos de esplendor, de los que, como es obvio, esta biografía no ha podido beneficiarse.

Uno de esos momentos está asociado a la culminación de los estudios de Auguste Cornu, a los que Blumenberg se refiere al comienzo de su obra. Cornu llevó a cabo un estudio detallado y exhaustivo del itinerario intelectual y político de Marx; pero, sobre todo, despertó con su trabajo un renovado interés por la vida y la obra de Marx entre los pensadores franceses. A un discípulo y crítico de Cornu, Louis Althusser, está ligado uno de los más rigurosos y renovadores trabajos sobre el pensamiento de Marx y sus rupturas y descubrimientos. Como ocurre con toda obra importante, la de Althusser lo fue tanto por sus aportaciones originales como

por las diferentes reacciones que provocó. Las obras, cada una de interés en su ámbito, de Ivan Meszaros, Shlomo Avineri o Edward Thompson no podrían entenderse si no es en diálogo o crítica del autor francés. En todo caso, las diversas posiciones adoptadas en esta rica discusión han arrojado sobre la vida de Marx y sobre el significado de su obra una nueva luz.

Por otra parte, la entrada de los estudiosos ingleses y americanos en la obra de Marx ha enriquecido los conocimientos sobre su vida –en los múltiples trabajos de Daid McLellan, por ejemplo–, como la comprensión de algunos aspectos de su obra, especialmente los relacionados con la teoría materialista de la historia, los problemas de la aparición del capitalismo o las categorías económicas utilizadas por Marx en su crítica de la economía política. El florecimiento de estudios históricos situados expresamente en la tradición marxista y producidos en Gran Bretaña o Estados Unidos indica bien que el conjunto de la obra de Marx encerraba más potencialidades de las que podían aparecer a los ojos de un socialista de los años cincuenta.

Dicho esto, es evidente por lo demás el valor hasta ahora intacto de esta biografía de Marx. Asegurado su punto de arranque en documentos muy personales, Blumenberg no tiembla al presentar el lado convencionalmente llamado humano de Marx. Así, van desfilando la discusión que desde la universidad mantuvo con su padre; las diferencias muchas veces agrias que le alejaron de su madre por motivos económicos; las preocupaciones por un dinero que no llega y que le hacen brutalmente insensible ante una reciente desgracia que sufre el mejor de sus amigos; las aspiraciones a una vida de decoro burgués que le llevan a ocultar su paternidad ilegítima o a aparentar unos medios económicos de que no dispone con objeto de que sus hijas no pierdan posibilidades de relación. Y junto a este Marx angustiado por la miseria y anclado en los tradicionales valores burgueses, el Marx que encuentra apoyo decisivo en Jenny von Westphalen y en su vida familiar; que escribe algunas de sus más brillantes páginas con sus hijos saltando literalmente sobre sus rodillas; que goza de aquellos platos fuertes y picantes en los que naufraga su salud; o que llora con amargura la muerte de su pequeño hijo Edgar. Un Marx, en fin, que guarda más de una sorpresa para quienes se han acercado a su figura con la actitud de quien cree habérselas con un dios o con un demonio.

1. Introducción: problemas de una biografía

> *«Con excesiva frecuencia los partidarios de Marx, y también sus críticos, han olvidado que tras su obra existe un creador, que bajo el marxismo subyace el hombre Marx, y que tanto los aspectos plenamente vigentes de su obra como los efímeros responden a la personalidad, entorno histórico y desarrollo individual y vital de un hombre de carne y hueso.»*
>
> Gustav Mayer

La bibliografía sobre el marxismo crece de día en día. Este incesante aumento, debido en parte a la polémica ideológica abierta entre el Este y el Oeste, demuestra que Karl Marx, creador de la más poderosa corriente de pensamiento del siglo XIX, no es un personaje enterrado en los libros de historia, sino que su presencia continúa viva y vigente en la actualidad. Esta afirmación se ratifica mucho más contundentemente si pensamos que hay numerosos Estados en los que el «marxismo» se ha convertido en la ideología dominante, una ideología que se configura como alternativa potencial al modelo de sociedad imperante en Occidente.

La literatura sobre Marx es inabarcable y abrumadora, pero en su mayor parte se ocupa de las teorías, y, en general, no se puede decir que contribuya a su esclarecimiento o a despertar en el lector medio el interés por profundizar en ellas. Las teorías se amontonan sobre las teorías y se deja premeditadamente de lado a su creador. Sin embargo, Marx no fue un erudito que aspirase a conocimientos «objetivos», sino, como agudamente lo definió Engels, «un político revolucionario sobre todo», cuya obra tendía en consecuencia a fundamentar o legitimar sus objetivos políticos. Resulta, por tanto, mucho más incomprensible que se tengan tan poco en cuenta los factores de esa poderosa personalidad que contribuyeron a levantar tan colosal edificio ideológico.

En este sentido la consigna de 1918 sigue siendo absolutamente válida. Recordemos también aquí que Edward Hallett Carr abre su biografía sobre Marx publicada en los años treinta afirmando que la suposición de los marxistas de que su sistema había caído del cielo como las tablas de la ley mosaica o que había surgido autosuficiente y armado como Atenea de la cabeza de su creador es completamente amarxista, porque no es lícito excluir al marxismo del ámbito de aplicación de la propia ley marxista que establece que la ideología es producto de las circunstancias sociales de la época en que nace. Es fácil deducir de aquí la necesidad de considerar la vida de Marx como un elemento importante para comprender el marxismo.

La biografía sobre Marx de Franz Mehring –ya clásica y todavía no superada en nuestros días, pese a los numerosos trabajos aparecidos desde entonces– vio la luz en 1918. Antes y después de esta fecha han aparecido obras biográficas, sucintas unas y monumentales otras, pero la mayoría de ellas dejan traslucir el apriorismo de sus autores en relación con los enfoques particulares del marxismo adoptados por cada uno de ellos. Por otro lado, la literatura de autores marxistas abunda en leyendas y conlleva en numerosas ocasiones un carácter fuertemente apologético. Dentro de esta complejidad contextual hay que resaltar que incluso los contemporáneos partidarios de Marx estuvieron siempre perplejos frente a él porque sabían de sobra que Marx era diferente por completo a la imagen que de él tenían.

El trabajo de investigación de Mehring refrenda este curioso fenómeno. Este autor fue probablemente el mejor conocedor de Marx hombre, y la fuente más importante, con mucho, para su biografía la constituyó la correspondencia de Marx con Friedrich Engels, publicada en 1913 por Bebel y Bernstein en una edición expurgada. Todos los teóricos y dirigentes socialistas de entonces coincidieron de forma unánime en la «necesidad» de hacer enérgicas podas en las cartas, tanto por razones de índole «moral» como por consideraciones de corte propagandístico: Marx no podía ser como él mismo se daba; Marx, el descubridor de leyes objetivas, infalibles e independientes, tenía que estar libre de subjetivismo para erigirse en fuente de certeza. Sin embargo, su correspondencia con Engels revelaba que era un hombre de la más acendrada subjetividad, de manera que lo que constituía precisamente su dimensión humana podía menoscabar el carácter de obligatoriedad implícito en su sistema. Incluso Mehring exteriorizaba sin rodeos su opinión de que todos los esfuerzos emprendidos desde hacía dos décadas por Kautsky, Bernstein, él mismo y otros autores, encaminados a honrar con sus obras la memoria de Marx, hubieran fracasado de haber aparecido íntegras las cartas. Y en su propia biografía –pese a que recomendara a futuros investigadores una «absoluta indiferencia frente a la tentación de propagandismo marxista»– se reconocen los pasajes en los que su mayor conocimiento de causa le hacía conformarse con alusiones totalmente incomprensibles para el lector.

Uno de los grandes méritos de David Rjazanov, fundador y director durante muchos años del Instituto Marx-Engels de Moscú, es haber publicado en su integridad las cartas de Marx y Engels. Esta obra monumental (cuatro voluminosos tomos de las obras completas de ambos autores) apareció entre 1929 y 1931. Rjazanov mantenía la acertada opinión de que Marx se había ganado el derecho a ser conocido objetivamente y de que el mundo debía conocer a este gran hombre tal como había sido. Sin embargo, este logro literario de Rjazanov planteó a los investigadores numerosos problemas no resueltos hasta hoy, y redujo a su justo valor muchas de las fuentes utilizadas hasta entonces para analizar la personalidad de Marx (por ejemplo, sus hijos o algunos de sus amigos), de modo que al confrontarlas con otros diversos materiales destruyeron la imagen ideal de un Marx héroe y ciudadano ejemplar y desenterraron su verdadera personalidad, extremadamente compleja y difícil.

Pese al mérito indudable de la publicación de las cartas, resulta lamentable que su rico material no haya sido aprovechado en los treinta años transcurridos desde entonces con vistas a una biografía detallada y fiel. El magno empeño de Auguste Cornu sólo ha llegado, por ahora, a comienzos de los años cuarenta, periodo que no plantea excesivos problemas. En el extremo contrario, sin embargo, esta correspondencia ha servido como base para la creación de una imagen distorsionada de Marx debida a la pluma de Leopold Schwarzschild. Anteriormente Werner Sombart, después de escribir en tono laudatorio *Karl Marx: su vida y su obra,* había justificado su alejamiento de Marx aduciendo que sus cartas, de las que conocía la edición abreviada, eran «repugnantes» y que traslucían «un alma completamente carcomida». La «miseria» de Marx, en lugar de conferir humanidad a su personaje, le escandalizaba; más tarde iría incluso «más lejos». A Schwarzschild le ocurrió algo muy similar. Sorprende que este destacado periodista –editor durante la época de Weimar del *Tagebuch* y, en el exilio, del *Neues Tagebuch,* que fue una de las mejores publicaciones alemanas– llegara a la disparatada conclusión de juzgar a una persona por la suma de sus defectos y a explicar una obra tan monumental como la de

Marx apelando a debilidades de carácter. Sea como fuere, una intención informaba su trabajo: recalcar que Marx era el origen de los Estados totalitarios y proporcionar con ello un arma para la «guerra fría».

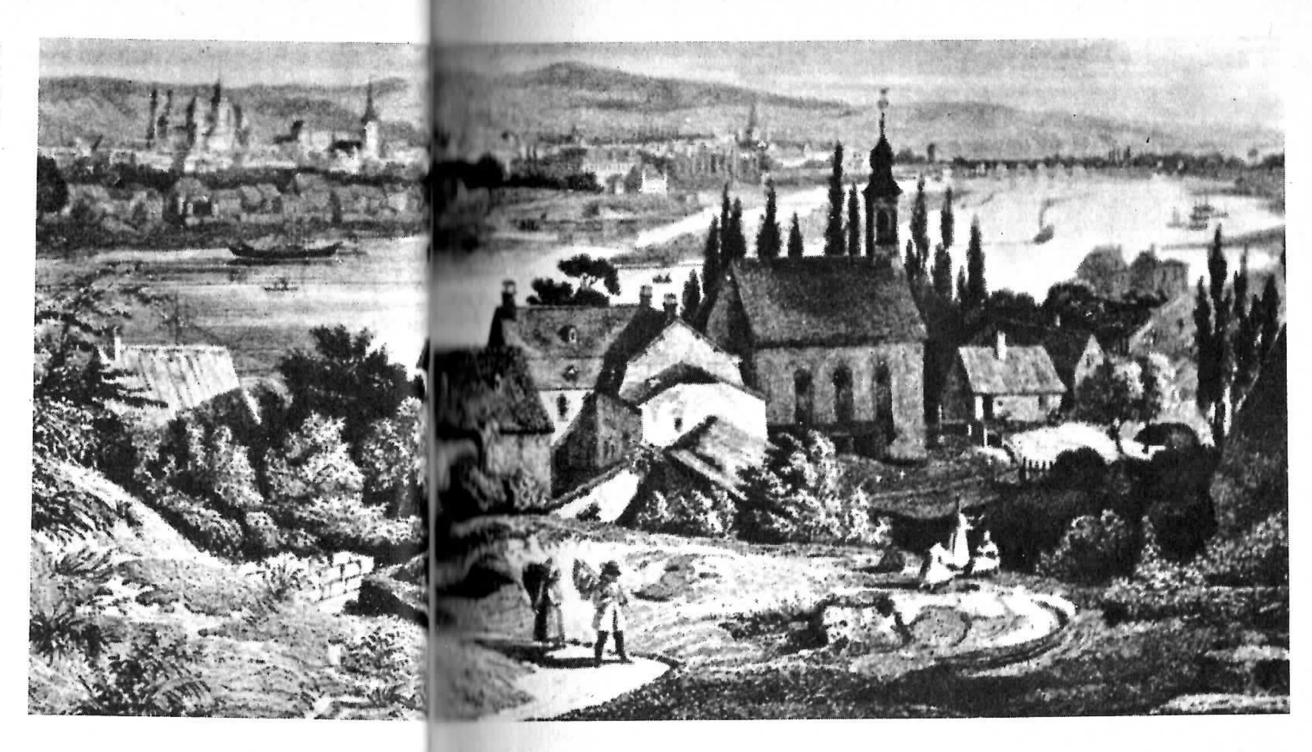
En la actualidad, un investigador francés, M. Rubel, ha hablado todavía de *«Marx, cet inconnu»*. Serán precisos numerosos trabajos de investigación hasta que podamos afirmar que tenemos una imagen fiel y justa del fundador del marxismo.

2. Antepasados, hogar familiar, escuela

Karl Heinrich Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris, por entonces pequeña ciudad de provincias de doce mil habitantes. Era hijo del abogado Heinrich Marx, de cuyo matrimonio con Henriette Pressburg nacieron cuatro hijos y cinco hijas. Moritz-David, el primogénito, había muerto en 1815, al poco de nacer, y sus hermanos Hermann, Henriette, Karoline y Eduard fallecerían, aún jóvenes, de tuberculosis después de abandonar Marx el hogar familiar en 1836. En la vida de Marx, pues, sólo encontraremos tres hermanas: Sophie, la mayor, esposa de Schmalhausen, un abogado de Maastricht; Louise, la menor, que se desposará con Juta, un aspirante a notario con el que emigrará a Africa del Sur; y Emilie, casada con un ingeniero de Tréveris llamado Conradi. Rodeado de tan numerosa familia, Marx disfrutó de una infancia y juventud sin sobresaltos. En la comunidad familiar, la armonía y el cariño presidían la relación entre padres e hijos, y en el trato reinaba el tono delicado propio de la época del *Biedermeier* (movimiento literario y artístico –representativo de la vida burguesa– desarrollado en Austria y Alemania durante la primera mitad del siglo XIX). El padre, que gozaba de prestigio en su profesión, se convirtió en consejero legal, y en 1819 adquirió una casa en Simeonstrasse 8, muy cerca de la Porta Nigra, y a ella se mudó la familia desde su primitivo domicilio de Bruckenstrasse 10, la «casa Karl Marx».

Los antepasados del padre y de la madre eran rabinos desde hacía muchas generaciones y, siguiendo una rancia costumbre, sus hijos se casaron entre sí. Disponemos de completa información sobre su árbol genealógico.[1] Algunos investigadores judíos han criticado –y con razón– que las biografías sobre Marx sólo aluden de pasada a esa tradición familiar. En concreto, Eugen Lewin-Dorsch fustiga el proceder de Mehring con estas palabras: «Mehring dedica a la niñez de Marx sólo cuatro o cinco de las más de 500 páginas de su extenso libro... Por lo visto, al eximio experto en historia prusiana no le ha entusiasmado especialmente este capítulo de la vida de Marx. Pero nosotros suscribimos la opinión de Oncken que, en su

En el año 1815, Tréveris, la ciudad natal de Marx, pasó a pertenecer a Prusia después de haber estado ocupada por los franceses desde 1794. En la imagen, una vista de Tréveris a principios del siglo XIX.



Partida de nacimiento de Karl Heinrich Marx, nacido el 5 de mayo de 1818, hijo de Heinrich Marx y Henriette Pressburg.

N.° 231 des Geburts-Aktes.

Im Jahr achtzehn Hundert achtzehn am [illegible] des Monaths Mai um [illegible] Uhr des [illegible] erschien vor mir Civilstands-Beamter der Bürgermeisterei [illegible] im Kreis [illegible] der [illegible] Heinrich Marx wohnhaft zu Trier alt [illegible] Jahr, (Stand) Profession [illegible] und zeigte mir ein Kind von [illegible] Geschlechts vor, und erklärte, daß dasselbe in [illegible] am [illegible] des Monaths Mai um [illegible] Uhr des [illegible] von dem [illegible] Heinrich Marx [illegible] (Stand) Profession [illegible] wohnhaft zu Trier und seiner Frau [illegible] erzeugt worden sey, daß dieselbe diesem ihrem Kinde den Nahmen Carl geben wollten. Nachdem gedachte Vorzeigung des Kindes und obige Erklärung in Gegenwart zweyer Zeugen, nämlich: des [illegible] Carl [illegible] alt [illegible] Jahr, (Stand) Profession [illegible] wohnhaft zu Trier und des [illegible] alt [illegible] Jahr, (Stand) Profession [illegible] wohnhaft zu Trier geschehen war, so habe ich über alles dieses in Gegenwart des Vorzeigers des Kindes und der Zeugen gegenwärtigen Akt in doppeltem Original aufgesetzt, welche nach Vorlesung derselben vom Vorzeiger des Kindes, den Zeugen, und mir unterschrieben wurden.
Also geschehen zu Trier am Tag, Monath und Jahr wie oben.

[illegible]

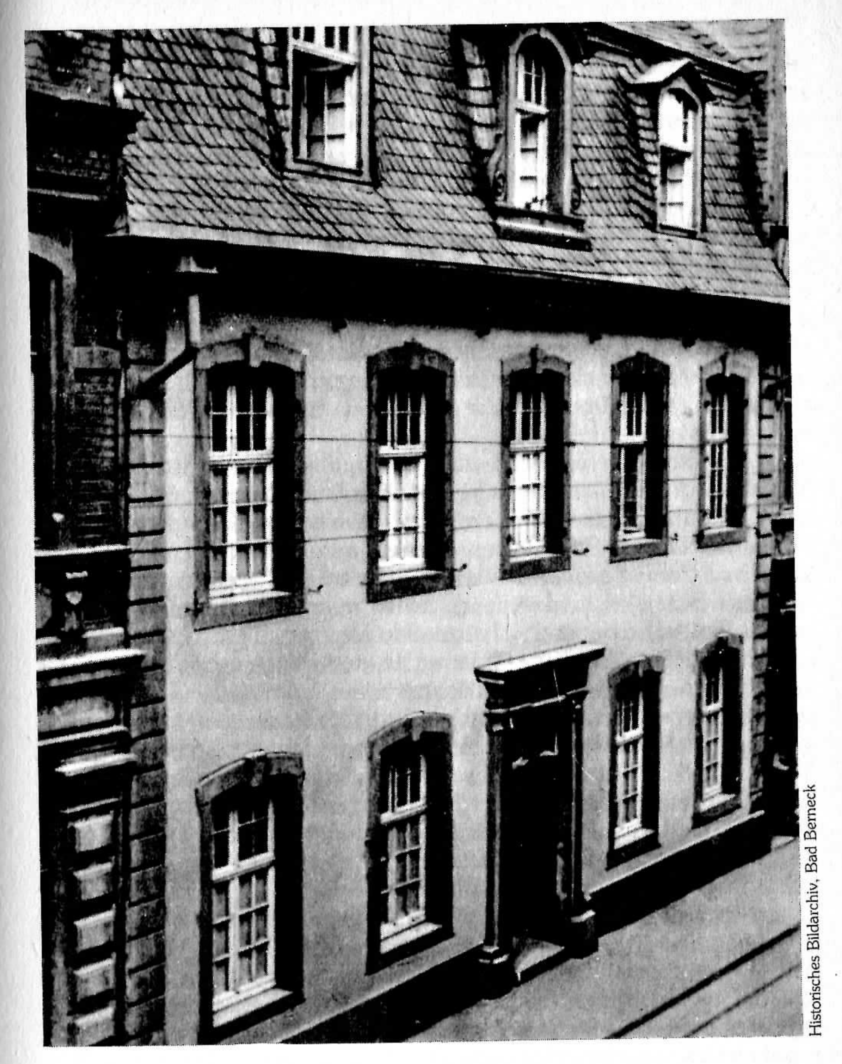
biografía sobre Lassalle, escribe: "Para investigar una vida humana, la época formativa es siempre más agradecida e interesante que las actividades de la madurez..." Aunque Marx pasó por alto casi premeditadamente su ascendencia judía —o quizá precisamente por eso—, crece en su biógrafo el deber de seguir los hilos que le unen al judaísmo. En este sentido hay que prestar atención preeminente a sus raíces judías... Tan peligroso es sobrevalorar el peso de semejante ascendencia, como valorarla demasiado a la ligera. Mehring escribe que el padre de Marx "se había desprendido por completo del judaísmo en sus relaciones humanas", que su hijo "había recibido de sus padres la herencia inestimable de la libertad frente al judaísmo" o que en las cartas a su hijo no se revelaba "huella alguna de costumbres o resabios judíos". Semejante análisis, peyorativo y pobre en conocimientos, elude la cuestión y sirve de poco, porque alude únicamente a la capa superficial de la vida espiritual, a los conocimientos conscientes del propio individuo, pero no penetra en lo más hondo, allí donde se moldea de manera imperceptible y misteriosa la personalidad. Fue el mismo Marx quien escribió: "La tradición de las generaciones muertas pesa como una losa

sobre la conciencia de los vivos." De modo que si pretendemos abarcar la dimensión humana de Marx en toda su amplitud e intensidad, debemos atender también a su procedencia rabínica, herencia de cuya magnitud probablemente ni siquiera él mismo fue consciente. La cultura liberal y "cosmopolita" que se respiraba en su hogar, la conversión de su padre al protestantismo, e incluso su intensa y constante aversión al espíritu mercantil de los judíos, no anulan esa "tradición de las generaciones muertas", sino que éstas seguían influyendo sobre él.»

El padre de Marx, nacido en 1782, había sido el tercer hijo de Meier Halevi Marx, rabino de Saarlautern y más tarde de Tréveris, al que sucedería en el cargo su primogénito Samuel, fallecido en 1827. Contaba entre sus antepasados con varios rabinos, y entre los de su esposa había una serie de importantes eruditos. Ella era hija del rabino de Tréveris Moses Lwow, y su abuelo Josua Heschel Lwow también lo había sido en la misma ciudad hasta 1733, fecha en que ocupó el cargo en Ansbach; fue un gran erudito, y se dice de él que no se tomaba decisión alguna en la comunidad sin consultarle previamente. El padre de Josua, Aaron Lwow, hijo a la vez del ilustrado Moses Lwow de Lemberg, fue rabino de Tréveris en su juventud, y aproximadamente desde 1693 de Westhofen (Alsacia). Su linaje comprendía hombres ilustres como el sabio de Cracovia Josef ben Gersonha-Cohen, Meir Katzenellenbogen (fallecido en 1565), rabino y director de la Universidad talmúdica de Padua, y Abraham ha-Levi Minz (de Maguncia, muerto hacia 1525), también rabino de Padua. El padre de este último (nacido alrededor de 1408) abandonó Alemania a mediados de siglo a causa de las persecuciones y llegó a ser «una de las eminencias del judaísmo alemán e italiano».

El abuelo materno de Marx, o uno de sus antepasados próximos, emigró de Hungría a Holanda y fue rabino en Nimega. Una tía de Marx, Sophie, estaba casada con el banquero Lion Philips, abuelo del fundador del consorcio Philips, y Marx visitaría en repetidas ocasiones su hogar en Zaltbommel para tratar asuntos financieros con su tío, que era a su vez administrador fiduciario de su madre. La relación con estos parientes holandeses se prolongó, seguramente, hasta 1870.

Durante la Edad Media (que en la cronología judía se extiende aproximadamente hasta 1800) las comunidades judías gozaban de amplia autonomía en lo referente a sus asuntos internos, ya fueran económicos, religiosos o culturales, y su representante ante la ciudad y ante el Estado era el rabino. Como las comunidades se regían por una legislación y jurisdicción de derecho civil propias, era tam-



Historisches Bildarchiv, Bad Berneck

Casa natal de Marx en Tréveris, donde residió hasta el año 1819.

bién el rabino el encargado de ejercerlas, puesto que los judíos no acudían a los tribunales seculares excepto en casos de extrema necesidad y como último recurso. El rabino no era tanto padre espiritual y predicador como maestro y depositario de la sabiduría. En la época postalmúdica, al no codificarse ya más leyes, se juzga-

ba acudiendo al Talmud, y en los casos más intrincados se pedían dictámenes escritos *(Responsen)* a sabios conocidos. Tales dictámenes consistían en penetrantes exégesis realizadas según normas fijas basadas en la inducción hermenéutica, la analogía, la antinomia o el silogismo, que agotan las últimas posibilidades de la interpretación y conducen con frecuencia a sutilezas. En cualquier caso, semejante actividad pericial exigía profundos conocimientos de la tradición, del Halacha y del Talmud, sólo posibles gracias a un estudio incesante. Algunos miembros de la línea genealógica que nos ocupa, como Josua Heschel Lwow y Josef ben Gerson ha-Cohen, adquirieron gran renombre en la literatura de *Responsen*. A la vista del carácter del antiguo rabinismo podemos decir que en Karl Marx alcanzó su punto culminante y su final una tradición erudita de siglos.

Se ha pretendido enraizar en ciertos antepasados concretos algunos de los rasgos de la personalidad de Marx: así, por ejemplo, se ha atribuido su naturaleza combativa a una herencia de Josua Heschel Lwow. Otras veces, algunos autores han recogido las influencias de sus ascendientes de manera bastante sumaria, y así Arthur Sakheim lo definió como el «exegeta y talmudista de la sociología». En general se ha querido explicar su asombrosa capacidad de síntesis, la agudeza de su pensamiento, su agresividad polémica y su dominio de la dialéctica, como culminación de esa larga serie de eruditos acostumbrados al trabajo intelectual y a penetrantes interpretaciones. Georg Adler acentúa las «especiales dotes intelectuales de Marx» para desentrañar ideas nuevas y llevarlas hasta sus últimas consecuencias, así como su «capacidad para la abstracción, la deducción y la creación», cualidades que serían potenciadas por el estudio de la filosofía de Hegel. Sea como fuere, no parece lícito menospreciar este trasfondo genealógico, opinión que sostienen todos los investigadores judíos, los críticos más competentes en este asunto (G. Adler, S. Dubnow, D. Farbstein, H. Horowitz, E. Lewin-Dorsch, G. Mayer, A. Sakheim, B. Wachstein, S. de Wolff...). Muchos investigadores comparan a Marx con los antiguos profetas. Más adelante volveremos sobre este particular, así como sobre su presunto antisemitismo.

El padre de Marx se bautizó en 1816 ó 1817, a la edad de 35 años, pero no abrazó la confesión mayoritaria en Tréveris, es decir, la católica, sino la evangélica. Su elección estaba determinada porque, al igual que Heine, equiparaba el protestantismo con la libertad de pensamiento. Mientras que en Polonia la formación de los judíos abarcaba exclusivamente materias hebraico-rabínicas, porque consideraban un peligro para la religión cualquier conocimiento situado fuera de ese ámbito (el intento de Moses Mendelssohn de traducir el Pentateuco al alemán fue recibido con grandes anatemas), en Alemania, sin embargo, el espíritu de la Ilustración había penetrado por igual en los círculos católicos, en los evangélicos y en los judíos; no es una casualidad que Börne, Heine, Hess y Marx procedan de Renania.

Heinrich Marx había leído a Voltaire, Rousseau y Kant, y se había alejado de las sinagogas, aunque no había perdido sus ideas deístas y recomendaba a su hijo «la pura creencia en Dios» recogida de los sistemas de Locke, Newton y Leibniz como palanca para la moral. Su bautismo no fue para él, como para Heine, «la puerta de acceso a la cultura europea»; no se debió tampoco a las persecuciones de judíos que por aquella época tenían lugar en Renania y Alsacia, sino que fue motivado por la situación en que se vieron inmersos los judíos tras la caída de Napoleón. En 1815 fueron apartados en Prusia de todo cargo público; el 4 de mayo de 1816 un decreto del ministro del Interior incluyó en el concepto de cargo público el ejercicio de la abogacía y la dirección de boticas. El ministro desestimó la recomendación del presidente de la Comisión Delegada de Justicia para que se permitiera a Heinrich Marx desempeñar su profesión, habida cuenta de su excelente cualificación. En tales circunstancias, el bautismo era un paso obligado para Heinrich si quería seguir practicando una profesión a la que había accedido tras duros esfuerzos, privaciones y conflictos familiares. Un paso semejante suponía una ruptura total con su familia: su hermano Samuel, rabino de Tréveris (que moriría en 1827), su cuñada y otros familiares que residían en la misma ciudad. La ausencia de datos permite aventurar la hipótesis de la ruptura. Desconocemos también si Heinrich Marx habló con su hijo Karl sobre los motivos de su bautismo. Sus hijos fueron bautizados el 26 de agosto de 1824, y su esposa, el 20 de noviembre de 1825, retraso este último motivado por el respeto a su padre que aún vivía.

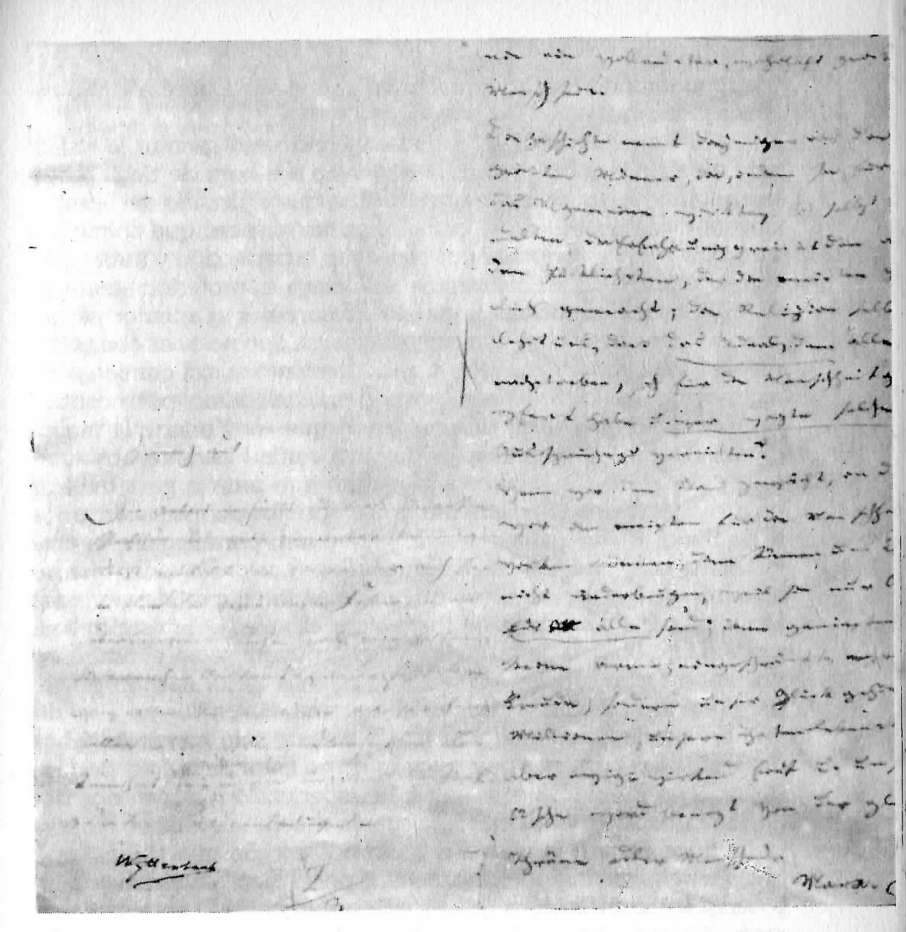
Esta conversión al cristianismo de Heinrich Marx, obligado por las circunstancias, fortaleció sus inclinaciones liberales y de oposición al régimen establecido, que se exteriorizaron en enero de 1834 en el Casino, un club social, con motivo de un banquete en honor de los diputados de Tréveris en el Parlamento de Renania. En su discurso, el abogado Marx mencionó al rey, «a cuya magnanimidad debemos agradecer las primeras instituciones de representación popular. El poder supremo y absoluto ha creado por propia voluntad asambleas de los Estados para que la verdad llegue hasta los peldaños de su trono...» Esta alusión al rey, que había roto, una y otra vez, sus solemnes promesas de Constitución, no albergaba en

absoluto intenciones irónicas; pero el gobierno vio en este banquete una profesión pública de liberalismo, una manifestación de las muchas que se celebraban entonces exigiendo una Constitución. Al poco tiempo, la situación se hizo mucho más patente en el aniversario de la fundación del Casino, en el que se cantaron la *Marsellesa, Was ist des Deutschen Vaterlands* y otras «canciones infames». El padre de Marx, denunciado por la policía, fue complicado en la subsiguiente investigación, y a partir de entonces el gobierno lo consideró uno de esos hombres «de cuyo comportamiento y compromiso nada cabía esperar en la crisis prusiano-renana». Karl Marx había cumplido ya dieciséis años.

Pese a todo, el liberalismo del padre tenía tintes muy moderados: su lealtad a ultranza y su carácter muy pacífico le impedían mantener su oposición con la energía necesaria. Mientras la actitud predominante en Tréveris era de oposición visceral a Prusia, él tenía una visión mucho más patriótica de la situación: cuando Marx en su juventud acariciaba proyectos poéticos, su padre le recomendó como tema para una «Oda heroica» un episodio de la historia prusiana, concretamente la batalla de Belle-Alliance-Waterloo, gloriosa para Prusia, y le sugirió que «asignara un papel... a la monarquía». Creía que semejante poema sería muy provechoso para la carrera de su hijo.

Durante cinco años Karl Marx estudió en un colegio de los jesuitas, en aquella época llamado Instituto Friedrich Wilhelm, que gozaba de merecida fama, debida en buena parte a la gran labor de su director Wyttenbach, muy respetado por la población renana, aunque no tanto por las autoridades, a causa de su ideología kantiana y liberal. Fue profesor de historia de Marx. Este, al finalizar su bachillerato, había obtenido muy buenas calificaciones en lenguas clásicas, alemán e historia, y no tan buenas en matemáticas y francés. Su redacción alemana fue calificada de «excelente», aun cuando su autor incurría «en el vicio habitual en él de un amor excesivo al barroquismo y a la metáfora». Traducía a los clásicos latinos y griegos con destreza, incluso los pasajes más difíciles, «especialmente aquellos en los que la dificultad no radica en particularidades lingüísticas sino en hallar el nexo contextual». Tenía conocimientos aceptables de francés, religión y matemáticas, medianos en física, y muy considerables en historia y geografía.

Su examen de religión consistió en describir la «Causa, esencia, necesidad y efectos de la unión de los creyentes en Cristo según San Juan, 15». De su redacción se ha pretendido deducir una orientación de Marx fundamentalmente cristiana, pero no hay razones objetivas que apoyen tal suposición: el muchacho, que



Ultima página del ejercicio de redacción de Marx para su examen de bachillerato.

había recibido el bautismo sin ser consultado, no habría podido hablar del tema partiendo de su propia experiencia religiosa. Marx concebía la religión como ética: sólo gracias a Cristo los hombres habían conquistado una virtud pura y cristalina, inalcanzable para «los pueblos antiguos, los paganos». La unión con Cristo era necesaria porque [da] «elevación interior, consuelo en las penalidades, serena esperanza y un corazón abierto al amor de todos los hombres, a todo lo noble, a todo lo grande, no por ambición ni sed de gloria, sino por Cristo». Sería erróneo ver aquí una profesión de fe;

Marx no tardaría mucho en rechazar con idéntica dureza cristianismo y judaísmo.

Mucho más relevante que este ejercicio estilístico es la redacción en alemán: «Reflexiones de un joven a la hora de elegir profesión». Marx, a sus diecisiete años, piensa que el destino del hombre no radica en alcanzar una brillante posición social que colme sus ambiciones, sino en luchar por conseguir la perfección y trabajar en pro de la humanidad. El joven debería elegir su profesión atendiendo a su propia capacidad y guiado siempre por el anterior pensamiento, pero incluso en una elección de ese tipo no se es completamente libre, porque «nuestro posicionamiento social comienza de alguna manera cuando aún no podemos decidirlo por nosotros mismos». Debería elegir una profesión que «nos brinde la mayor dignidad, se base en principios de cuya verdad estamos absolutamente convencidos, y ofrezca el campo más amplio para trabajar en pro de la humanidad y al mismo tiempo nos permita acercarnos cada día a la verdadera meta, la perfección, para llegar a la cual cualquier actividad es tan sólo un medio... Las profesiones que no sólo influyen en la vida, sino que además se ocupan de verdades abstractas, son las más peligrosas para el joven... Si éste trabaja únicamente en beneficio propio, podrá convertirse en el futuro en un renombrado erudito, en un gran sabio o un destacado poeta, pero nunca alcanzará la perfección humana, nunca llegará a ser un hombre verdaderamente grande. La historia sólo considera grandes a aquellas personas que, trabajando en favor de la colectividad, se han ennoblecido a sí mismas; la experiencia histórica nos demuestra que se es tanto más feliz cuanto mayor felicidad se proporciona a los demás; la misma religión nos enseña que el ideal que todos tenemos por modelo se sacrificó por el bien de la humanidad, y nadie se ha atrevido a rebatir este argumento. Si elegimos una profesión en la que podamos trabajar al máximo por los demás, ni siquiera las penas, por duras que sean, lograrán apartarnos de nuestro camino si pensamos que nuestro sacrificio es por el bien de todos. No disfrutaremos entonces de una alegría pobre, limitada y egoísta, sino que sentiremos que nuestra suerte está ligada a la de millones de personas, y nuestros actos fermentarán silenciosamente, seguirán siendo activos eternamente y nuestras cenizas serán regadas por las lágrimas ardientes de todas las personas nobles».

Es un joven desbordante de idealismo quien expone de modo tan exaltado y nítido su concepto de la vida y de la profesión; el final es una confesión tácita de entusiasmo ético-social por la labor realizada por el hombre a lo largo de su vida.

Sabemos muy poco de las relaciones de Marx con sus condis-



Una imagen del joven Marx durante la época de sus estudios en la Universidad de Bonn.

Archiv der SPD, Berlin

cípulos, en su mayoría hijos de artesanos y agricultores; la mitad de ellos aproximadamente abrazarían la carrera eclesiástica. Marx debió ser apreciado porque tomaba parte en sus travesuras, pero también temido por su espíritu sarcástico. En sus escritos menciona –sólo una vez y confundiéndolo con su primo– a uno de sus condiscípulos que se convirtió en un famoso militar. Sus amistades debieron ser las habituales de colegio, en general de corta duración. Únicamente con uno de sus compañeros pervivió la amistad, Edgar von Westphalen, que se convertiría en su cuñado al casarse Marx con su hermana Jenny. Westphalen, de natural bondadoso y hábil, no terminó sus estudios, residió algún tiempo en Bruselas con Marx y firmó algunos folletos comunistas. Dos veces emigró a Texas y se arruinó. Regresó en 1865 y vivió seis meses con los Marx en Londres. Su hermana Jenny escribió a la esposa de Liebknecht en una carta: «Fue mi ídolo en la infancia y en la juventud, mi único y más

querido compañero. Yo le quería con locura... En los últimos tiempos he estado tan absorbida por la familia de Karl, que se comporta conmigo de manera distante y extraña, que ahora me siento mucho más unida al único miembro que me queda de la mía.» Murió en Berlín en la década de los ochenta siendo un modesto funcionario de justicia.

Por sus calificaciones escolares, Marx pertenecía al promedio alto de su clase. Indudablemente su cultura se debe en mayor grado al entorno y a su estudio personal que a la enseñanza académica. Dos personas de su entorno tuvieron para él gran importancia: su padre y su futuro suegro, el consejero privado del gobierno, Ludwig von Westphalen. La relación con ellos, que lo animaban y lo trataban como a un amigo, fue decisiva para la maduración del adolescente. Sabemos que leía con su padre a los clásicos franceses, y con Westphalen a los líricos griegos y a Shakespeare, lecturas que dejaron una profunda huella en Marx, que durante toda su vida recordaría a estos poetas. Westphalen pertenecía a la administración prusiana, y seguramente hablaría con su joven amigo de los asuntos públicos desde posturas progresistas, según se desprende del hecho de que Marx se familiarizó con Saint-Simon gracias a él. Marx le expresó su agradecimiento dedicándole su tesis doctoral: «Disculpará usted, mi querido y paternal amigo, que le dedique este opúsculo insignificante. Ardo en impaciencia por darle una pequeña muestra de mi afecto, y no quiero esperar a otra ocasión. Ojalá cuantos dudan de la Idea pudieran admirar como yo a un anciano con la mente joven que saluda cada adelanto de la época con verdadero entusiasmo y prudencia y con un idealismo hondamente arraigado y claro como el sol, que distingue solamente la palabra verdadera, y que nunca retrocedió ni tembló ante las sombras de retrógrados espectros, ante el tan a menudo oscuro y nublado cielo de la época, sino que con divina energía y con mirada viril y segura vio siempre en el fondo de las metamorfosis el empíreo que arde en el corazón del hombre. Usted, paternal amigo, ha sido siempre para mí un vivo *argumentum ad oculos*, una prueba evidente de que el Idealismo no es pura ilusión, sino una gran verdad.»

Es opinión comúnmente admitida que Marx halló en su padre escasa comprensión y absolutamente ninguna en su madre. Por lo que al padre se refiere, tal juicio es absolutamente erróneo, y la correspondencia cruzada entre ambos durante el periodo estudiantil del hijo es la fuente más importante para conocer la evolución del joven Marx. Su madre no era una mujer de gran formación y estaba absorbida por el cuidado de su familia. Su hijo no esperaba de

ella estímulos intelectuales. La madre sentía por su hijo Karl un cariño desmedido, aunque en realidad se ocupaba preferentemente de sus hijos enfermos. Para ambos progenitores, Karl era el «preferido», estaba mejor dotado por la naturaleza que sus hermanos, y sus padres le miraban con orgullo, alababan su inteligencia preclara, su gran sensibilidad, su rectitud, su sinceridad y su entereza de ánimo. La madre escribía a su hijo dándole consejos, pese a que la gramática y la escritura le causaban enormes dificultades; así por ejemplo, en noviembre de 1835 le recomienda: «...Pues no consideres en absoluto como una debilidad de nuestro sexo el que sienta curiosidad por cómo has dispuesto tu casita, la economía también desempeña el papel principal esto tanto en hogares grandes como en pequeños es una necesidad ineludible, por ello me permito observar querido Karl que no debes ver nunca la limpieza y el orden como cosas de menor importancia porque de ellas dependen la salud y la alegría cuida puntualmente de que tus habitaciones sean fregadas a menudo señala un tiempo para ello –y tú, querido Karl, lávate semanalmente con esponja y jabón– qué pasa con el café lo haces tú o qué, te ruego me cuentes todo lo que atañe a tu casa tu gentil musa no se sentirá ofendida por la prosa de tu madre, dile que por lo más bajo se alcanza lo superior y lo mejor, bueno, que sigas bien si para navidad tienes algún deseo que yo pueda satisfacer lo haré con agrado ahora adiós querido y adorado Karl sé bueno y piensa siempre en Dios y en tus padres adiós tu madre que te quiere Henriette Marx. Todos los niños te envían recuerdos y besos y tú eres el más amable y el mejor.»

Karl llamaba a su madre «madrecita» y «madre angelical», pero no tuvo una gran vinculación íntima con ella. Apenas murió su padre, los lazos familiares se rompieron, incluso en el aspecto externo. En cuanto a sus hermanas, parece que la relación más estrecha la mantuvo con su hermana mayor, Sophie, posiblemente por su amistad con Jenny von Westphalen, que la convertía en mediadora entre ésta y su hermano.

3. El conflicto con el padre

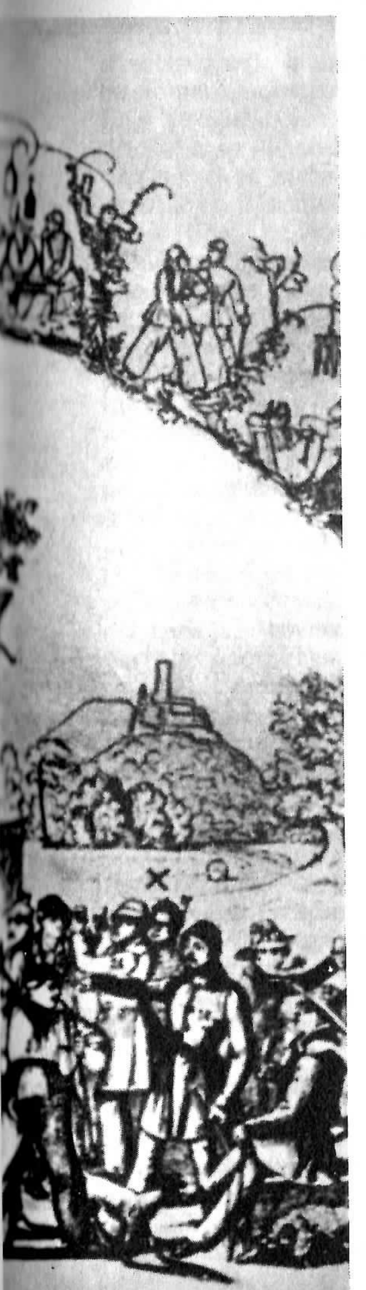
Desde octubre de 1835 hasta marzo de 1841 Marx estudió en las Universidades de Bonn y Berlín, un año en la primera y el resto en la segunda. Para no contrariar el deseo de su padre, estudió leyes, aunque nunca se sintió atraído por ejercer la abogacía. Pese a que Marx consideraba la jurisprudencia como su carrera, esos estudios profesionales pasarían pronto a segundo plano, subordinados a la filosofía y a la historia; de hecho, las clases jurídicas disminuyeron paulatinamente su importancia. En Bonn, además de a un estudio metódico del derecho, se dedicó también a las humanidades y asistió a cursos como mitología griega y romana, historia del arte, cuestiones homéricas y elegías de Propercio con August Wilhelm von Schlegel. En Berlín durante los primeros semestres predominó la jurisprudencia, y así estudió pandectas con Savigny, y asistió a los cursos sobre derecho penal y civil prusiano impartidos por el hegeliano liberal Eduard Gans. Sólo acudió a una clase de filosofía, a la de lógica, dictada por Gabler, un árido hegeliano. Estudió además antropología y geografía general. Durante un año no se matriculó en ninguna materia, y un semestre sólo de una asignatura sobre Isaías que daba su amigo Bruno Bauer; en otro semestre únicamente se inscribió en un cursillo sobre Eurípides. En los cursos de Gans y en el de lógica recibió la calificación de sobresaliente; de los dos primeros le atrajo sobre todo el profesor, y del segundo, la materia en sí. Como los cuadernos de apuntes se han perdido, no sabemos qué otros temas atrajeron a Marx.

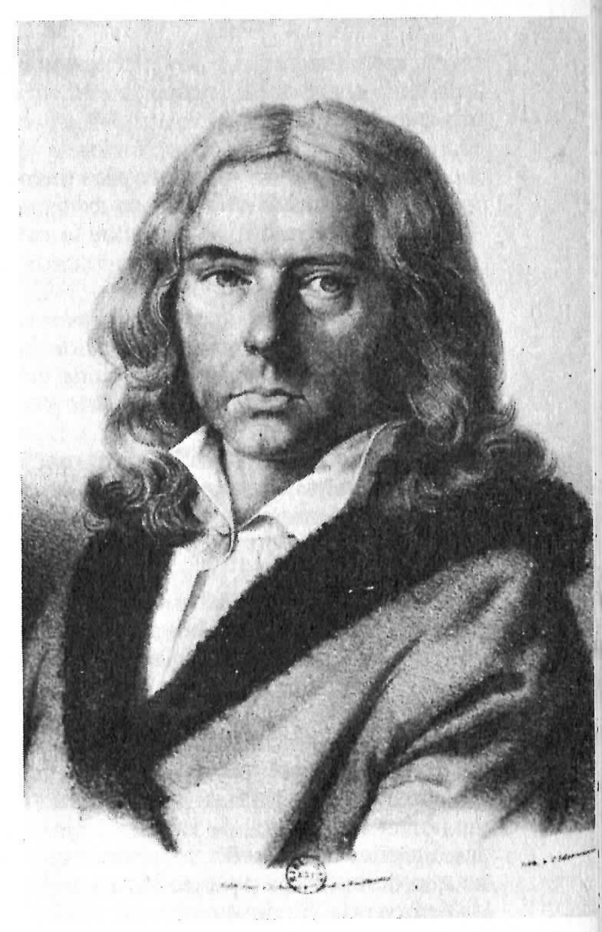
Con toda seguridad, dentro del ámbito de los estudios que le interesaban más, es decir, la filosofía y la historia, Marx se abría camino de manera completamente independiente. Así lo testifican una serie de cuadernos de 1840-41 que contienen resúmenes de obras de Aristóteles, Spinoza, Leibniz, Hume, y unas notas sobre la *Historia de la filosofía* de Kant. Es curioso que parte de estos resúmenes elaborados durante la lectura, al igual que la tesis doctoral, no estén escritos por el propio Marx, sino por un amanuense. De

los apuntes no se deduce un estudio intensivo de Hegel, muy en boga entonces en el círculo de los jóvenes hegelianos. Hay que resaltar el estudio comparativo de Aristóteles y Hegel y el desarrollo de la dialéctica del último: «Aristóteles tiene razón cuando afirma que la síntesis es la causa de todo error. El pensamiento reflexionante es, esencialmente, una síntesis de ser y pensar, de lo general y de lo particular, de la esencia y de la apariencia. En consecuencia, no se puede erradicar todo pensamiento, intuición o conocimiento falsos, etc., de síntesis de semejantes clasificaciones que son incompatibles entre sí, son relaciones extrínsecas en sí mismas, es decir, no inmanentes, de clasificaciones objetivas y subjetivas.»

Como datos anecdóticos y externos podemos señalar que Marx participaba muy activamente en la vida estudiantil: era miembro del grupo de los treverienses –las asociaciones de estudiantes estaban prohibidas– y llegó incluso a ser uno de sus presidentes; fue condenado a una pena de cárcel por embriaguez y alboroto; se le acusó de portar armas no permitidas y en una ocasión se batió en duelo. En el diploma que se le extendió en Berlín se hizo constar que fue denunciado en varias ocasiones por no pagar sus deudas, pero no se le acusó de asociación ilícita de estudiantes.

Mucho mejor conocemos los ensayos poéticos de Marx, que le cautivaron en Bonn y durante el primer año de Berlín. En Bonn pertenecía a un círculo poético del que también era miembro Emmanuel Geibel. Los planes literarios absorbieron a Marx durante bastante tiempo; pensó incluso en crear una revista de crítica teatral y ofreció a Adalbert von Chamisso unos poemas para que los incluyera en su *Almanaque de las musas*. El joven poeta aborreció pronto sus propias creaciones, aunque en 1841 todavía se publicaron en el *Athenäum* dos «Canciones salvajes». Marx recopiló su obra literaria en cuatro cuadernos de poemas y canciones: tres de ellos los envió a su novia, y el cuarto, a su padre como regalo de cumpleaños. Contenía este último romances y baladas, un acto de una terrible tragedia fatalista en verso y algunos capítulos de una novela humorística en los que, imitando a Laurence Sterne y E.T.A. Hoffmann, criticaba con sorna el espíritu burgués. En 1839 hizo, para Jenny, una selección de canciones populares de diferentes obras. Durante mucho tiempo, Marx vaciló entre filosofía y poesía, y es esa duda lo que enmarca todos esos afanes literarios de considerable envergadura. Más tarde se burlaría de sus propios versos considerándolos arrebatos de juventud. Mehring mostró su escaso valor poético, y los críticos posteriores han ratificado su aserto; únicamente poseen valor biográfico. Técnicamente son poco afortunados, excesivamente sentimentales y emotivos, temática-





Adalbert von Chamisso (1781-1838), poeta alemán originario de una aristocrática familia francesa, conoció a Marx durante la estancia de éste en Bonn. Marx le ofreció unos poemas para que los incluyera en su Almanaque de las musas.

Reunión de estudiantes en la posada del Caballo Blanco. Bonn, 1836. Puede apreciarse a Marx a la derecha de la imagen, bajo la marca en forma de x.

mente giran en torno a los problemas individuales propios de la juventud: melancolía, nostalgia, amor, desengaño. Veamos un fragmento:

No puedo satisfacer plenamente
las ansias que aletean en mi espíritu
ni gozar del reposo y de la calma
porque se agita en mi interior un huracán.

Querría abarcarlo todo, poseer
los dones más hermosos de los dioses,
penetrar en los secretos de la ciencia,
disfrutar de los arcanos de las artes.

No hay límites aún a mi osadía
que me empuja a un cansancio interminable
y destierra la apatía y el silencio
hacia el fondo del abismo de la nada.

No quiero vivir medrosamente
soportando el temor a yugos mezquinos:
se aviva cada día en mis entrañas
el fuego del deseo, del afán y de la acción.

Algunos aforismos filosóficos se intercalan entre numerosas baladas y romances que desarrollan la temática habitual de la poesía romántica con todo su aparato: lira encantada, nostalgia, amores nocturnos, cantos de sirena, jóvenes pálidas, barcos encantados, visiones de ensueño, meditaciones a la luz de la luna... Parece ser que durante este periodo Marx escribió también un diario. Eran los tiempos del *Biedermeier*, y en esos momentos la razón esencial de tales escritos íntimos no era recoger las ricas vivencias personales, sino fijarlas en el papel para comunicárselas a las personas de confianza. El mismo consideraba «afectado» el humor de su novela, y salta a la vista su absoluta carencia de sentido del humor leyendo la magna carta de declaración de principios a su padre.

Su valor es inapreciable. Esta carta, la única que se ha conservado de las dirigidas a sus progenitores, revela claramente la evolución interior del joven Marx. Fue motivada por serias divergencias con su padre, que seguía los pasos de su hijo con creciente inquietud. La relación con su padre era para Marx de la mayor importancia, como lo demuestra el hecho de que de toda la correspondencia familiar solamente guardaba las diecisiete cartas de su padre y cuatro de su madre y de su hermana Sophie. Llevó consigo, además, durante toda su vida una fotografía de su padre, que a su muerte Engels colocó en su ataúd. La evolución de estas relaciones paterno-filiales son un indicador precioso del desarrollo de la personalidad del joven Marx. También las cartas de su padre constituyen una fuente de primera magnitud, pues éste no contrariaba ninguno de los deseos de Karl y además conocía profundamente a su hijo.

Su padre tenía depositadas grandes esperanzas en él, de ahí que fuera muy exigente: «Deseo que te conviertas en lo que quizá yo pudiera haber sido de haber nacido bajo los mismos auspicios favorables. Tú puedes colmar o arruinar mis más hermosas esperanzas.» No obstante, no le exige demasiado ni le espolea para que estudie más y más, porque teme que le abandonen las fuerzas: «... No te agotes, pues tendrás tiempo suficiente, si Dios quiere, para que tu vida redunde en beneficio tuyo, de tu familia y, si mi intuición de padre no me engaña, de toda la Humanidad.» Le aconseja que mire por su salud: «No hay persona más digna de lástima que un sabio enfermizo.»

El padre tampoco le fuerza a practicar una profesión determinada, hecho notable, por lo demás, en una época de orden patriarcal, en la que los estudios impuestos desde el principio obligaban a practicar una profesión concreta. Así, cuando después de un año en la Universidad el hijo sueña con dedicarse a la enseñanza, el padre analiza seriamente la cuestión, pero deja a Marx libertad absoluta. No le importa al padre qué dedicación específica elija su hijo: aunque estudia derecho, la filosofía le parece muy válida y quizá más acorde con las cualidades de su hijo.

La misma comprensión muestra el padre con los proyectos literarios de Karl, aunque algunas de sus creaciones le desconciertan: «¡A propósito! He leído detenidamente tu poema. A decir verdad, querido Karl, te confesaré que no entiendo ni el sentido ni la finalidad... ¿Qué pretendes decir en él? ¿Que la felicidad reside en un idealismo abstracto, en una especie de lirismo? En fin, reconozco mi propia limitación. Desvélame tú el secreto.» En el terreno literario, su padre se limita a recomendarle que no tenga prisa por imprimir sus poemas porque sólo las obras de calidad merecen ser editadas: «Te lo digo con absoluta franqueza: me alegran fervientemente tus proyectos y me parecen muy prometedores, pero me apenaría verte figurar entre los poetas del montón... Sólo los mejores logran captar la atención de un mundo cada día más exigente.» Su padre discute minuciosamente con él su proyecto de fundar una revista de crítica teatral; en general, aprueba los proyectos literarios de Karl, pero le hace ver que el escollo principal reside en ganar la



Jenny von Westphalen, el gran amor de Karl Marx y más tarde su esposa, sería la gran inspiradora de un gran número de poemas escritos por Marx en su juventud.

confianza de un buen editor. «Serías muy afortunado si lo lograses. En ese caso, hay una segunda [cuestión]: la filosofía, el derecho o ambas a la vez te proporcionarán una excelente base; la poesía puede pasar a segundo plano, y nunca perjudicarás tu prestigio, excepto en la opinión de algunos pedantes», y, evidentemente, el padre no se cuenta entre ellos.

Cuando Karl lleva tres semanas en Bonn y aún no ha escrito, su padre le acusa de «negligencia infinita»: «Esto desgraciadamente confirma mi opinión de que, a pesar de que te adornan excelentes cualidades, el egoísmo anida en tu corazón.» Tras la respuesta de su hijo, el padre se apresura a reconocer su injusticia y justifica sus reproches aduciendo la inquietud de la madre. El padre, convencido de las grandes dotes de su hijo, le ruega que siga siendo siempre tan fiel y sincero y vea siempre en sus padres a sus mejores amigos. Le aconseja en cuestiones de menor importancia: no debería desdeñar relaciones sociales que un día podrían serle muy útiles; el padre se esfuerza incluso por procurarle dichas relaciones. Por lo que se refiere a su futura dedicación a la enseñanza, aconseja a su hijo perfeccionar la dicción, pues Marx conservó siempre reminiscencias del dialecto renano. También le ruega que se esmere en la caligrafía para hacer su escritura más legible.

En otoño de 1836, Marx se prometió en secreto con Jenny

von Westphalen, que tenía cuatro años más que él. Este hecho desembocaría en un abierto conflicto con su padre que sólo terminaría con su muerte. Temía el padre que Karl cayera en una posición equívoca frente a la familia de Jenny, que gozaba de gran consideración social, sobre todo porque la joven había tenido numerosos pretendientes. Al padre, que también respetaba mucho a dicha familia, le atormentaba una relación poco clara, y de ahí que sus requisitorias a Karl se hagan cada vez más apremiantes: «...El deber más sagrado del hombre es respetar a la mujer... Pero si, tras una detenida introspección, persistes en tu compromiso, tienes que asumir dicho deber... Has contraído grandes obligaciones, y yo, querido Karl, con el peligro de irritar tu susceptibilidad, te daré mi opinión de manera un tanto prosaica: tú, con esas exageraciones y exaltaciones del amor propias de la poesía, no puedes proporcionar calma a la criatura a la que te has entregado; más aún, corres peligro de destruirla... Esa mujer te hace un sacrificio inestimable que sólo una mente desapasionada y fría puede apreciar completamente: el de su abnegación y entrega. ¡Ay de ti si lo olvidaras en algún momento! Por ahora todo depende de ti y tienes que hacerte acreedor al respeto de todo el mundo, pese a tu juventud... Te lo ruego y suplico encarecidamente, piensa en el futuro, no corras riesgos innecesarios, tranquilízate y calma esas tormentas de tu interior y no las suscites tampoco en un ser que merece y necesita calma... Sabes, querido Karl, que en todo esto el amor es mi principio guía, aunque hay algo en ello que no cuadra con mi carácter y que a veces me desazona... Conoces de sobra mi debilidad por ti. A veces mi corazón se complace pensando en ti y en tu futuro. Pero en otras ocasiones se apoderan de mí ideas tristes y presentimientos sombríos que, rápidos y traicioneros como el rayo, se abaten sobre el pensamiento: ¿Obedece tu corazón a tu cabeza, a tus proyectos de futuro? ¿Hay un espacio en él para esos sentimientos terrenos que tanto reconfortan a las personas sensibles en este valle de lágrimas? En esa situación hay personas dominadas por sus propios demonios, pero ¿su naturaleza es celestial o fáustica? ¿Serás tú capaz –es ésta una duda que atormenta mi alma sobremanera– de conseguir una dicha familiar –plenamente humana–?... Te preguntarás qué es lo que me ha llevado a este orden de ideas. Aunque a menudo me han asaltado semejantes fantasías, las he ahuyentado con facilidad porque siempre he procurado rodearte de todo el cariño y cuidados de que es capaz mi corazón. Pero ahora en Jenny aflora algo extraño. Ella... muestra a ratos instintivamente y en contra de su voluntad un sordo temor, preñado de presentimientos, que a mí no se me escapa... ¿Por qué? ¿A qué se debe?

Para mí no tiene explicación, pero está ahí; mi experiencia no me engaña en este punto. Tus progresos, la halagadora esperanza de ver tu nombre célebre y tu bienestar material, pese a ser ilusiones que he acariciado durante largo tiempo, no es lo único que me interesa... Te aseguro que si hicieras realidad sólo esas ilusiones, no sería feliz. Sólo si tu corazón permanece puro y late de forma netamente humana, si ningún genio demoníaco consigue desvirtuar los mejores sentimientos de tu alma, sólo entonces me proporcionarías la felicidad que sueño desde hace tantos años; en caso contrario, vería destruida la ilusión más hermosa de mi vida. En fin, no sé por qué me pongo tan quejumbroso y te entristezco, quizá, a ti. En el fondo, no dudo de tu amor filial por mí y por tu buena y querida madre, y tú sabes cuál es nuestro punto más vulnerable... Quizá una de las cosas buenas del hombre es que desde su nacimiento está obligado a respetar a los demás, a ser sensato, prudente y reflexivo, pese a todos los demonios...»

Esta carta «ofendió gravemente» a su hijo. Este, por otro lado, está inquieto e impaciente porque su novia se niega a escribirle hasta que no anuncie el compromiso formal. El padre recrimina a su hijo y apela a su hombría: «...Te dejo a ti que decidas si yo tenía o no razones suficientes para estar furioso. De sobra sabes cuánto te quiero. Te exijo, pues, que me escribas, pero abandona esa sensibilidad enfermiza y ese tono lúgubre y sombrío de tus cartas... Exceptuando a tu madre, tú eres el ser más querido de este mundo para mí, pero intento con todas mis fuerzas no dejarme cegar por semejante afecto. Creo ser justo contigo, y aun así, no puedo evitar pensar que tienes un egoísmo un poco mayor del que se necesita para la supervivencia... Tu carácter es una disculpa; no acuses a la naturaleza que ha sido pródiga y maternal contigo; es tu voluntad la que flaquea, y eso depende de ti. ¿Es que la poesía consiste en abandonarse al dolor al menor síntoma de tempestad, en franquear un corazón que se desgarra con cada tribulación y que al mismo tiempo resquebraja nuestro cariño? ¿Acaso es eso la poesía?... No, en absoluto, eso es debilidad, molicie, egoísmo y vanidad, cualidades todas ellas que no admiten nada fuera de ellas mismas y que relegan a segundo término las más caras creaciones... En tu propio beneficio, no estoy dispuesto a abandonar esta cuestión, ni lo haré hasta estar convencido de que esa lacra ha desaparecido por completo de tu, por lo demás, noble carácter...»

Quizá sea pedir demasiado que un joven de diecinueve años

Primera página de la carta enviada por Marx a su padre el 10 de noviembre de 1837. ▶

tenga experiencia de la vida. Pero el padre cree que si alguien a esa edad une su destino al de una mujer, debe afrontar y comprender «la vida en su más hondo sentido». Las palabras del padre no revelan enojo por los «pasos» de su hijo, y sí una creciente indignación porque Karl adquiere compromisos, pero no se esfuerza por llevarlos a cabo. Al final de la carta le pide información sobre las «asignaturas concretas de derecho» cursadas por el hijo. Karl no aborda el problema y contesta con un «escrito sin forma ni contenido, un fragmento incoherente y trivial», que motiva enérgicos reproches de su padre: «En tu penúltima carta pude ver un resquicio de esperanza. En mis últimas yo te pedía información detallada. Y he aquí que en vez de eso me encuentro con una carta fragmentaria e incoherente, y, lo que es peor, desconcertante. (Hablando con franqueza, mi querido Karl, me disgusta esa expresión moderna tras la cual se escudan todos los débiles descontentos con el mundo, porque, pese a sus denodados esfuerzos, carecen de palacios ricamente amueblados y de carruajes.) Un desconcierto de esa naturaleza me desagrada, y desde luego, no lo espero de ti. ¿Qué motivos tienes para ello? ¿No te ha sonreído todo desde la cuna? ¿No ha sido la naturaleza pródiga contigo? ¿No te hemos rodeado tus padres de un amor sin límites? ¿Acaso te ha faltado hasta hoy lo necesario para satisfacer tus deseos? ¿No te das cuenta de que has conquistado por completo el corazón de una muchacha que te envidiarían muchos? Mas he aquí que a la primera contrariedad, al primer deseo frustrado, ¡te derrumbas! ¿Se le puede llamar a eso fortaleza? ¿Es ése el carácter viril?...»

Esta carta se cruza en el camino con la declaración de principios que Marx envía el 10 de noviembre de 1837. La misiva recoge los «estudios realizados» y al mismo tiempo confirma todos los temores del padre respecto al futuro:

«Querido padre: Hay momentos de la vida que son fronteras entre una época transcurrida y otra nueva que comienza a vislumbrarse...

»Ahora, pues, voy a repasar este año ya ido para contestar, querido padre, a tu amorosa carta de Ems. Pero permíteme también que te hable de mis circunstancias personales, de mi concepción de la vida, expresión para mí de una actividad espiritual muy variada que engloba conocimientos, arte, situaciones, personas...

»Después de abandonaros descubrí un mundo completamente nuevo para mí, el del amor, bueno, para ser más justo, el principio de un amor preñado de nostalgia, un amor sin esperanza. Incluso el viaje a Berlín que en otras circunstancias me habría entusiasmado, excitándome a la contemplación de la naturaleza e insuflándome



El número 1 a de la antigua calle Leipzig, primer domicilio berlinés de Marx.

una gran alegría vital, me resultó indiferente y frío, me disgustó porque las mismas rocas no eran tan escarpadas y arrogantes como mis propias emociones; las grandes ciudades estaban menos vivas que mi sangre, las mesas de las posadas, menos sobrecargadas y repletas que mi propia fantasía y, desde luego, el arte no tenía la hermosura de Jenny.

»Una vez instalado en Berlín, rompí todas las relaciones que había mantenido hasta entonces, raramente salía de casa y procuré sumirme en la ciencia y en el arte.

»Vista mi situación anímica de aquellos momentos, la poesía lírica debía ser, necesariamente, mi primer consuelo, o al menos el más agradable y el más cercano. Pero a la vista de mi situación y de mi evolución anterior, era puro idealismo...

»Así fue como la poesía se convirtió en mi compañera. Por otro lado, yo tenía que estudiar jurisprudencia, pero sentía también la llamada de la filosofía. Ambas disciplinas confluyeron, y estudié a Heineccius, Thibaut y otras fuentes de manera puramente acrítica, como un escolar; así, por ejemplo, traduje al alemán los dos primeros libros de las *Pandectas,* al mismo tiempo que trataba de pergeñar una filosofía del derecho desde su propio ámbito. Le puse un prólogo con unos cuantos axiomas metafísicos y al final de casi trescientas páginas mi obra desembocó en el derecho público...

»Pero ¿a qué seguir llenando páginas con cuestiones que ya ni siquiera a mí mismo me interesan? La obra, redactada con un estilo prolijo y farragoso, está surcada por clasificaciones tricotómicas y violenta los conceptos del derecho romano para obligarlos a acomodarse a mi sistema. Este trabajo me permitió tomar conciencia de mis propias inclinaciones y hacerme una idea de toda esta temática por mí mismo.

»Al final del derecho mercantil vi la falsedad de todo el conjunto, cuyo esquema fundamental limita con lo kantiano, aunque difiere completamente de él en el método, y de nuevo se me hizo evidente que la agudeza intelectual es imposible sin la filosofía. Así que sin ningún tipo de remordimientos me eché de nuevo en sus brazos y escribí un nuevo tratado de metafísica. Al terminarlo tuve que reconocer otra vez que, como las veces anteriores, me había equivocado...

»Al final del semestre, las danzas de las musas y la música de los sátiros me cautivaron de nuevo... Y, sin embargo, estos últimos poemas son los únicos en los que de pronto, como por arte de magia –¡ah!, la sacudida fue al principio aniquiladora–, relampagueó ante mis ojos el reino de la verdadera poesía como el lejano palacio de un cuento de hadas, y después todas mis obras se desintegraron en la nada.

»Tan diversas ocupaciones durante el primer semestre me condenaron a muchas noches de vigilia; tuve que reñir muchos combates, resistir muchas presiones de dentro y de fuera de mí, descuidar la naturaleza, el arte, el mundo, rechazar amigos. Al final, no demasiado enriquecido, mi salud se quebrantó y un médico me aconsejó una temporada de campo, así que atravesé la ciudad y salí hacia Stralow. Yo no sospechaba que mi debilidad iba a convertirse en fortaleza.

»Había caído un telón; mi sanctasanctórum se había resquebrajado y había nuevos dioses que exigían ser entronizados.

»Del idealismo que yo, dicho sea de paso, había comparado y nutrido con los sistemas de Kant y Fichte, pasé a buscar la idea en



La Universidad de Berlín en el siglo XIX.

lo real mismo. Si los dioses habían vivido en el pasado sobre la tierra, ahora se habían convertido en el centro de la misma.

»Yo había leído fragmentos de la filosofía de Hegel, pero no me agradaba su áspera melodía. Deseaba sumergirme en el mar, pero con el firme propósito de hallar la naturaleza espiritual tan necesaria, concreta y rotunda como la corporal, con la intención de no amagar en falso y de sacar la perla más pura a la luz del sol.

»Escribí un diálogo de aproximadamente veinticuatro páginas titulado *Kleanthes, sobre el punto de partida y progreso necesario de la filosofía.* En él confluían de alguna manera arte y ciencia, que estaban completamente separados, e inmediatamente me puse a trabajar en una exposición filosófico-dialéctica de la divinidad desde el punto de vista conceptual, religioso, natural e histórico. Mi última frase es el comienzo del sistema hegeliano. Este trabajo que me exigió familiarizarme con las ciencias naturales, con Schelling, con la historia, me ocasionó interminables quebraderos de cabeza, y está escrito tan desordenadamente (quería ser una nueva lógica) que ahora apenas lo entiendo. Es ésta mi más querida criatura, mi hijo criado a la luz de la luna que me atrae como un canto de sirena.

»Algunos días, de pura rabia, era incapaz de pensar y corría enloquecido de un lado a otro por los jardines de las márgenes del turbio Spree, "que lava las almas y rebaja el té", y hasta llegué a participar con mi hospedero en una cacería; volví a Berlín con unas ansias irrefrenables de abrazar a todos los vagabundos...

»Disgustado por la enfermedad de Jenny y por mis inútiles y abandonados estudios, y enfurecido por tener que admitir una opinión que antes detestaba, caí enfermo como bien sabes, querido padre. Una vez restablecido, quemé todos mis poemas y proyectos literarios con el firme propósito de renunciar a la literatura, cosa que hasta este instante he cumplido.

»Durante mi indisposición me empapé de la doctrina hegeliana y leí las obras de la mayoría de sus discípulos. En Stralow asistí a varias tertulias con mis amigos, y a través de ellos conocí el Club de doctores, algunos de cuyos miembros eran profesores no titulares. También pertenecía a él el Dr. Rutenberg, mi amigo íntimo de Berlín. En las reuniones abundaban los debates cruzados y las opiniones encontradas, y así me fui encadenando cada día más sólidamente a la actual concepción filosófica del mundo. Yo pensé que no me dejaría atrapar, pero mi genio había enmudecido, y me acometió una verdadera manía de ironizar sobre todo y sobre todos, fenómeno muy comprensible tras un periodo dominado por la negación. Hubo que añadir a todo esto el silencio de Jenny, así que no descansé hasta obtener la patente de modernidad por algunas obras tan malas como *La visita,* etcétera.

»Quizá no te he descrito, querido padre, el último semestre con todo detalle, ni quizá haya disipado todas tus sombrías dudas. Si es así, debes achacarlo a mi ardiente deseo por hablarte del presente...»

Al padre de Marx, que era calmoso y tenía una gran experiencia mundana, debió de asustárle la manera impetuosa y apasionada con que su hijo manejaba las diferentes ramas del saber y los problemas más actuales; forzosamente tenía que reconocer que el espíritu de su hijo era de «naturaleza fáustica». Exterioriza su sobresalto en forma de quejas que contienen preguntas aclaratorias y que exigen respuestas *a posteriori* que revelen la verdadera experiencia vital. Escudriña y analiza la situación de su hijo hasta los más mínimos detalles. Su tarea es la siguiente: ¿Qué tiene que hacer si respeta a sus padres, si, sin consideración alguna a su edad y condición, une su destino al de una de las jóvenes más nobles, obligando

Ultima carta de Heinrich Marx a su hijo Karl.

así a «una familia muy respetable» a autorizar unas relaciones llenas de peligros y sombrías perspectivas para su querida hija? «Quiero contar llanamente la vida real, tal como es, aun a riesgo de parecerle a mi señor hijo demasiado prosaico.» Se enfada el padre por su propia debilidad de carácter y se siente un hombre envejecido y huraño «que se irrita por las continuas desilusiones y sobre todo por tener que enseñar a su propio ídolo un espejo lleno de caricaturas». Todas las promesas del hijo formaban «una cinta tan firmemente entretejida que debiera bastar por sí misma para conjurar a todos los malos espíritus, para disipar todos los desvaríos, equilibrar todos los defectos y desarrollar nuevos y mejores impulsos, y hacer de un muchacho indisciplinado una persona equilibrada, de un carácter nihilista un sabio íntegro, de un disipado cabecilla de disipados muchachos una persona sociable...».

¿Cómo resolvió el hijo la tarea? «¡Esto clama al cielo! Carencia de orden, sordo revoloteo por todos los campos del saber, sorda meditación bajo la lóbrega luz del candil; el embrutecimiento erudito y cabellos en desorden en vez de embrutecerse con un vaso de cerveza; insociabilidad esquiva con menosprecio de cualquier norma de buena educación, incluso del respeto hacia el padre... ¡¿Y es aquí, en este taller de erudición disparatada y contraproducente, donde han de madurar los frutos que te alegrarán a ti y a tu familia?! ¡¿Es aquí donde se recolectará la cosecha con la que alimentar tus sagrados compromisos?!... No quiero ser blando contigo porque bastante lo fui ya en el pasado; bastante poco protesté, y por ello hasta cierto punto me he convertido en tu cómplice. Te diré ahora que has causado excesivos disgustos a tus padres y les has dado pocas o ninguna alegría. Apenas había terminado la desenfrenada vida de Bonn, apenas había saldado yo tus deudas –una constante en tus relaciones– cuando he aquí que para nuestra desgracia se presentaron los disgustos amorosos, y nosotros, como auténticos padres de novela, pura bondad, nos convertimos en sus mensajeros y cruciferarios. Pero sabiendo que en eso se cifraba la felicidad o infelicidad de tu vida, toleramos lo irremediable y quizá hasta desempeñamos papeles poco acordes con nuestra condición... Lo que nuestro hijo realmente hace, piensa, cultiva, apenas lo hemos sabido por alguna frase aislada y ocasional cuando ya, como por ensalmo, se ha cerrado el frasco de las esencias. Hemos pasado meses y meses sin una sola carta: en la última ocasión, sabías que Eduard estaba enfermo, que tu madre penaba y yo padecía, y por si fuera poco, el cólera se enseñoreaba de Berlín; pero no importa, todo esto ni siquiera merece una disculpa porque en tu carta posterior no hacías alusión alguna al asunto, sino que te

contentabas con unas cuantas líneas deslavazadas y con un extracto de tu diario titulado *visita*; texto que vale más olvidar porque era una absurda chapuza, una patente demostración de cómo desperdicias tu talento y pasas noches en vela para engendrar monstruos. Tú sigues las huellas de esos nuevos demonios que vociferan hasta no escucharse ellos mismos y que consideran las frases farragosas signo de genialidad aunque entrañen pensamientos confusos o simplemente no signifiquen nada.»

Capítulo aparte merecen los elevados gastos de su hijo. El padre padecía desde hacía tiempo las enfermedades habituales de la familia –afecciones de hígado y tuberculosis— y murió medio año después. Por ello le preocupaba extraordinariamente si su patrimonio bastaría para asegurar el porvenir de su numerosa familia. En Bonn, el padre había saldado sin protestar las deudas de su hijo; pero durante el primer año de Berlín los gastos ascendieron a una suma preocupante: «Como si nadáramos en la abundancia, mi señor hijo ha gastado casi 700 táleros contraviniendo todos los usos y costumbres, máxime teniendo en cuenta que los más ricos cubren todas sus necesidades con menos de 500. ¿Por qué, me pregunto yo? Justo es que reconozca que mi hijo no es un calavera ni un manirroto. Pero, claro, ¿cómo un hombre que cada una o dos semanas tiene que inventar sistemas nuevos y desechar los antiguos conseguidos a costa de tantos esfuerzos, cómo un hombre así, repito, va a ocuparse de pequeñeces?...» La preocupación del padre estaba más o menos fundada porque ese mismo año Freiligrath, ocho años mayor que Marx, afirmaba que «con 180 ó 200 táleros anuales vivía espléndidamente»; un concejal de Berlín ganaba 800 táleros al año. Karl se siente incomprendido y malinterpretado, y su padre le contesta el 10 de febrero: «No me siento ahora con fuerzas para discutir contigo cada una de tus quejas y en modo alguno puedo pretender competir contigo en una suerte de esgrima dialéctica, porque previamente tendría que aprender la terminología para poder penetrar en el santuario y soy demasiado viejo para emprender esa tarea. Si tu conciencia está tranquila y armoniza con tu filosofía, estupendo. Sólo en un punto concreto ese afán tuyo de trascendencia no podría consolarte, y tú, muy inteligentemente, has corrido un tupido velo sobre él; me refiero al mezquino dinero, cuyo valor para un padre de familia tú desconoces y yo sé de sobra; a veces me hago a mí mismo amargos reproches por haberte aflojado demasiado la bolsa y he aquí el resultado: corre el cuarto mes del año judicial y tú ya has gastado 280 táleros; yo no he ganado todavía esa cantidad durante todo el invierno. Tú, sin embargo, te revuelves y con gran injusticia por tu parte afirmas o dejas entrever

que te conozco poco o que no te comprendo. Sé que tu corazón es justo y ético; y ésta no es una afirmación gratuita, porque ya durante el primer año de tu carrera jurídica te di pruebas concluyentes, no exigiéndote ni siquiera una explicación sobre un asunto muy espinoso que podía plantear graves problemas. Sólo una confianza ilimitada en tu elevada moralidad justifica mi proceder y actualmente sigo pensando igual. No creas, sin embargo, que estoy ciego: es el cansancio el que me obliga a rendir mis armas. Con todo, no olvides ni dudes nunca de que te llevo en lo más hondo de mi corazón y de que eres uno de los motores de mi vida...»

Este conflicto no era únicamente una lucha de un joven brillante con su padre burgués. A éste le asustaba la evolución de su hijo, pendular de un extremo a otro. Pero es evidente que las críticas hubieran tenido un matiz diferente si su hijo no se hubiera comprometido en Tréveris: lo que para el hijo fue, al principio, una vivencia romántica, para el padre se convirtió en un ineludible compromiso burgués que exigía una conducta consecuente.

Este conflicto fue el acontecimiento central de la juventud de Marx. En su futura correspondencia con Engels se quejará a menudo de sus circunstancias íntimas, pero jamás volverá a abrirse a persona alguna tan francamente y sin reservas, con tanta ingenuidad y confianza, sin disimulo ni afectación, ni de forma tan absolutamente sincera y libre como en esa carta a su padre. Los reproches de éste debieron calar muy hondo en su personalidad y se encerró cada día un poco más en sí mismo hasta mirar finalmente con recelo cualquier confesión de tipo íntimo o personal. En el futuro, Marx escucharía reproches iguales o similares a los que le hacía su padre, pero entre ambos casos había una diferencia sustancial: el amor clarividente de su padre que aflora en cualquiera de las cartas. El conflicto, en el que de haber un perdedor hubiera sido indudablemente el padre, quedó enterrado con éste en 1838.

Tras su muerte, los vínculos familiares se rompieron para Marx y la relación con su madre se transformó. Esta le mandó 160 táleros que Marx le había pedido para acceder al doctorado. En mayo de 1840, en la última carta conocida a su hijo, se queja ella de que los Westphalen la tratan con descortesía, y le dice: «... Tú nunca harás por tu familia los sacrificios morales que todos nosotros hemos hecho por ti...» Y añade una posdata: «Me gustaría saber si te has doctorado.» En el futuro, la madre aparecerá siempre relacionada con cuestiones de dinero. Esta imagen de una madre insensible y avara que no ayudó a su hijo en las épocas de penuria es una leyenda alimentada por el propio Marx, porque la realidad es que su madre le entregó repetidas sumas de dinero.

4. Marx y los «jóvenes hegelianos»

Durante su primera temporada en Berlín, Marx se dedicó a la creación literaria y a sus estudios jurídicos. Probablemente el interés por la filosofía, que pronto le absorbería por completo, se le despertó en el entorno del Club de Doctores, dos de cuyos miembros, Bruno Bauer y Karl Friedrich Köppen, influyeron sobremanera durante algunos años en su evolución espiritual. Marx adquirió su formación filosófica fuera de las aulas. El Club de Doctores, junto con Arnold Ruge y los *Hallischen Jahrbücher,* no tardó en convertirse en la vanguardia filosófica y política del movimiento de los «jóvenes hegelianos».



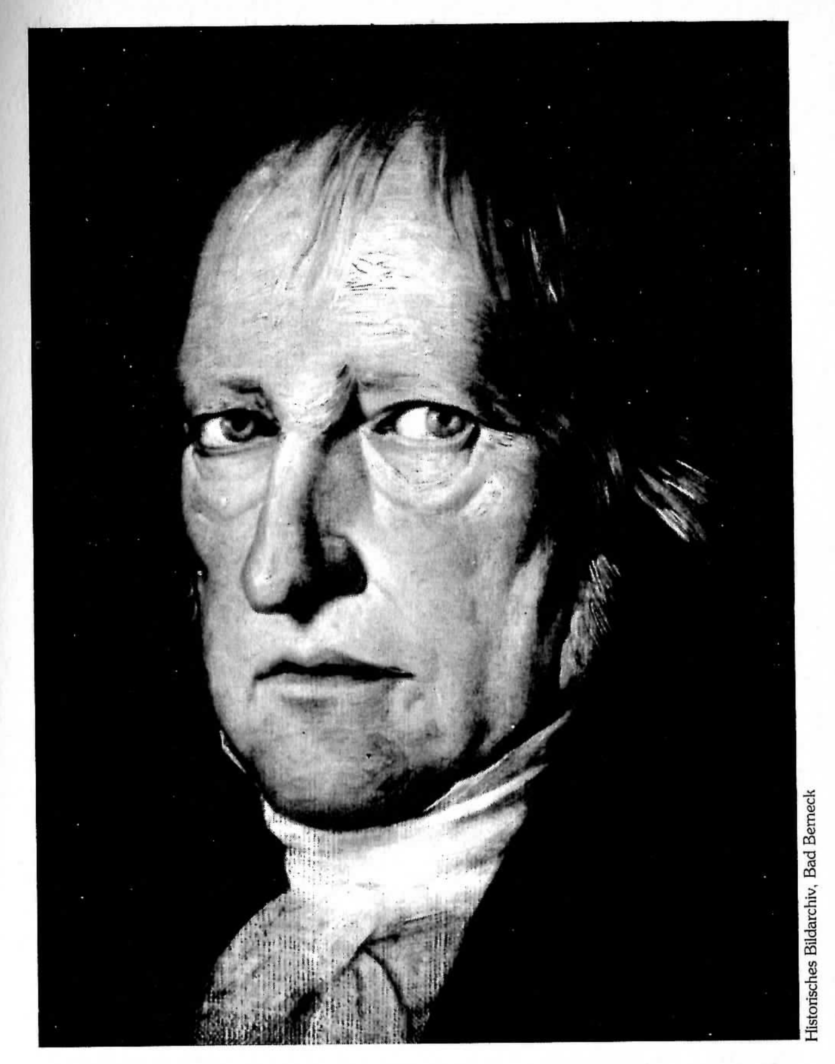
Friedrich Köppen, compañero de estudios de Marx y miembro del Club de Doctores, según una caricatura realizada por Friedrich Engels.

Historia-Photo, Bad Sachsa

Poco después de la muerte de Hegel comenzó la descomposición de su escuela, provocada por las nuevas exigencias de la época. Tras la revolución de julio de 1830 las demandas de los liberales reclamando la libertad de prensa y una Constitución se hicieron más apremiantes, y en algunos Estados (Sajonia, Hannover y Kurhessen) cosecharon un cierto éxito. Con la Hambacher Fest de 1832 se había iniciado una represión de los demagogos; en 1835 fue reprimido el movimiento *Junge Deutschland* (Joven Alemania) que reflejaba exactamente el espíritu de la época a través de los escritos de Heine, Börne y Gutzkow. El auge económico como consecuencia de la expansión del comercio y la creación de la Unión Aduanera fortaleció, una vez lograda la unidad económica, los deseos de unificación política. El individualismo burgués se había robustecido, y, en consecuencia, el liberalismo tenía que radicalizarse, pero el Estado prusiano emprendió una reacción política y religiosa como dique de contención frente a la marea revolucionaria del liberalismo, ante lo cual a éste no le quedó otra alternativa que atacar los cimientos del Estado.

En la filosofía de Hegel, el Estado era la «realización absoluta del espíritu en el mundo», «la Idea divina tal como existe en el mundo», «la Razón en sí y para sí», la «manifestación más elevada del Espíritu». Dado que Hegel hablaba del «denominado pueblo», un liberal difícilmente podía comprender que fuese el Estado quien trajese la libertad. Por lo tanto, la lucha de los liberales contra el Estado prusiano era fundamentalmente una lucha contra la concepción hegeliana del Estado, contra esa «visión del mundo» que justificaba la dominación y que se había convertido en filosofía oficial del Estado prusiano. Rudolf Haym la definió muy certeramente como «apología científica del espíritu de la restauración prusiana»; en este terreno, no conviene olvidar tampoco que Hegel había denunciado a Fries, un profesor liberal de Jena, por sostener que en un Estado en el que reinase el Espíritu universal «la vida le vendría desde abajo, del pueblo», y porque consideraba cualquier otro tipo de reflexiones sobre el Estado «un vano ejercicio de frivolidad». La actitud de Hegel era, pues, una «apología formulada con visos científicos del Estado policial de Karlsbad y una justificación de la represión contra los demagogos».

La crítica de los liberales apuntaba al lado reaccionario de la filosofía hegeliana, iba contra esa apología de lo establecido. Según Hegel, la filosofía había encontrado en su sistema su propia liquidación: a él, por tanto, no le interesaba el futuro, pero sí a los jóvenes, y éstos no podían luchar contra la reacción tal como la entendía Hegel. Ellos habían visto un aspecto revolucionario en el sistema


Historisches Bildarchiv, Bad Berneck

El gran filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831).

hegeliano: el método dialéctico, que se opone a la perfección y al aislamiento del sistema en sí, ya que concibe el mundo y los acontecimientos no como un estudio terminal, sino como procesos ininterrumpidos en los que tanto la naturaleza como la conciencia están sometidas a una continua transformación. Pero como la censura

reprimía con dureza cualquier intento de radicalismo político, la lucha se desarrolló en el campo teológico y filosófico.

Los amigos de Marx del Club de Doctores eran unos diez años mayores que él y le aventajaban en conocimientos, pero él les superaba, a su vez, por su astucia de pensamiento, por la riqueza de sus ideas y por su vehemente activismo. En la primavera de 1841, al abandonar Berlín, su amigo Köppen le confesó su deuda con él: «Ahora vuelvo a tener pensamientos propios, pensamientos pensados por mí mismo, valga la redundancia; los de antes no me pertenecían porque procedían de la Schützenstrasse [la casa de Marx], o cuando menos habían sido gestados en ella. Ya soy capaz de trabajar solo de nuevo y me alegra estar rodeado de estúpidos y no serlo yo mismo... A propósito de los pensamientos de la Schützenstrasse: nuestro Bruno Bauer ha publicado en los *Hallischen Jahrbücher* un artículo espléndido y nada jesuítico. Nuestro respetado amigo sostiene al principio la idea de que el Estado bizantino era el único verdaderamente cristiano. Yo he enfocado inquisitivamente esta concepción, me he preguntado por sus orígenes y me he dado cuenta de que es tributario de la casa de la Schützenstrasse. ¿Te das cuenta? Eres un manantial, un taller, un almacén de ideas...» Cuando al año siguiente Friedrich Engels frecuenta su círculo de amigos berlineses y trata de reflejar en poemas burlescos la lucha de Bruno Bauer contra la teología y la Iglesia, incluye a Marx entre las tropas auxiliares de Bauer. Como Engels no lo conocía aún en persona lo retrató siguiendo una descripción de Edgar Bauer:

¿Quién le sigue con ímpetu tan fiero?
Es un tipo moreno, un coloso
de Tréveris que impulsa sus talones
y corre furibundo cuanto puede
y abalanza sus brazos hacia el cielo
como si pretendiera unirlo con la tierra.
Blande el puño cerrado y se alborota
como si una legión de demonios le arrancasen los cabellos.

En los años posteriores Marx se dedicó exclusivamente a estudiar filosofía con gran intensidad, según lo prueban su tesis doctoral y sobre todo los laboriosos trabajos preparatorios. A principios de 1839 eligió como especialidad la filosofía griega y tituló su tesis *Diferencia entre la Filosofía natural de Demócrito y Epicuro*, y en 1842 pensó ampliarla con vistas a una gran exposición de conjunto de los sistemas epicúreo, estoico y escéptico. «Ya ha llegado por fin



Bruno Bauer, filósofo alemán, perteneció durante cierto tiempo a la «derecha hegeliana», pero tras la lectura de la Vida de Jesús, *de D. F. Strauss, cambió de posición derivando hacia una interpretación atea radical de la doctrina hegeliana. A partir de ese momento pasó a formar parte de los «jóvenes hegelianos».*

la hora en que comprendemos perfectamente las doctrinas de los epicúreos, estoicos y escépticos. Ellos son los filósofos de la autoconciencia», se decía en el prólogo para una proyectada edición. Marx y sus amigos habían desembocado también en una «filosofía de la autoconciencia», y teniendo en cuenta la situación espiritual de la época, caracterizada en el sistema de Hegel por la liquidación de la filosofía, se imponía una comparación de la filosofía materialista con la filosofía griega anterior a Aristóteles.

En los trabajos preliminares de la tesis ya están delimitadas sus líneas generales que llevan implícitas las diferencias con los jóvenes hegelianos. A la filosofía hegeliana, que se presenta como un universo acabado y total en el que razón y realidad se funden en perfecta armonía, se opone la realidad objetiva. «Así pues, el mundo es una filosofía dividida que se opone a una filosofía total considerada en sí misma. La aparición activa de esta filosofía es, consecuentemente, también una división y una contradicción; su universalidad objetiva se convierte en formas subjetivas de la conciencia individual que la vive... Quien no comprenda este imperativo histó-

rico, tiene que negar, por tanto, categóricamente, que existen personas que se atengan a una filosofía total, o tiene que considerar la dialéctica de la medida en cuanto tal como la más elevada categoría del espíritu y afirmar con algunos de nuestros mal entendidos hegelianos que la mediocridad es la manifestación o la apariencia normal del espíritu absoluto...» Marx considera absurdo explicar algunos puntos débiles del sistema hegeliano –por ejemplo la realidad del Estado– basándose en una «acomodación» a la realidad, como lo hacían algunos de sus discípulos; a él le parece mucho más importante analizar la ideología de Hegel: «Que un filósofo incurra en esta o en aquella aparente contradicción a causa de esta o aquella acomodación, es inteligible; incluso él mismo puede ser consciente de ello. Pero no lo es tanto de la posibilidad de que esta acomodación aparente hunda sus raíces más profundas en un desarrollo insuficiente de sus mismos principios. Así pues, si un filósofo se ha acomodado realmente a algo, sus discípulos tienen que explicar a partir de su conciencia esencial interior lo que para el otro adquiría la forma de un conocimiento exotérico. De este modo lo que se manifiesta como un progreso de la conciencia es a la vez un progreso de la ciencia. No se sospecha de la conciencia individual del filósofo, sino que se construye su modalidad esencial de conciencia, se la eleva a una forma y significado determinados y así se la trasciende... Es una ley psicológica que la actividad teórica del espíritu se convierte en energía práctica, de la misma forma que la voluntad que emerge del reino de las sombras se opone a la realidad del mundo que existe fuera de ella... Su relación con el mundo es una relación de reflexión. Entusiasmado por el afán de realizarse, entra en colisión con lo otro. Lo interno, autosuficiente y acabado en sí mismo, se ha roto. Lo que era luz interior deviene en llama devoradora que se vuelve hacia fuera. La consecuencia se infiere por sí misma: la concepción filosófica del mundo es a la vez una concepción temporal de la filosofía, su consecución es al mismo tiempo su pérdida, lo que ella combate en el exterior es su propia imperfección interior...»

Marx expresa así su fanatismo por la verdad, su decidida falta de consideración a lo establecido: «La filosofía, mientras todavía corra una gota de sangre por sus venas de hombre libre, gritará siempre a sus adversarios: "No es ateo quien niega los dioses del pueblo, sino quien justifica las opiniones del pueblo con los dioses".» La declaración de Prometeo en la tragedia de Esquilo –«odio absolutamente a todos los dioses»– es una declaración que asume la filosofía «contra todos los dioses celestiales y terrenales que no reconocen la autoconciencia del hombre como la divinidad suprema». Prometeo es para Marx «el santo y mártir más ilustre del calendario filosófico».

Como los trabajos preparatorios de la tesis cobraban cada día mayor envergadura, Bruno Bauer, que desde 1839 era profesor no titular en Bonn, le urgía a terminarla para que también él pudiera opositar a una cátedra: «Pon toda tu energía para salir del apuro y lo lograrás. Ojalá pudiera estar en Tréveris para explicar el asunto a tu familia. Creo que lo que allí sucede contribuye a embrollarlo todo más aún si cabe... Tu novia es capaz de soportarlo todo por ti, y quién sabe lo que nos depara el futuro. Mi sentencia, que tendrá consecuencias fácilmente visibles, está cada día más próxima...» Los presentimientos de Bauer no tardaron en confirmarse. Su crítica a la religión, más furibunda aún que la de Strauss, explicaba los evangelios como productos literarios de los evangelistas, y el cristianismo como un fruto del mundo grecorromano, y le acarreó su destitución. Con ella a Marx se le habían cerrado definitivamente las puertas del mundo académico, pero para su novia y su familia era absolutamente imprescindible que terminase sus estudios. Por fin, el 6 de abril de 1841 presentó su tesis doctoral en la Facultad de Filosofía de Jena, y el 15 le fue otorgado el título de doctor.

Si en Berlín todos sus amigos habían reconocido su liderazgo intelectual, en Bonn ocurrió lo mismo. Moses Hess, seis años mayor que Marx, escribió a su amigo Berthold Auerbach: «Dispónte a conocer al mayor, y quizá al único filósofo vivo verdadero... Dr. Marx, tal es el nombre de mi ídolo, hombre todavía muy joven (rondará los 24 años) que le asestará el golpe de gracia a la religión y política medievales. Reúne en su persona la más profunda seriedad filosófica y la más incisiva ironía; imagínate a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel juntos en una persona –y digo juntos, no revueltos– y tendrás al Dr. Marx.»

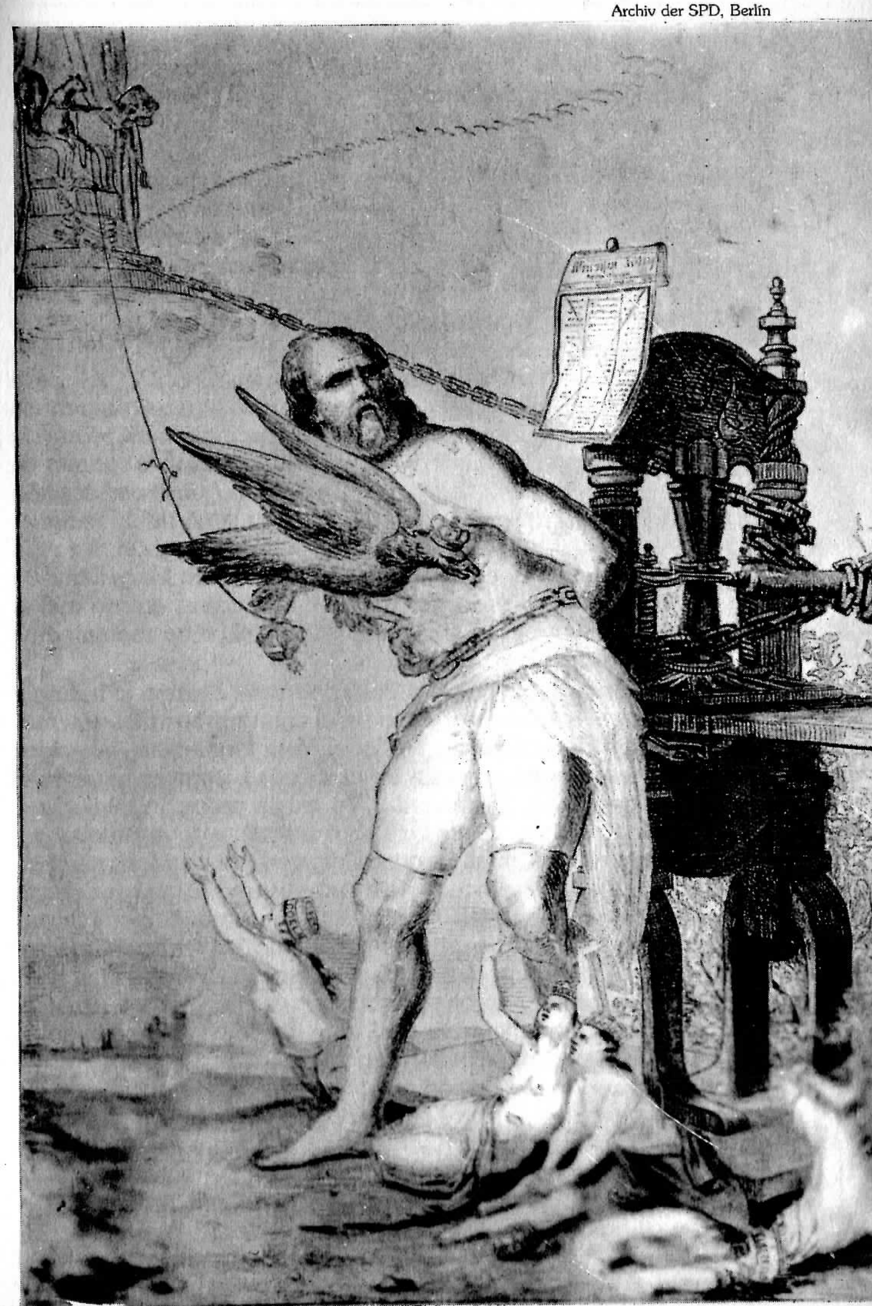
La tribuna de Marx, en lugar de la cátedra, fue un periódico: el *Rheinische Zeitung*, fundado por un grupo de ciudadanos acomodados (Georg Jung, Dagobert Oppenheim y Gustav Mevissen, entre otros) y cuyo primer número había aparecido en Colonia el 1 de enero de 1842. Sus colaboradores pertenecían sobre todo al círculo berlinés de los Athenäer, grupo que había sucedido al Club de Doctores, y que posteriormente se denominaría «Los Libres»: Bauer, Köppen, Meyen, Stirner, Rutenberg, Engels. Los artículos de Marx llamaron inmediatamente la atención, y el 15 de octubre fue nombrado redactor jefe del periódico. Marx, en una mirada retrospectiva, escribirá más tarde a propósito de este periodo: «En el año 1842-43, como redactor del *Rheinische Zeitung*, tuve que intervenir en los llamados intereses materiales. Los debates del Par-

lamento de Renania sobre los robos de leña y parcelación del terreno, la polémica que el señor Von Schaper, por entonces mandatario supremo de la provincia renana, entabló con el *Rheinische Zeitung* sobre la situación de los labradores del Mosela, y finalmente las discusiones sobre librecambismo y proteccionismo, fueron las primeras ocasiones en que me ocupé de cuestiones económicas.» Pero mucho más importante que toda esta temática fue la polémica sobre el comunismo a la que se vio abocado el periódico.

Los anteriores contactos con la cuestión social no habían dejado huellas visibles en el mundo espiritual de Marx. Cuando Westphalen, hombre muy sensible a la temática social, descubrió a Marx la figura de Saint-Simon, debió hablarle también con toda seguridad de Ludwig Gall, el reformador social alemán que propagó en los años veinte desde Tréveris las doctrinas de Owen, Fourier y Saint-Simon. También Eduard Gans, profesor de Berlín que ejerció gran influencia sobre Marx, había llamado insistentemente la atención sobre los saint-simonistas, y en su libro titulado *Una mirada retrospectiva a personas y situaciones,* impreso en 1836, opinaba: «Pero en medio de tal complejidad ideológica los saint-simonistas trajeron nuevas ideas y pusieron sus dedos en las llagas de la época. Muy acertadamente observaron que la esclavitud no había desaparecido, porque si bien había sido formalmente abolida, en realidad subsistía en su aspecto material bajo una forma más perfecta. Si en un principio se habían enfrentado el señor y el esclavo, más tarde el patricio y el plebeyo y luego el señor feudal y el vasallo, en los tiempos actuales el enfrentamiento tiene lugar entre el que no necesita trabajar y el trabajador. Aquel que visite las fábricas de Inglaterra se encontrará con cientos de hombres y mujeres enflaquecidos y harapientos, que ofrecen en holocausto su salud y su vida en beneficio de un hombre a cambio sólo de una mísera manutención. ¿No es esclavitud explotar a una persona como si fuera un animal, aun en el caso de que ésta prefiriera morir de hambre?... El Estado debe velar por la clase más pobre y numerosa, y si sus hombres quieren trabajar, se les debería proporcionar un trabajo digno; hay que luchar para disminuir esa lacra de la sociedad burguesa que se llama vulgo; he aquí la realidad verdadera de nuestra época, y en el futuro la historia recogerá ampliamente en sus páginas la lucha de los proletarios contra las clases medias de la sociedad. La Edad Media tenía en sus gremios una estructuración

Representación alegórica de Marx como Prometeo encadenado perteneciente a la época de prohibición del Rheinische Zeitung, *1843.* ▶

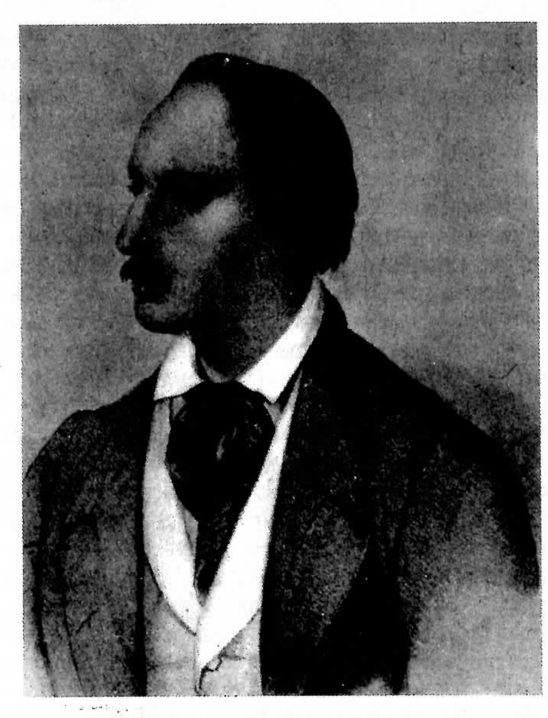
Archiv der SPD, Berlín



organizada del trabajo. Hoy los gremios han desaparecido y jamás podrán volver a ser levantados de nuevo. Pero ¿permitiremos que el trabajo libre pase del corporativismo al despotismo, del dominio de los maestros al dominio de los propietarios de las fábricas? ¿Hay algún medio de evitarlo? Sí: la libre corporación, la socialización.»

Al principio de los años cuarenta, Alemania –y Francia por descontado– conocía un gran florecimiento de la literatura sobre la cuestión social. No existen indicios de que Marx se hubiera interesado por el tema antes de su época de Colonia. Marx se consideraba un filósofo, aun cuando «preocupaciones políticas y filosóficas de índole completamente diferente» le apartaban del contexto de la filosofía griega. También luchaba por la «masa pobre, política y socialmente desposeída», pero es evidente que su rebeldía frente a la injusticia social no fue en su caso una vivencia primaria, como lo fue, por ejemplo, para Engels en las penosas situaciones sociales de la pietista Wuppertal, o para el joven Lassalle, al que la persecución contra los judíos en Damasco el año 1840 le llenó de tal indignación que se propuso liberar a todos los judíos y luego al resto del pueblo. El extraordinario nivel periodístico del joven Marx derivaba mucho más de la propia lógica interna de las cosas, que su mente preclara, entrenada en el terreno filosófico, captaba rápidamente sacando a relucir sus contradicciones.

El respeto a la línea liberal del *Rheinische Zeitung* le indujo a rechazar ciertas «observaciones sobre el comunismo» provenientes de sus amigos de Berlín. Por otro lado, Marx temía que, «imbuidos de romanticismo político y afán de notoriedad, comprometieran el asunto del partido de la libertad... Yo exigía precisión intelectual, análisis mucho más concretos y una erudición a toda prueba, no razonamientos vagos, ni frases grandilocuentes ni vanidoso narcisismo. Para mí resulta improcedente e incluso inmoral introducir furtivamente dogmas socialistas y comunistas (que suponen una nueva visión del mundo) en unas críticas ocasionales de teatro. La doctrina comunista, si alguna vez ha de ser discutida, tendrá que serlo mucho más a fondo y en otros términos», escribió Marx a Ruge. Y con Dagobert Oppenheim se declaró a favor de procedimientos más moderados: «Una rebelión tan clara contra los pilares de la actual organización del Estado puede acarrear una agudización de la censura e incluso el cierre del periódico. Tenemos a la vista el ejemplo del *Süddeutsche Tribüne.* Y en cualquier caso, desde el cómodo sillón de la abstracción, nosotros contrariamos los deseos de una gran cantidad de hombres liberales y prácticos que han asumido el penoso papel de conquistar la libertad peldaño a peldaño demostrándoles sus propias contradicciones.» Cuando el



Arnold Ruge (1803-1880), escritor, filósofo y político alemán, dirigió entre 1838 y 1843 los periódicos Hallische Jahrbücher *y* Deutsche Jahrbücher, *portavoces de la «izquierda hegeliana». Más tarde, exiliado en París, publicó los* Anales franco-alemanes, *revista en la que colaboraron, entre otros, Bakunin, Engels y Marx.*

Augsburger Allgemeine Zeitung acusó al periódico de Colonia de simpatizar con el comunismo, el *Rheinische Zeitung* respondió con la siguiente declaración de principios: «Este periódico considera que las ideas comunistas, en su actual formulación, no tienen una base teórica sólida; en consecuencia, no cree posible ni desea su realización práctica y las someterá a una profunda crítica. No obstante, obras como las de Leroux, Considérant y sobre todo la valiosa aportación de Proudhon no es lícito criticarlas a la luz de ocurrencias superficiales y momentáneas, sino sólo tras un largo, minucioso y profundo estudio. Si el *Augsburger* fuese más riguroso y no se dedicara a construir frases lapidarias como arma arrojadiza, comprendería fácilmente el razonamiento... Tenemos la firme convicción de que el auténtico riesgo reside en cimentar teóricamente la ideología comunista, no en ponerla en práctica, porque en este último caso, aun cuando esté apoyada por las multitudes, pueden oponérsele cañones al menor asomo de peligro. Las ideas, sin embargo, penetran en la inteligencia y conquistan nuestro ánimo y cuando se han instalado en nuestra conciencia la encadenan, y uno

no puede desterrarlas sin desgarrarse el corazón, se convierten en demonios ante los cuales sólo cabe el sometimiento. Probablemente el periódico de Augsburgo no ha conocido jamás la desazón interior provocada por la contradicción entre los deseos subjetivos del hombre y las razones objetivas de su propio entendimiento...»

Por su expresión clásica y su seriedad moral, estas frases bien podría haberlas formulado Lessing, que consideraba a las ideas fuerzas disolventes que precisan el freno de la conciencia. La honradez intelectual de Marx le pide un estudio mucho más profundo del comunismo antes de hablar de él. Marx sólo se adherirá a dicho sistema si responde a razones objetivas de su propio intelecto. Semejante exigencia implica la necesidad de examinar con ojos críticos la filosofía hegeliana del Estado, tarea que Marx acometía por entonces. Su evolución hacia el comunismo tendrá lugar desde presupuestos lógico-racionales. Será la decisión de un pensador apasionado, porque ¿quién sino un pensador apasionado hablaría de la desazón interior provocada por las ideas?

La censura persiguió con saña al *Rheinische Zeitung*. El 1 de abril un consejo presidido por el rey decidió cerrar el periódico. El 18 de marzo, Marx dimitió de su puesto «a causa de las actuales circunstancias de censura». A Ruge le escribía: «Es absurdo luchar por la libertad y tratar de defenderse de las espadas con alfileres. Estoy cansado de tanta hipocresía, de tanta estupidez, del palabrerismo, de este autoritarismo brutal, de doblar la cerviz y de retroceder... No hay nada que hacer en Alemania: aquí uno se traiciona a sí mismo.» En Alemania los intentos de liberalización habían fracasado, así que cuando Ruge ofreció a Marx trabajar en el extranjero en una revista que recogería la antorcha de la también prohibida *Deutschen Jahrbücher,* este último vio el cielo abierto. Ruge le informaba del proyecto en una carta: «Creo que podemos seguir con el mismo presupuesto de los anales; confío también en aumentar considerablemente la tirada si somos capaces de mantener una línea política y periodística enérgica y arrojamos por la borda todo doctrinarismo.» A Marx le ofrecía un salario anual de 800 táleros. La revista era *Deutsch-Französischen Jahrbücher (Anales Franco-alemanes)* y se editaría en París. Marx se alegró por tal ofrecimiento: «En alguna ocasión te he comentado que no estoy muy bien avenido con mi familia; mi economía flaquea y mientras mi madre viva no puedo acceder a mi herencia. Estoy, además, prometido y no puedo ni quiero salir de Alemania sin mi novia.» Aunque Marx no se había preocupado por finalizar sus estudios a causa de Jenny, las relaciones entre ambos no habían variado. Ella durante toda su vida adaptó, aun a costa de grandes sacrificios, su vida a la de él; sin

embargo, sufrió mucho en Tréveris, «un pequeño y miserable villorrio cuyas características más sobresalientes son los chismorreos de sus habitantes y una adoración a la localidad que causa risa». En fin –escribió Marx a Ruge– «le desvelaré mis planes: apenas hayamos ultimado el contrato, viajaré a Kreuznach. Allí me casaré y residiré un mes con la madre de mi novia, quizá más, porque probablemente no podamos solucionar todos nuestros asuntos en ese plazo. Le aseguro a usted, sin el menor asomo de romanticismo, que estoy perdidamente enamorado. Llevo prometido más de siete años y mi novia ha tenido que librar arduos combates que casi han minado su salud para defender nuestra relación durante este tiempo... Al cabo de estos años mi novia y yo hemos tenido que batallar mucho más que otros que nos triplican la edad y hablan sin cesar de su "experiencia de la vida".» El 12 de junio se firmaron en Kreuznach las capitulaciones matrimoniales. Marx permaneció en dicha ciudad hasta finales de octubre estudiando historia y filosofía francesa con vistas a su destino en París y trabajando además en la «revisión crítica» de la filosofía del derecho de Hegel y en sus artículos para los *Anales.*

5. El comunismo: el espíritu de las nuevas ideas

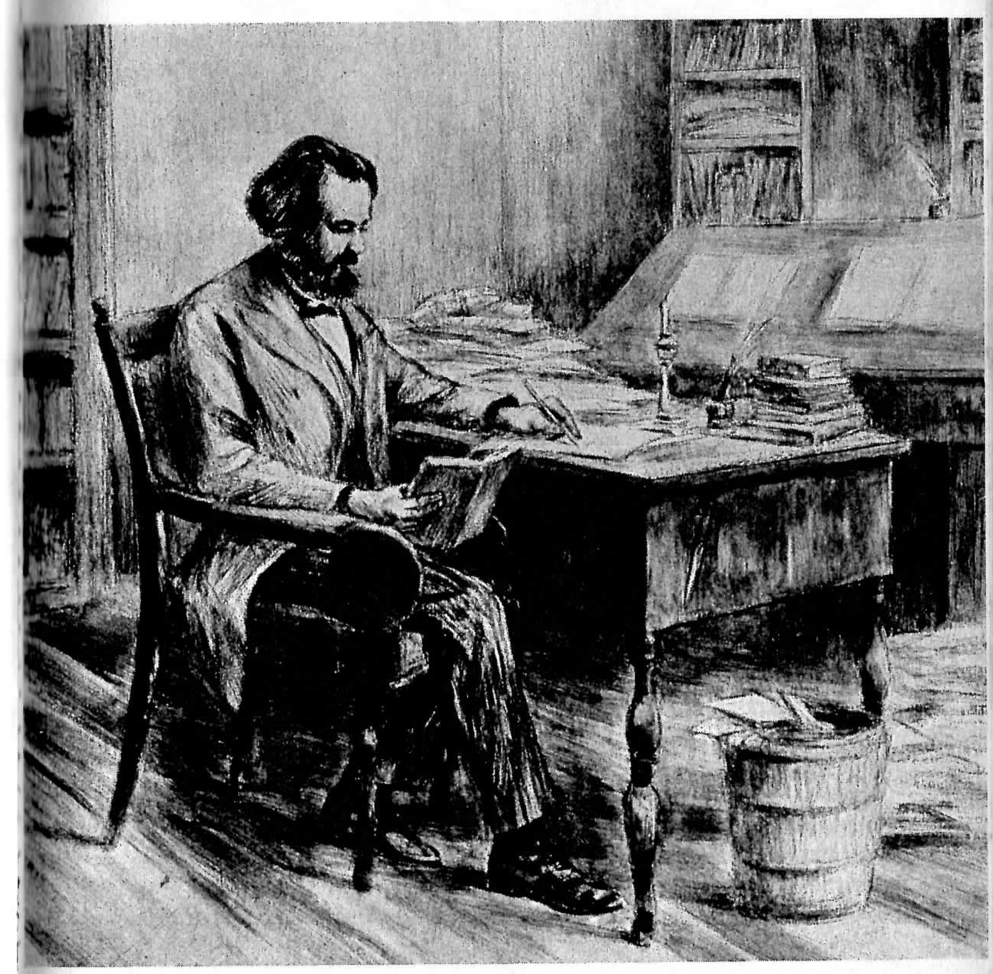
En noviembre de 1843 Marx llegó a París. Por esas fechas estaba ya muy cerca del comunismo, evolución que él justificaba en lo más íntimo de su conciencia como una interferencia lógica y consecuente de la filosofía. Se le podría aplicar lo que Engels escribió el mismo mes en *The New World: «Communism, however, was such a necessary consequence of New Hegelian philosophy, that no opposition could keep it down...»* (El comunismo, sin embargo, fue una consecuencia tan inevitable de la filosofía de los jóvenes hegelianos, que nada pudo reprimirlo). Cuando la crítica del derecho del Estado hegeliano condujo a Marx al comunismo, evolución jalonada por Feuerbach, las «nuevas ideas» se apoderaron de él con furia demoníaca, y apenas se hubieron asentado en su mente planeó convertirlas en un sistema dotado de una metodología rigurosa. En Darmstadt ultimó un contrato con el editor Leske para publicar una obra en dos volúmenes que se titularía *Kritik der Politik und Nationalökonomie (Crítica de la política y de la economía nacional),* que no llegaría a imprimirse porque Marx y Engels tuvieron que terciar en algunas polémicas para deslindar su nuevo sistema de otras corrientes socialistas; hacia 1860 el editor le reclamaría la devolución del dinero que le había anticipado.

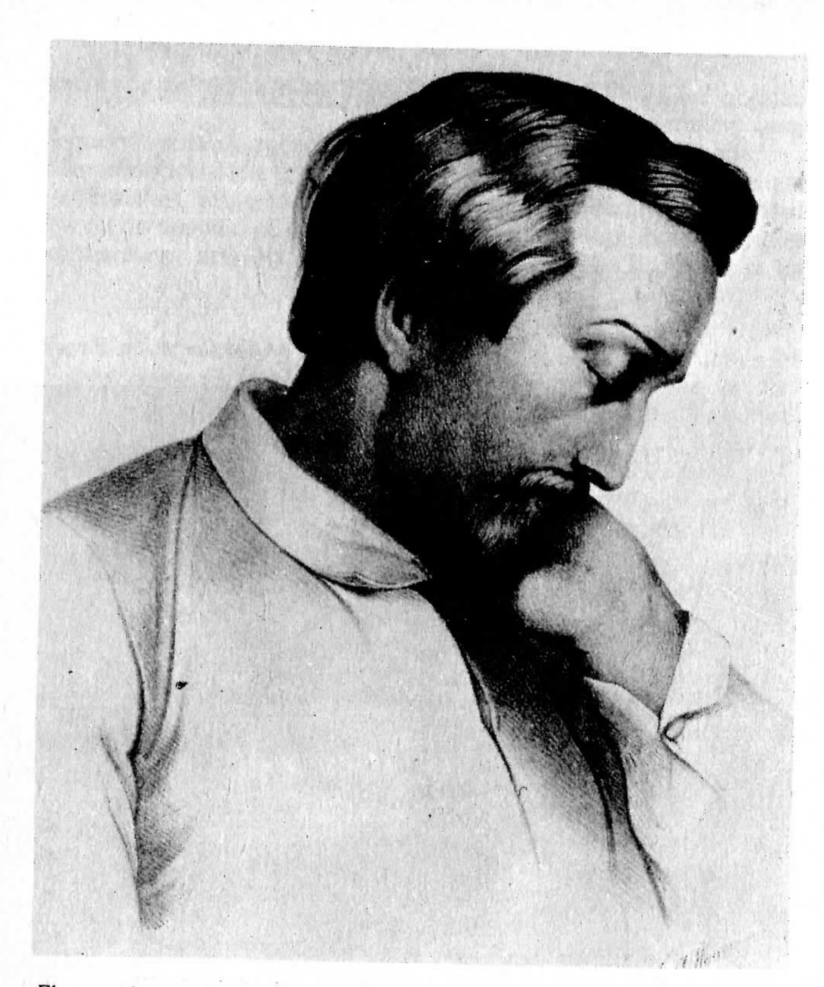
Marx se dedicó con verdadero ahínco a estudiar las obras de los socialistas franceses y la historia de la Revolución. Por intermedio de Moses Hess trató a conocidos socialistas, pero parece ser que sólo tuvo una relación estrecha con Proudhon, con el que, al correr de los años, mantendría una de sus más agudas polémicas. Todos los socialistas franceses habían rehusado colaborar en los *Anales:* con éstos pretendían sus fundadores crear una especie de «Santa Alianza espiritual» y un acercamiento entre Francia y Alemania. La vida de Marx se desarrollaba entre las cuatro paredes de su estudio y apenas mantenía contactos con sus compatriotas (por entonces vivían en Francia unos 85.000 alemanes, en su mayoría intelectuales y obreros especializados, que se habían sentido atraídos por la capital de la libertad). Marx prefería visitar de vez en

cuando las asambleas de trabajadores franceses, de las que salió muy gratamente sorprendido.

«La primera finalidad de la asociación de los obreros comunistas es el aprendizaje, la propaganda, etc. Pero posteriormente cobran conciencia de una nueva necesidad, la necesidad de la solidaridad, de modo que lo que aparece como medio deviene en un fin en sí mismo. Los resultados más brillantes de este movimiento

Marx en su estudio, según una pintura de Schaumann. Museo Comunista, Praga.





El poeta alemán Heinrich Heine (1797-1856) conoció a Marx durante su etapa de exilio en París, donde también tuvo ocasión de relacionarse con los principales escritores franceses del momento: Balzac, Victor Hugo, Musset y George Sand. La lírica de Heine alcanzó en Europa una resonancia popular tan grande como la de lord Byron.

práctico se observan fácilmente en la unión de los socialistas franceses: fuman, beben, comen juntos, etc. No son puros medios para alcanzar la unión, sino que su unión ha traído como consecuencia una finalidad nueva y suficiente: la fraternidad de las personas, que para ellos no es una frase hueca, sino una hermosa realidad. En sus

semblantes, endurecidos por el trabajo, resplandecen los sentimientos más nobles de la humanidad.»

Durante una temporada Marx y su esposa vivieron con los Ruge en una «comuna» que éstos habían organizado en la calle Vaneau. El experimento fracasó pronto. Ruge, que no pasó de ser un liberal un tanto burgués, rechazó la orientación que Marx demostraba en sus artículos de los *Anales*. Las desavenencias pronto adquirieron caracteres más agrios por la antipatía personal. Una carta de Ruge a Feuerbach, escrita en este periodo, revela aspectos de la personalidad de Marx: «Lee cuanto puede; trabaja con extraordinaria intensidad y tiene un talento tan crítico que a veces degenera en arrogancia; no finaliza sus trabajos, los interrumpe siempre para precipitarse en un océano de libros»; «es un erudito y un escritor nato, pero no se pueden esperar grandes cosas de él en el periodismo». Ruge simplemente quiere decir que Marx escribía con desesperante lentitud y que utilizaba muchísima documentación incluso para sus artículos periodísticos.

Marx conoció y se hizo amigo de Heine, influyéndole durante algún tiempo. Los versos de su poema dedicado a H. C. Andersen –«He subido a un nuevo barco con nuevos compañeros»– aluden al comunismo y a personas como Marx, Ruge, Hess, Bakunin, Herwegh. En años posteriores Heine escribió una serie de poemas de tendencia filocomunista y algunas de sus más agudas sátiras políticas, por ejemplo, *Los tejedores de Silesia* y *Alemania, un cuento de invierno*. En la primera de ellas corrobora la interpretación de Marx frente a Ruge de que la rebelión de los tejedores era una rebelión de los trabajadores contra sus opresores y no un simple motín de hambrientos. Cuando Marx fue expulsado de París escribió a Heine: «Me gustaría que viniera conmigo.» Lo que atraía a Heine del comunismo no era su teoría sobre la propiedad –que en conjunto rechazaba, al igual que diez años atrás lo había hecho con la de los saint-simonistas, aunque simpatizara en parte con ella–, sino su confesión de ateísmo. Más tarde el poeta se acercaría de nuevo al teísmo. En sentido estricto no puede ser considerado un comunista. Heine veía en sus nuevos amigos sobre todo un aliado en la lucha contra Prusia. En 1854 Heine refirió en su *Aclaración retrospectiva* que cuando el año 1848 el *Augsburger Allgemeine Zeitung* le atacó por haber aceptado una pensión del gobierno francés, Marx le había defendido. Marx, sin embargo, negó a Engels que tal hecho hubiera sucedido: «Heine obra así porque en el fondo se siente culpable y le remuerde la conciencia por semejante inmundicia...»

En su tesis doctoral Marx había reconocido que su tarea consistía en «abolir» la filosofía, es decir, lograr su «realización» y guia-

Página del escrito de Marx titulado Introducción crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel.

do por este axioma comenzó a revisar el hegelianismo. Probablemente en 1841 inició la crítica del capítulo «Derecho público» de *Fundamentos de la filosofía del Derecho,* y prosiguió su trabajo dos años después ofreciendo a Ruge un artículo sobre el tema para los *Deutschen Jahrbücher.* Este extenso manuscrito, concebido como un punto de partida, quedó interrumpido. Marx seguía en él el método utilizado por Feuerbach para criticar la filosofía especulativa y formulada en las *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía:* «Debemos convertir siempre el predicado en sujeto, y el sujeto en objeto; es decir, invirtamos la filosofía especulativa y tendremos la verdad desnuda, pura e inmaculada.» Marx sigue escrupulosamente este postulado. De las tesis de Feuerbach sólo le había disgustado «que concentraba excesivamente su atención sobre la naturaleza en detrimento de la política, y sin embargo en esta última radican los argumentos que pueden convertir la filosofía actual en un sistema verdadero».

Marx dirige un ataque frontal contra el párrafo 262 del Derecho público y afirma: «En este párrafo se resume, no sólo la filosofía del Derecho, sino la filosofía hegeliana en general.» Hegel divide el Estado, «la verdadera Idea, el Espíritu», en dos esferas: «familia y sociedad burguesa». Frente a esta conceptuación de la familia y de la sociedad burguesa como «oscuro fundamento natural de donde nace el derecho público», Marx, apoyándose en el sentido común, estableció la «relación verdadera» entre ambos términos, porque el Estado implica evidentemente una base familiar y social: «El Estado no puede existir sin la base natural de la familia y la artificial de la sociedad burguesa; ambas son *conditio sine qua non* de su existencia...» En Hegel, sin embargo, esta condición es condicionada por la idea del Estado; la idea, pues, se convierte en sujeto y el sujeto real, familia y sociedad burguesa, en predicado. «Hegel convierte siempre la Idea en sujeto y el sujeto verdaderamente real... en predicado»: este hecho tiene una importancia decisiva, y puede observarse en incontables párrafos que revelan la «mistificación» de Hegel. Para él la esencia de las disposiciones estatales no es «inmanente a ellas mismas sino que deriva de su forma abstracta, es decir, en cuanto que son disposiciones lógico-metafísicas. Su verdadero interés no se concentra en a filosofía del derecho, sino en la lógica... El momento filosófico no reside en la lógica de la cuestión, sino en la cuestión de la lógica. No es la lógica quien fundamenta el Estado, sino el Estado la lógica».

Según Hegel «la soberanía del pueblo» es una de esas «ideas confusas en las que se basa la confusa idea del pueblo». Marx constata a este respecto: «Sólo Hegel habla de "ideas confusas" y

"confusa idea". Sin embargo, "el Estado es una pura abstracción. Lo concreto es el pueblo": él es el auténtico Estado. "En la Monarquía el pueblo se subordina a uno de sus modos de ser, la organización política; en la democracia, la organización misma es una disposición, más concretamente, una autodeterminación del pueblo. En la monarquía el Estado prima sobre el pueblo; en la democracia, el pueblo determina el Estado, es decir, la verdadera esencia de la organización política es el hombre real, el pueblo real, y éste es quien construye el Estado... No está el hombre determinado por la ley, sino la ley por el hombre... He aquí la diferencia fundamental de la democracia.» En el Estado verdadero la contradicción entre *poder político* (que, considerado como estructura y burocracia, se impone a pueblo como algo externo, *ajeno* a él) y *pueblo* no existe. Este hecho, interpretado al modo de los nuevos teóricos franceses, podría también formularse así: *en la verdadera democracia el Estado desaparece*. La república no es aún una verdadera democracia, porque en ella la estructura política todavía es algo *impuesto, ajeno* al pueblo. Sólo se podrá hablar de verdadera democracia cuando se identifiquen plenamente lo privado y lo público. En la terminología futura de Marx este estado es la «sociedad sin clases».

Con estos presupuestos la ruptura definitiva con el hegelianismo no tardaría en llegar, consumándose tras la publicación en los *Anales* del artículo «Introducción crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel», que suponía además una crítica política. Hasta entonces los alemanes habían observado a las demás naciones. Marx se pregunta si Alemania es capaz de desarrollar la praxis, es decir, si puede poner en práctica una revolución que no sólo la sitúe a la altura de los pueblos más modernos, sino que además «gane para el hombre las conquistas que se vislumbran en el futuro inmediato de esos pueblos». Marx sabe muy bien que «el arma de la crítica no puede evidentemente sustituir a la crítica de las armas. La fuerza material debe ser vencida mediante el uso de la fuerza material, y en este aspecto la teoría es un instrumento en cuanto que convence a las masas, y las convence porque es un argumento *ad hominem,* tanto más persuasivo cuanto más radical. Ser radical quiere decir atacar la raíz, la esencia, de las cosas, y la esencia de la persona es la persona misma... La crítica de la religión finaliza con el corolario de que no hay trascendencia fuera de la persona, es decir, con el imperativo categórico de abolir todas aquellas relaciones en las que la persona sea considerada como un ser humillado, esclavizado, desamparado, despreciable...».

Marx ve una posibilidad concreta de que Alemania conquiste esa emancipación: «La formación de una clase radicalmente uni-

DEUTSCH-FRANZÖSISCHE

JAHRBÜCHER

herausgegeben

von

Arnold Ruge und Karl Marx.

1ste und 2te Lieferung.

PARIS,

IM BUREAU DER JAHRBÜCHER. } RUE VANNEAU, 22.
AU BUREAU DES ANNALES.

1844

Portada de los Anales franco-alemanes, *1844.*

da..., que tenga carácter universal porque universales son sus padecimientos; que no reclame un privilegio determinado porque con ella no se comete una injusticia determinada, sino la injusticia a secas; que no aspire a entrar en la historia, sino a conquistar la humanidad... en suma, a recuperar su propia esencia mediante la plena recuperación del hombre. Y es el proletariado quien abolirá la sociedad basada en las clases.» El proletariado nace «en Alemania con la irrupción de la industria»; no es consecuencia de una

«pobreza derivada de la naturaleza, sino generada artificialmente... Al igual que la filosofía halla en el proletariado sus armas materiales, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas espirituales, y apenas el relámpago del pensamiento haya hendido este inocente e ingenuo suelo popular, se consumará la emancipación de los alemanes y su conversión en personas... En Alemania no es posible abolir la servidumbre sin romper todos y cada uno de los modos de dominación. La revolución no tendrá éxito en Alemania si no se hace desde la base. La emancipación del alemán es la emancipación del hombre; su cabeza es la filosofía, su corazón el proletariado. La filosofía no se realizará si no se subleva el proletariado, y éste no se sublevará si no se realiza la filosofía».

Mientras Marx proclamaba con este énfasis moral la alianza entre filosofía y proletariado, probó su metodología crítica en sus dos artículos de los *Anales* «Sobre la cuestión judía». En realidad se trató de una polémica entablada con Bruno Bauer. Este creía que los judíos se emanciparían si se desembarazaban de su religión. Marx, sin embargo, no lo consideraba un problema político-religioso, sino social. Marx vuelve a tratar aquí el fondo del problema: la separación entre poder político y sociedad burguesa, la diferencia entre una libertad restringida únicamente al aspecto político y la libertad total del hombre. Marx no habla del «judío del Sabbath», sino del «hombre judío total». «No busquemos el secreto de lo judío en su religión, sino más bien el secreto de la religión en el verdadero judío.» Para él el fundamento objetivo del judaísmo residen en su egoísmo personal, en haber convertido en sus ídolos la usura y el dinero. «La emancipación de la usura y del dinero, es decir, de lo que constituye la base práctica, real, del judaísmo, sería la emancipación de nuestra época.» Hay un evidente tratamiento sofista del tema. Con razón se defendieron todos los investigadores judíos de esta equiparación entre judaísmo y agiotismo. La relevante significación de estos artículos reside en que plantean un problema psicológico muy importante en la vida de Marx: ¿Era Marx antisemita?[2]

La respuesta afirmativa se apoya en estos artículos, en otros pasajes de sus obras, en los artículos para el *Neue Rheinische Zeitung* y en sus opiniones sobre los judíos diseminadas por la correspondencia, sobre todo con Engels, que son chabacanas y groseras, y en absoluto «ingeniosas» o «graciosas». Pero no sería justo tampoco tildar a Marx de antisemita. En la actualidad rechazamos por completo la interpretación de Karl Vorländer sobre el tema expuesta en su biografía sobre Marx; no obstante, se comprende que al ser editada en 1929, periodo en el que el nacionalsocialismo comenzaba a adquirir pujanza, su autor consideró oportuno acentuar esas

manifestaciones de Marx como respuesta frente a los ataques lanzados contra Marx por sus raíces judías. En lo que se refiere a los artículos, estamos de acuerdo con Gustav Mayer en que Marx pretendía demostrar con ellos –bien es verdad que con una absoluta falta de delicadeza– la superioridad de sus puntos de vista sobre los de los jóvenes hegelianos. Debemos mencionar también aquí que Marx, al estudiar la situación social y política de los judíos, emplea su método sin vacilaciones, con una lógica aplastante, pero con una total ignorancia de la historia social y de la ideología judía.

Un fenómeno muy diferente ocurre con aquellas expresiones que jalonan su correspondencia y que convierten la lectura en una labor a menudo penosa. Marx no copió de Engels ese tono despreciativo hacia los judíos; al contrario, fue Engels el que se contagió pronto e incluso Jenny Marx llegó también a utilizarlo en sus cartas. La actitud de Marx no emana tampoco, como cree Simon Dubnow, de esa «aversión característica del renegado hacia su antiguo hogar». No, su actitud es sobre todo una manifestación típica del «odio a sí mismo». Esta respuesta íntima fue en épocas pasadas una reacción de temperamentos sensibles que se habían desligado en su fuero interno del judaísmo frente a un entorno hostil, y en este sentido es una consecuencia del antisemitismo. Citemos a Otto Weininger, que descubrió ese fenómeno caracterológico, o a Theodor Lessing, que estudió con detalle la cuestión, por no hablar de otros muchos.

Es curioso que una persona de la talla de Marx no lograra vencer esa debilidad suya hasta el fin de su vida. En sus muchas polémicas, combatió con especial ahínco a los adversarios que también le definían como «judío» (Ruge, Proudhon, Bakunin, Dühring). En diciembre de 1881 su yerno Longuet, con ocasión de una necrológica para Jenny Marx, recordó que ésta antes de casarse tuvo que sortear numerosos obstáculos en Tréveris, sobre todo el prejuicio racial porque Marx, por nacimiento, era judío. Ese mismo día Marx, muy irritado, comunicó a su hija Jenny Longuet que ese prejuicio racial no había existido y que dijera al «señor Longuet» que se abstuviera en el futuro de mencionarle en sus escritos.

La proclamación de la alianza entre filosofía y proletariado exigía imperiosamente un profundo estudio de la economía política. Es ocioso aclarar que a Marx no le guía un puro deseo de conocer dicha materia, sino la creencia de que un filósofo que desea la revolución y la emancipación de toda la humanidad debe contar con una sólida base teórica. El primero y más importante paso en esta dirección se concretó en unos textos de principios de 1844 no destinados a la imprenta y que hoy conocemos agrupados



Página manuscrita de la obra de Marx Economía política y filosofía.

bajo el título *Economía política y filosofía.* Se publicaron en 1932 en dos ediciones diferentes: incluidos en las obras completas de Marx-Engels, y en la edición de los *Frühschriften (Escritos tempranos)* a cargo de S. Landshut. Inmediatamente despertaron la admi-



ración de filósofos y sociólogos, que juzgaron incomprensible la opinión comúnmente admitida de que Marx había sido filósofo en su juventud, pero pronto había superado esa fase para desembocar, tras pasar por la historia, en su verdadero objeto de estudio, en su especialidad: la economía. Se puso así de manifiesto una de las



Marx con los obreros de París, según un óleo de R. Galitsky. Museo Marx y Engels, Moscú.

leyes de su sistema, es decir, incluso su obra posterior depende de su propio contexto. Se cumplieron de este modo las expectativas de Herbert Marcuse, que creía que la publicación de estos escritos «se convertiría en el acontecimiento cumbre de la historia de la investigación marxista». La comprensión de Marx no se inicia ya a partir de *El Capital,* sino desde estos escritos en los que intenta abarcar la situación global del hombre de su tiempo como un filósofo que con el correr de los años se convertiría también en historiador, economista y político.

Con esa obra Marx pretende revisar la economía política, y parte para ello de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, cuyas categorías –trabajo, objetivación, alienación, abolición– son investidas de una nueva significación. «El mérito de la *Fenomenología* de Hegel y de su resultado final –la dialéctica de la negatividad como principio motor y creador– reside en que concibe la autogeneración del hombre como un proceso, la objetividad como ubicación *frente a,* como enajenación y como abolición de esa enajenación; en que capta la esencia del trabajo y concibe a las personas reales y concretas como un resultado de su propio trabajo.» Pero mientras para Hegel «trabajo» es un movimiento del espíritu, y por tanto mero trabajo intelectual, Marx lo interpretará desde un punto de vista antropológico, es decir, como un resultado de la actividad del hombre concreto en un momento determinado, no como un producto del hombre abstracto desindividualizado.

Marx, después de recoger las teorías de los economistas clásicos sobre «salario», «beneficio del capital» y «renta del suelo», examina el «trabajo enajenado». El hombre objetiviza su naturaleza en el trabajo, y en él se desprende de su objeto de trabajo que se presenta como algo que se enajena al trabajador: «La enajenación al trabajador de su trabajo se rige por las leyes de la economía política, de modo que cuanto más produce, menos le queda; cuanta más plusvalía crea, más se empobrece él; cuanto más perfecto el producto, más se deforma el trabajador; cuanto más civilizado su objeto, más se embrutece él; cuanto más trabaja, más se debilita; cuanto más técnico se hace el trabajo, más esclavo de la naturaleza se vuelve el trabajador...» La enajenación y alienación del trabajador consisten en que «el trabajo es extrínseco al trabajador, es decir, no pertenece a su esencia; por tanto, el trabajador no se reafirma en su trabajo, sino que se niega, no se siente feliz, sino desgraciado, no desarrolla libremente su energía física y psíquica, sino que lacera su físico y arruina su inteligencia... Por ello su trabajo no es voluntario, sino impuesto, es un trabajo forzado».

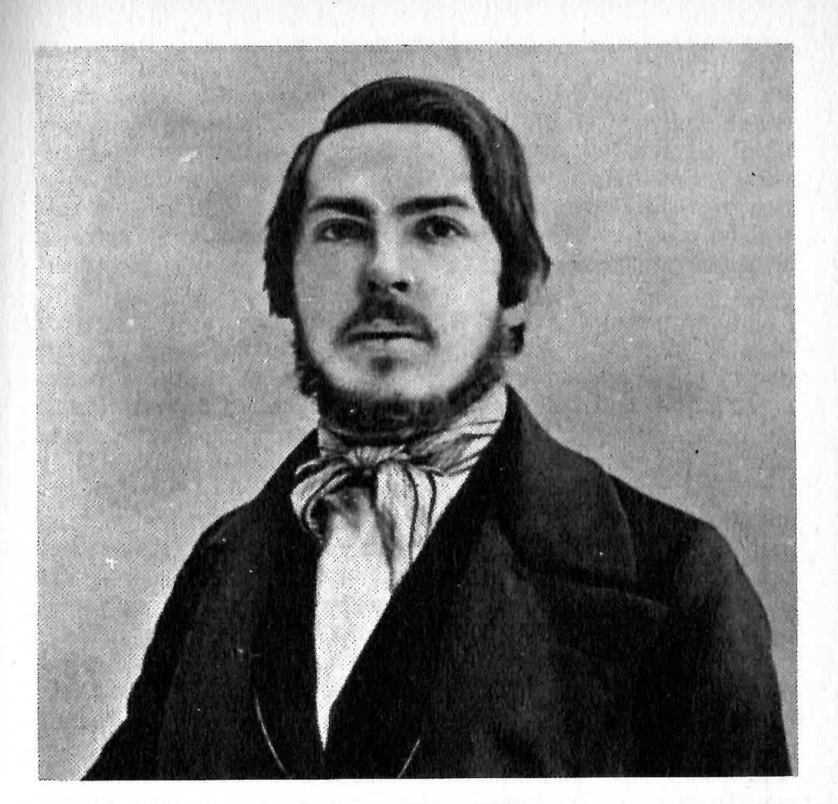
Puesto que el trabajo enajenado arrebata al hombre el objeto

de su producción, le quita su vida genérica que se manifiesta en la transformación del mundo objetivo. «Una consecuencia directa de esto... es la alienación del hombre por el hombre. Cuando un hombre se enfrenta consigo mismo, se enfrenta también con el que está enfrente de él. Lo que es válido para la relación del hombre con su trabajo, el fruto de su trabajo y consigo mismo, es igualmente válido para la relación del hombre con otros hombres, con el trabajo y el fruto del trabajo de los otros hombres. En suma, la frase de que su esencia genérica está enajenada quiere decir que un hombre enajena al otro, y cada uno de ellos a su vez a la especie humana.»

Si el producto del trabajo es ajeno al hombre, ¿a quién pertenece? «Cuando el producto del trabajo no pertenece al trabajador, es que pertenece a otro ajeno a él... Así pues, mediante el trabajo enajenado el trabajador fundamenta la relación de un hombre ajeno al trabajo y situado fuera de él con ese trabajo. La relación del trabajador con su trabajo origina la relación del trabajador con el capitalista, o como quiera que se llame el dueño del trabajo. Es decir, la propiedad privada es el producto, el resultado, la consecuencia necesaria del trabajo enajenado, de la relación extrínseca del trabajador con la naturaleza y consigo mismo. Así pues, la propiedad privada se infiere del concepto de trabajo enajenado, o lo que es lo mismo, del hombre enajenado, del trabajo alienado, de la vida alienada, del hombre alienado.»

Dicha alienación alcanza su punto culminante en la industria que se basa en la división del trabajo y en la libre competencia, y en el dinero halla su expresión suprema: «Transforma la fidelidad en infidelidad, el amor en odio, el odio en amor, la virtud en vicio, el vicio en virtud, el siervo en señor, el señor en siervo, la estupidez en inteligencia, la inteligencia en estupidez.» Dicho de otro modo, cuando el hombre es realmente humano «considera al hombre en cuanto tal y a su relación con el mundo como algo específicamente humano, y en consecuencia, al amor responde con amor, a la confianza con confianza, etc... Cada una de sus relaciones con los demás y con la naturaleza debe responder categóricamente a sus deseos de auténtica vida individual...» El proletario es un hombre completamente alienado. Sólo cuando desaparezca el proletariado podrá el hombre realizarse a sí mismo. Sólo después de abolir la alienación será posible para el hombre una existencia que responda a la esencia y a la dignidad del género humano.

Pero si un comunismo que se propone como meta la liberación política y que pretende incluso abolir al Estado, permite la propiedad privada, «causante de la alenación del hombre», como Proudhon y los llamados «verdaderos» socialistas, es que «no ha



Friedrich Engels en una fotografía tomada en 1845.

comprendido la esencia objetiva de la propiedad privada ni tampoco la naturaleza humana de la necesidad». El comunismo tiene que ser más profundo y mejor interpretado: «El comunismo supone la abolición objetiva de la propiedad privada, en cuanto causa de la autoalienación del hombre, y la apropiación verdadera de la esencia humana por y para el hombre; es un giro radical, consciente y lógico, del hombre hacia sí mismo y hacia la sociedad. Este comunismo como perfecto naturalismo = humanismo, y en cuanto perfecto humanismo = naturalismo, es la auténtica liquidación de la pugna entre la existencia y la esencia, entre libertad y necesidad, entre individuo y sociedad.»

En Hegel la alienación se refiere únicamente a la conciencia, no va más allá. Marx elogia a Feuerbach —«el único que mantiene una relación crítica con la dialéctica hegeliana»— porque concebía la filosofía como «forma y modo de existencia de la alienación del

ser humano»; porque sentaba las bases del «verdadero materialismo» al convertir en eje central de su teoría la relación social «del hombre con el hombre», y de ese modo «opone lo positivo objetivamente fundamentado en sí mismo» a la mera «negación de la negación» de Hegel. Partiendo de esa base del «humanismo real» creó Marx su teoría de la revolución, cuya meta es la abolición de la sociedad capitalista para que el ser humano alcance su autorrealización.

El acontecimiento más relevante de la época de París fue para Marx la visita de Friedrich Engels, de la que surgió una amistad mutua que ya no se rompería. Engels había escrito para los *Anales* un artículo titulado «Esbozo para una crítica de la Economía Política» que demostró a Marx que Engels había llegado mucho más lejos en este campo mediante el estudio teórico y práctico de la economía inglesa. Engels, hijo de un industrial de Barmen, poseía los conocimientos de economía práctica que le faltaban a Marx. Este posteriormente buscaría el consejo de Engels en esas cuestiones. En su colaboración se complementaron mutuamente. Mientras Marx, en el terreno intelectual, necesitaba un estudio a fondo, una penetración sistemática y una larga meditación sobre la materia, Engels tenía una asombrosa capacidad intuitiva, comprendía rápidamente la secuencia lógica de un problema y expresaba sus opiniones sobre él en frases elegantes y certeras. Ambos sincronizaban a la perfección sus pensamientos y abordaban después su ampliación. Su primera actuación conjunta fue la polémica con los hermanos Bauer en *La Sagrada Familia.* En ella, junto al gran talento crítico, la ironía y la agudeza de ambos, que evidencia una gran seguridad en sí mismos, aparece también, al igual que en los capítulos de *La Ideología alemana* consagrados a los Bauer y a Stirner, la «polémica –en palabras de Mehring– excesivamente agresiva y prolija» que con frecuencia somete la paciencia del lector a una dura prueba. El recuerdo del duro rechazo de los «Libres» berlineses, a los que pertenecían los hermanos Bauer, determinó el tono de esta «acerba crítica» en el *Rheinische Zeitung* y de las réplicas de Max. Según las propias palabras de Bauer, el *Allgemeine Literaturzeitung* había de «probar la insuficiencia y trivialidad del liberalismo y radicalismo de 1842» y respondería a la «presuntuosa, malévola, mezquina y envidiosa» crítica del *Rheinische Zeitung* con otra «libre y humana»; por lo demás –concluía–, el giro hacia el comunismo demostraba desorientación filosófica. Engels enjuició la con-

Portada de La Sagrada Familia, *una crítica de Marx y Engels a las ideas de los hermanos Bauer.* ▶

Die heilige Familie,

oder

Kritik

der

kritischen Kritik.

Gegen Bruno Bauer & Consorten.

Von

Friedrich Engels und Karl Marx.

Frankfurt a. M.

Literarische Anstalt

(J. Rütten.)

1845.



testación, en la que Marx utilizaba profusamente sus conocimientos filosóficos y económico-políticos, en una carta a su autor y amigo: «El asunto se ha desorbitado. El olímpico desprecio con que nos oponemos al periódico literario contrasta con las veintidós páginas que le dedicamos. Además, la mayor parte de la crítica especulativa y abstracta será incomprensible para el gran público y se desinteresará de ella.»

En enero de 1845, y a petición del gobierno prusiano, Marx fue expulsado de Francia por haber publicado dos artículos de fuerte contenido antiprusiano en el periódico parisino *Adelante*, que fue prohibido. En Prusia, a raíz de los *Anales*, le esperaba a Marx un proceso por delito de alta traición, así que la familia se trasladó a Bruselas con su hija Jenny, nacida el año anterior, y en esta ciudad residirían hasta febrero de 1848. Marx tuvo que comprometerse a no publicar ningún artículo político, pero como la policía prusiana seguía persiguiéndole, renunció en diciembre a su nacionalidad. Cuando más tarde en Inglaterra se le denegó la nacionalidad inglesa por «deslealtad a su rey», desistió de todos sus intentos de adoptar nacionalidad alguna. En Bélgica nacieron su hija Laura y su hijo Edgar, el benjamín de la familia, que moriría a los ocho años víctima de la miseria londinense.

En estos años padeció Marx en varias ocasiones graves dificultades económicas que ya no habrían de abandonarle nunca pese a la ayuda más que generosa de Engels. Sus amigos de Colonia Jung y Claessen le habían transferido en el curso de los últimos años algunos miles de francos, y tras su expulsión de París, Jung organizó una colecta para él en Colonia y Elberfeld, recogiendo una suma considerable. Engels también le proporcionó algún dinero: «Así al menos esos miserables no disfrutarán del placer de obligarte con su infamia a pasar apuros económicos.» La carga principal de esta vida de refugiados recaía sobre la esposa de Marx: «Tengo que distribuir avaramente mi tiempo entre las grandes y pequeñas preocupaciones y fatigas de la vida cotidiana...» Pero esa «vida trashumante» no le había quitado las ganas de vivir.

Hay un suceso que revela cuán sensibilizado estaba Marx en este periodo hacia el tema del dinero: Joseph Weydemeyer, el más inteligente y formal de sus hombres de confianza en Alemania, recogió dinero para Marx entre los socialistas de Westfalia; a Marx le indignó este hecho y amenazó con romper sus relaciones. Weydemeyer le tranquilizó aduciendo que no debería considerar el di-

◀ *Rue d'Alliance 5-7, primer domicilio de Marx en Bruselas.*

nero como una limosna; todo se debía a que las gentes del partido no podían tolerar que el paladín cayese inmerecidamente en la miseria. Cuando Marx, que preparaba un ataque precisamente contra esos socialistas, devolvió el dinero, Weydemeyer montó en cólera y él, que se había reído de las «exigencias dictatoriales y el tono autoritario de Engels», respondió a Marx que no se explicaba cómo podía convertir en una cuestión de partido conflictos puramente personales que nada tenían que ver con cuestiones de principios. «Nuestro partido ya está lo suficientemente desorganizado como para provocar encima divisiones superfluas...» Su madre le anticipó también a cuenta de su herencia una elevada suma que más tarde le condonaría. A comienzos de 1848, por mediación de su cuñado Schmalhausen, Marx recibió seis mil francos que le correspondían de su herencia paterna.

En 1844 abundaba en Alemania la literatura socialista. Periódicos y revistas habían creado un suelo abonado para la propaganda. Por eso en octubre de ese mismo año Engels informó a Marx: «Mientras no se desarrollen en unas cuantas obras los principios del modo de conocimiento y de historia anteriores desde un punto de vista lógico e histórico, todo lo demás serán ensoñaciones o dar palos de ciego...» Y en enero de 1845: «Apresúrate en terminar tu libro sobre economía política, aun a riesgo de no quedar satisfecho de algunas cosas. Ya no importa: los espíritus están maduros y hay que forjar el hierro ahora que está caliente...» Con un excesivo optimismo le informaba de grandes éxitos y de que en las asambleas de Elberfeld había captado las diferencias existentes entre hablar ante personas reales y concretas y «esa maldita y abstracta manía de escribir para que un público desconocido leyera con los "ojos del espíritu"». También Weydemeyer le urgía a terminar la *Economía política* porque no sabía qué aconsejar a cuantos dudaban de la posibilidad del comunismo, y en los *Anales* y en *La Sagrada Familia* las líneas estaban «apenas delimitadas».

Sin embargo, Marx prefería clarificar su interpretación de la historia y sentar sus bases desde dentro de la historia. Para ello escribió, en colaboración con Engels, *La ideología alemana*, en la que ambos muestran su desacuerdo con los planteamientos de Feuerbach, Bauer, Stirner y el llamado «socialismo real», y defienden los de la filosofía comunista. Esta obra se publicó cuando ya ambos habían muerto, incluida entre los *Escritos tempranos*. Pese a las advertencias de Engels —«cada mes que pasa, el manuscrito pierde 5-10 *francs an exchangeable valuta*»— no llegó a imprimirse y sus autores lo abandonaron a la «crítica voraz de los ratones». Lo esencial de esta obra es que contiene una detallada exposición de



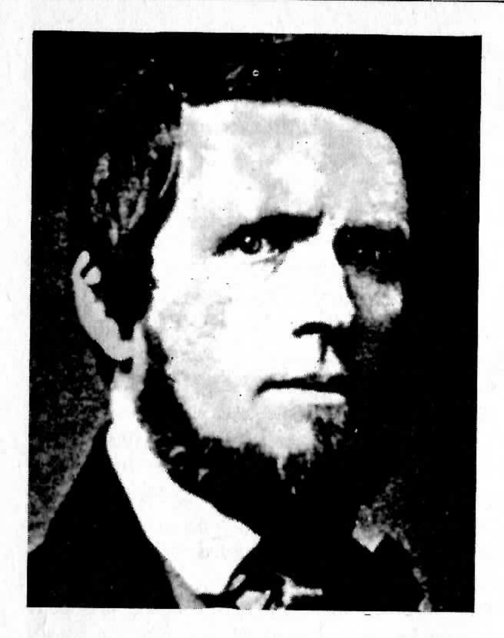
Jenny von Westphalen, ahora Jenny Marx, en los primeros años de su matrimonio.



El filósofo materialista Ludwig Feuerbach (1804-1872) se convertiría en el principal crítico de la «izquierda hegeliana».

la nueva visión de la historia, que Engels denominaría más tarde «concepción materialista de la historia». Diez años después Marx recogió sus líneas fundamentales en su conocida y clara formulación: «En el proceso de trabajo los hombres contraen unas relaciones fijas, necesarias e independientes de su voluntad llamadas relaciones de producción, las cuales corresponden a una determinada fase evolutiva de las fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones de producción es la estructura económica de la sociedad, la base objetiva sobre la que se asienta la superestructura jurídico-política, y a la que corresponde una determinada ideología. El modo de producción de la vida material condiciona por completo el proceso social, político y espiritual. No es la ideología del hombre la que determina su situación social, sino al revés: es su situación social la que determina su ideología. En una determinada etapa evolutiva las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o con su expresión jurídica, es decir, con las relaciones de propiedad, dentro de las cuales se habían movido hasta entonces, de modo que dichas relaciones en vez de ser un estudio del desarrollo de las fuerzas productivas, las encadenan impidiendo ese desarrollo y originando una época de revolución social. La transformación de la base económica subvierte, más o menos rápidamente, toda la superestructura social... Las relaciones de producción burguesas son las últimas fuerzas que se oponen al proceso de producción social..., pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa generan a su vez las condiciones materiales para resolver ese antagonismo. Con esta formación social concluye, pues, la prehistoria de la sociedad humana.» Comenzará entonces la historia de la sociedad «realmente humana».

En el contexto de su propia evolución personal, a Marx todo le impulsaba a la práctica. En sus tesis sobre Feuerbach ya había insistido en ello: «Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y la fuerza, la terrenalidad de su pensamiento... Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo; ha llegado el momento de cambiarlo.» Para lograr poner en práctica esa transformación del mundo había que cohesionar y unificar el movimiento político, y a ello se dedicó Engels con todas sus fuerzas. Discutió e intrigó en París durante algún tiempo con los grupos de la Liga de los Justos, pero todos sus esfuerzos por refrenar el influjo de los «verdaderos» socialistas sólo cosecharon un éxito relativo. En Marx, la indefectibilidad y coherencia interna de sus pensamientos convirtieron su actividad política en intransigencia. Nunca estaba contento. Resulta difícil imaginarse a Marx y Engels como dirigentes de partidos porque les faltaba el requisito más esencial: saber tratar a la gente. Su tono era, al hablar, cortante y áspero. Engels afirmaba: «Aquí, en París, me he habituado a ser desvergonzado, sin duda porque ese tono es propio del oficio y con él se consiguen muchas cosas con las mozas.» Pero este cinismo, más propio de un mozalbete, no lo aplica únicamente a las «mozas», sino también a los trabajadores de los centros obreros a los que califica de «pueblerinos» y «alcornoques». Además contagió a Marx esta forma de expresarse y ambos guardaron siempre tales calificativos para los hombres más vulgares. Estas peculiaridades expresivas carecen casi de importancia, pero constituyeron una barrera para contactar con otras personas. Por lo demás, los amigos, como en el caso que nos ocupa, no suelen separar claramente las categorías sociales y las de la esfera privada: para ellos burgués y filisteo eran frecuentemente sinónimos, y el último término no sólo tenía connotaciones burguesas.

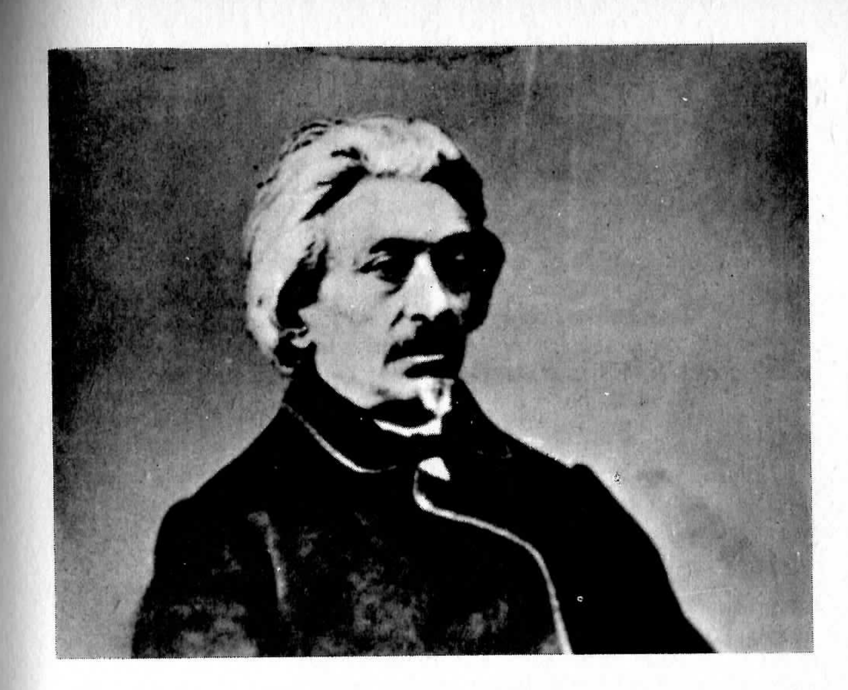


Algún tiempo después de su ruptura con Marx, el socialista alemán Wilhelm Weitling (1808-1871) marchó a Estados Unidos, donde fundó la Liga de los Emancipados y el periódico Workers Republic.

Moses Hess (1812-1875), uno de los fundadores de la Liga de los Comunistas, se enemistó con Karl Marx en 1848 y se unió más tarde al partido socialista de Lassalle. ▶

El ruso Paul Annenkow, que visitó a Marx durante su estancia en Bruselas, trazó de él este expresivo perfil: «A su personalidad, caracterizada por su energía, firmeza y seguridad inquebrantable, une una apariencia externa altamente notable: melena negra y abundante, manos cubiertas de vello y americana cruzada. Daba la impresión de ser un hombre que tiene en sus manos el derecho y el poder de exigir atención, aun cuando su aspecto y su conducta parecieran singulares en extremo; de movimientos torpes, pero resueltos y firmes. Sus modales, francamente opuestos a todas las normas sociales, eran orgullosos y tenían una pizca de desdén; su voz cortante, dura como el metal, armonizaba perfectamente con sus juicios radicales sobre personas y situaciones. Hablaba siempre en un tono imperativo que desbarataba cualquier intento de oposición, impregnaba todas y cada una de sus palabras y constituía un estímulo físico casi doloroso. Su forma de expresarse transmitía la convicción enraizada en lo más profundo de su ser de que su misión era dominar los espíritus y prescribirles normas de conducta. Ante mí tenía la viva encarnación de un dictador democrático tal como pudiera haberlo imaginado en un rapto de fantasía.»

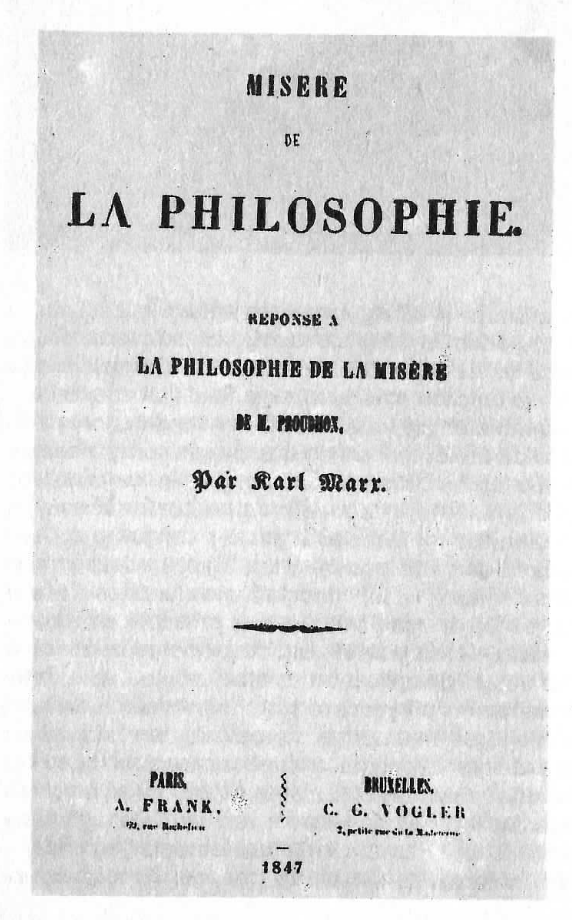
Este retrato de Annenkow fue perfilado tras una asamblea en la que Marx liquidó sin sombra de compasión a Wilhelm Weitling,



el «apóstol del conmunismo». Weitling, un sastre entusiasmado por un mundo más justo, y además muy elocuente, en esta ocasión, enfrentado con la incisiva dialéctica de Marx, hizo un desgraciado papel. Su liquidación era un paso más de la meta final que consistía en eliminar del socialismo alemán todas las corrientes anteriores a la revolución de marzo de 1848, fenómeno que puede comprobarse en los artículos del *Deutsche Brüsseler Zeitung* y en las circulares propagandísticas del comunismo, por medio de las cuales Marx y su círculo se relacionaban con los cartistas ingleses y con los grupos de la Liga de los Justos en diversos lugares. Se publicaron circulares litografiadas con frases de Marx: «... El conocimiento científico de la estructura económica de la sociedad burguesa se presenta en ellas como la única base teórica sólida y se explica de modo accesible al pueblo, como si no se tratase de aplicar un sistema utópico, sino de participar conscientemente en un proceso histórico revolucionario de la sociedad que tiene lugar ante nuestros propios ojos.» Se comprende que Marx en todas estas polémicas desbancase a todos sus adversarios. Algunos años más tarde el afable Moses Hess rememoraba tales experiencias: «... Es una lástima, una verdadera lástima que el amor propio de este hombre indiscutiblemente genial de nuestro partido no se conforme con la estima que, con todo mere-

cimiento, le profesan cuantos conocen y aprecian sus obras. El parece exigir una sumisión personal, a la que yo al menos jamás me prestaré.»

Dentro de esta efervescencia polémico-teórica Marx «liquidaba» también humanamente al adversario, incluso hasta el punto de imposibilitar cualquier tipo de relación personal con él: por ejemplo con Proudhon en 1847 a propósito de *Miseria de la filosofía*. En esta obra Marx le reprochaba entre otras cosas que convertía las categorías económicas en «ideas eternas existentes desde siempre», en vez de concebirlas como «expresiones teóricas de relaciones de producción históricas correspondientes a un determinado estadio



MISERE

DE

LA PHILOSOPHIE.

REPONSE A

LA PHILOSOPHIE DE LA MISÈRE

DE M. PROUDHON.

Par Karl Marx.

PARIS.
A. FRANK,

BRUXELLES.
C. G. VOGLER

1847

Portada de Miseria de la filosofía, *obra editada en 1847 en la que Marx reprochaba a Proudhon algunas de las ideas expuestas por éste en el libro* Filosofía de la miseria *(1846).*



En su libro Filosofía de la miseria, *la obra que provocó la polémica respuesta de Marx. Proudhon puso de manifiesto sus dotes críticas, pero también su falta de rigor doctrinal, su estilo disperso y su deficiente empleo de la metodología hegeliana.*

evolutivo de la producción material». Más tarde Marx diría de él: «Proudhon era un hombre naturalmente dotado para la dialéctica. Pero al no llegar a comprender la verdadera dialéctica científica, sólo se impuso en la sofística, fenómeno muy ligado de hecho a sus puntos de vista pequeñoburgueses. El pequeñoburgués es un ser dividido. Dividido en sus intereses económicos, y por tanto en su política; dividido en sus opiniones religiosas, científicas y artísticas, en su moral; en resumen, contradictorio en todo. Es una contradicción viviente...» A su vez, Proudhon recogía en su diario que Marx algunas veces le interpretaba o le comprendía mal a propósito y además le acusaba de plagio.

Esta última acusación fue una acusación mutua y permanente entre Marx y sus adversarios. Se ha citado a Linguet, Saint-Simon, Sismondi, Thierry, Mignet..., como fuentes de la interpretación de la historia de Marx, y a una serie de socialistas franceses como precedentes inmediatos de sus ideas socialistas. Los anarquistas, a su vez, consideran el *Manifiesto Comunista* como un plagio de Considérant y aducen como «prueba» locuciones iguales o parecidas. Las mismas acusaciones se hicieron más tarde a las teorías económicas de Marx. Pero ¿hay alguna obra intelectual en verdad independiente, autóctona? Las influencias sólo prueban que ese periodo histórico propiciaba la maduración de dichas concepciones. La obra de Marx consiste en elaborar y armonizar elementos

dispersos dentro de una síntesis creadora. El mismo no se recataba en confesar sus deudas con otros autores. El 5 de marzo de 1852 reconocía a Weydemeyer: «Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Algunos historiadores burgueses habían descrito, mucho antes que yo, la trayectoria histórica de esta lucha de clases, y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Mi aportación consistió en demostrar: 1) Que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción. 2) Que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado. 3) Que esta dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.»

La dirección de la Liga de los Justos, que desde el verano de 1847 había cambiado su nombre por el de Liga de los Comunistas, había admitido la doctrina de Marx, y en el Congreso de Londres Marx y Engels fueron encargados de redactar un manifiesto para la Liga. Engels escribió un borrador utilizando la forma literaria entonces más en boga, la del catecismo, es decir, un formulario de preguntas y respuestas por medio del cual se transmitía a los trabajadores las enseñanzas socialistas. Este borrador fue posteriormente publicado por Eduard Bernstein bajo el título de *Principios del comunismo*. A finales de noviembre Engels escribió a Marx: «Piensa detenidamente en nuestra declaración de intenciones. Me parece más oportuno cambiar su forma literaria y titularlo simplemente *Manifiesto Comunista*. Puesto que en él debemos remitirnos ineludiblemente a la historia, su forma actual desentona por completo.» No hay en el *Manifiesto* elementos nuevos: sus autores simplemente compendiaron en él sus teorías de manera comprensible para todo el mundo con un lenguaje sólido, preciso y libre de giros hegelianos. Y ha sido precisamente la fuerza sugestiva del estilo lo que ha asegurado a la obra un puesto de primera fila entre los documentos históricos del siglo XIX; y en efecto, no hay en esta centuria ninguna que pueda compararse con él. El *Manifiesto* es una proclama vigorosa, enardecedora, no un compendio de conocimientos sociológicos. Sus autores no tardaron en darse cuenta de que no estaba al día. En agosto de 1852 Engels escribía a Marx: «... Hay dos casos que no estaban previstos en el *Manifiesto:* California y Australia, es decir, la creación de grandes mercados a partir de la nada. Tenemos que incluirlos.»

◀ *Borrador autógrafo del* Manifiesto Comunista.

A partir de entonces el tiempo les fue demostrando que se producían sucesos que no habían previsto, pero ya con excelente criterio no lo modificaron porque esa obra había surtido precisamente su efecto histórico con su forma primera. Su repercusión inmediata no fue grande: la edición sólo abarcó mil ejemplares, y además el movimiento estaba organizativamente en sus inicios. Su aparición en febrero de 1848 ponía de actualidad sus previsiones de una pronta revolución y la enumeración de los deberes de los comunistas en la revolución alemana: «En Alemania el partido comunista lucha de acuerdo con la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal del suelo y la pequeña burguesía. Pero este partido no se recata en recordar a los trabajadores que burguesía y proletariado son fuerzas hostiles y antagónicas, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir inmediatamente las condiciones sociales y políticas que la dominación burguesa por fuerza ha de traer consigo en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias de Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía. Los comunistas fijan su atención sobre todo en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más avanzadas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y por tanto la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria.»

Por esta concepción predictiva de la inevitabilidad de la evolución social, a Marx casi lo equipararon con los antiguos profetas, sobre todo los investigadores que dudaban del carácter científico de las teorías marxistas, los judíos y, en nuestra época, hombres como Camus, Borkenau o los intérpretes teológicos. Semejante adscripción equivaldría a prescindir de los rasgos más esenciales y característicos de las antiguas profecías[3], es decir: de su interpretación de que no hay destino alguno inevitable; de su creencia de que es el pueblo el creador de su propia suerte y Dios sólo el ejecutor de la voluntad humana; de su concepción del profeta como una persona que establece un puente entre pasado y futuro y anuncia un premio o castigo a causa de un determinado cambio; del convencimiento, en suma, del carácter hipotético de las profecías, y de que la certeza del profeta sobre el futuro es tan sólo una certeza moral.

Portada del Manifiesto Comunista. *Londres, 1848.* ▶



Manifest

der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch.

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter"

von J. E. Burghard.

46, Liverpool Street, Bishopsgate

Ninguno de estos elementos característicos hallaremos en Marx, si bien, a menudo no sin motivo, se llama la atención sobre ciertos rasgos caracterológicos como, por ejemplo, la intensa comprensión de su entorno y su inmersión en la historia de su tiempo; la idea fija de su «misión», ante la cual el profeta no es libre de hablar o callar y en la que radica el misterio de la personalidad profética; su pretensión de detentar la única y exclusiva verdad –el propio Marx ponderó a Engels el 25 de agosto de 1851 «el orgullo comunista de la infalibilidad» como una elevada virtud–, y finalmente su fanatismo: «Todos sus adversarios –y fueron muchos– censuraron el intransigente fanatismo de este hombre que, haciendo caso omiso del número de sus seguidores, profesaba siempre un único pensamiento. El jamás dudó de que sus ideas, arraigadas en su espíritu con la fuerza de una obsesión, triunfarían. Ni siquiera la derrota le arrancó esa certeza. ¿En qué otro lugar puede hallarse semejante fe ciega, risible a los ojos de sus coetáneos y grandiosa para las generaciones posteriores, sino entre los profetas de Israel y Judá?»[4]

Marx, sin embargo, habría rechazado con indignación y de forma terminante cualquier intento de comparación semejante. Y con todo, la clave de su interpretación de la historia, ligada a aquélla, y el elemento más relevante e influyente de sus teorías es la revolución que ha de venir y el papel mesiánico del proletariado que con su victoria abolirá las clases, posibilitando una sociedad «verdaderamente humana». En este terreno Marx abandonó los dominios de la experiencia, y sin embargo esta «profecía» poseía para él la certeza de un conocimiento científico. Marx, combinando datos conocidos de la economía política y del socialismo comprendió sagazmente las tendencias evolutivas de la sociedad burguesa. Marx, como buen filósofo, no se conformó con describir dichas tendencias una vez comprendidas, sino que se propuso fundirlas en una sólida teoría que fundamentara y alimentara la reacción contra ese modelo de sociedad. Logró esa sistematización utilizando el método dialéctico, en el cual, transponiéndolo al devenir histórico, vio el medio infalible para analizar y comprender el desarrollo lógico de las grandes épocas de la historia humana y las leyes intrínsecas del devenir histórico. Juzgaba esta metodología tan exacta y precisa que llegó incluso a aventurar la evolución futura y la meta final de la historia.

6. 1848: Teoría y praxis de la revolución

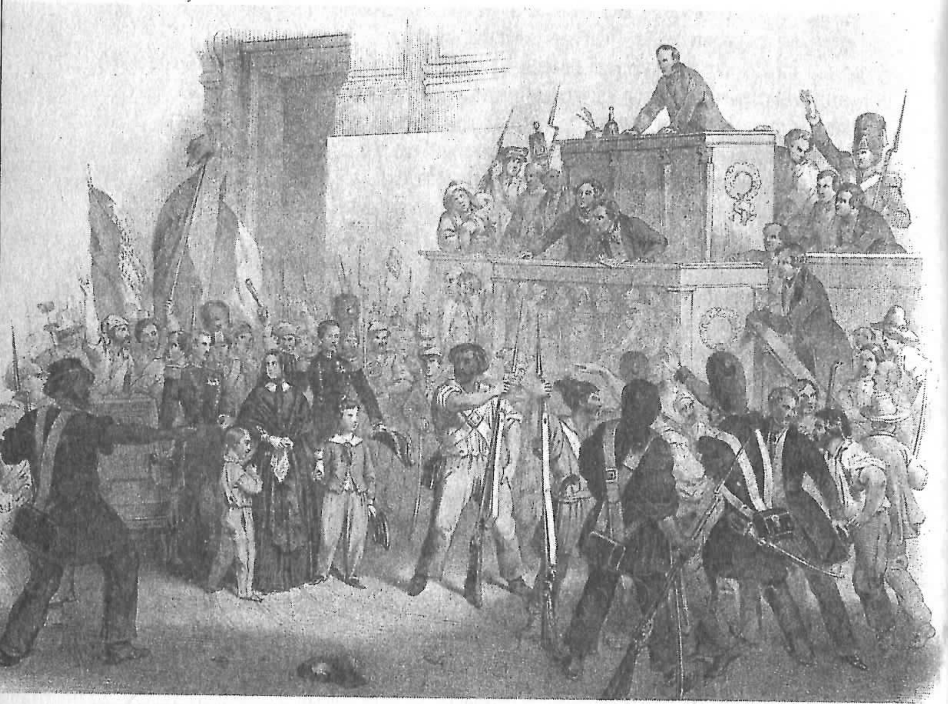
La concepción de las revoluciones como «locomotoras de la historia» fascinaba a Marx. El veía tan intensificadas las contradicciones internas de la sociedad que pensaba que una revolución política conduciría necesariamente al «estallido», a la revolución proletaria. En las revoluciones las conquistas conseguidas en unas pocas semanas equivalían a muchos años. Más tarde confiaría a Engels a propósito de la orientación burguesa de los trabajadores ingleses: «Sólo los compañeros alemanes, que miden la historia universal por varas y por la siempre "interesante noticia de prensa", pueden pensar que en los grandes desarrollos históricos veinte años son más que un día, por más que luego lleguen días en los que se avanza más que en veinte años.»

El 24 de febrero el estallido de la revolución en París aumentó extraordinariamente el entusiasmo de Marx. En ese estado, la detención nocturna de él y de su esposa por la policía belga y su posterior expulsión del territorio carecían de importancia. El gobierno francés anuló la orden de expulsión del gobierno Guizot e invitó a Marx a trasladarse a París. Llegó a la capital francesa con tiempo suficiente para oponerse al proyecto de Herwegh de liberar a Alemania de los príncipes con la legión alemana, logrando apartar a los comunistas de ese plan que terminaría en Niederdossenbach. Marx creó en París un nuevo comité central de la Liga de los Comunistas, en el que se redactó un programa para Alemania en torno a diecisiete «Reivindicaciones del Partido Comunista». La revolución estaba a las puertas de Alemania. El 13 de marzo prendió en Viena, y el 18, en Berlín.

El *Manifiesto Comunista* planteaba a los alemanes unas claras normas de actuación: los comunistas debían luchar al lado de la burguesía contra la propiedad feudal de la tierra y contra la pequeña burguesía, pero sin perder de vista nunca que se trataba de una alianza transitoria porque se trataba de clases antagónicas, a fin de que pudiera emprenderse la lucha contra la burguesía inmediatamente después de su triunfo. En Alemania la revolución burguesa debía ser el inmediato preludio de la revolución proletaria. Esta

táctica, derivada del *Manifiesto,* subyacía a las diecisiete «Reivindicaciones», pero la diferencia entre ambas radica en que estas últimas responden a las exigencias de un régimen burgués-parlamentario. En ellas se recogen: la declaración de Alemania como república una e indivisible; el armamento general del pueblo; el derecho de sufragio activo y pasivo para todos los hombres mayores de veintiún años; la abolición sin indemnización de las cargas feudales; la nacionalización de fincas, minas, medios de transporte e hipotecas sobre las tierras de los campesinos; banca estatal y no privada; diferencias salariales entre los funcionarios públicos únicamente atendiendo a su estado civil; restricción del derecho de herencia; talleres nacionales, instrucción pública general y gratuita. Engels en 1884 afirmaba: «No se han conseguido tantos resultados con un programa táctico como éste.» Evidentemente, con esta frase quería significar que muchas de estas «reivindicaciones» se convirtieron

La Cámara de Diputados francesa durante la sesión del 24 de febrero de 1848, fecha del comienzo de la revolución. Biblioteca Nacional, París.



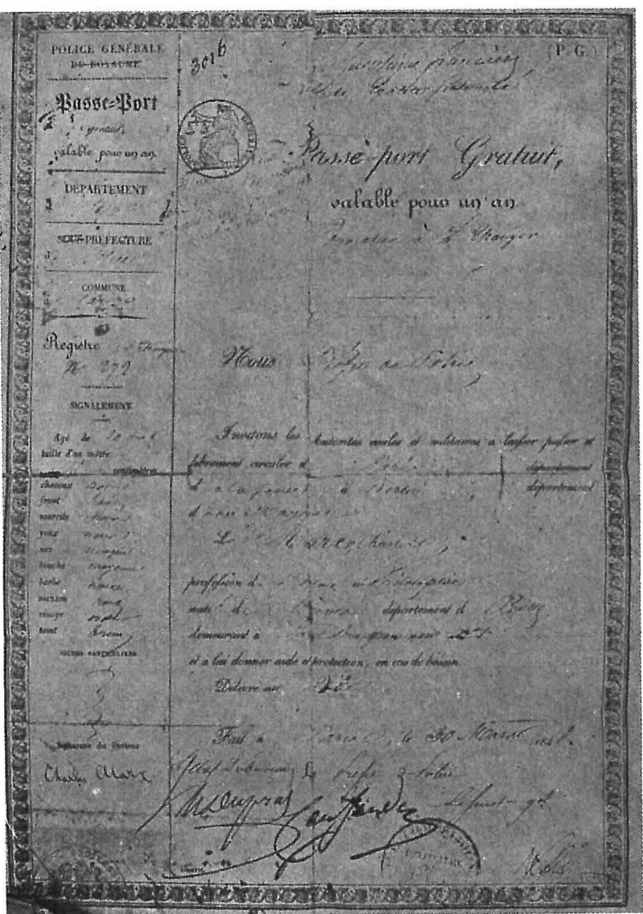
más tarde en patrimonio común de todos los programas socialistas. Si nos situamos en aquel momento histórico, observaremos que el programa era muy avanzado. ¿Respondía la realidad de Alemania a las fascinantes ideas expuestas en el *Manifiesto* y en las diecisiete «Reivindicaciones»?

Por lo que a la Liga de los Comunistas se refiere, Engels, desde París, ciudad en la que había gran número de los que no tardarían en llamarse comunistas, se la describió a Marx en una carta fechada el 14 de enero de ese mismo año de la forma siguiente: «La Liga va aquí de mal en peor. En mi vida había visto tal carencia de energía y tantas envidias mezquinas. Estos asnos se han adscrito al utopismo de Weitling y al proudhonismo, así que no hay nada que hacer. Unos son auténticos palurdos, los otros pequeños burgueses en germen.» Ese mismo mes un observador desapasionado, Weydemeyer, refería desde Westfalia: «El año que viene, en el segundo parlamento, la burguesía vencerá el feudalismo. Entretanto la reacción se pavonea de la forma más insolente. Pero lo más triste es que en esta lucha aún no decidida entre burguesía y absolutismo el papel de nuestro partido es irrelevante; más aún, es abiertamente imposible una dirección coherente del partido, porque estamos dispersos en mil pequeños grupúsculos en cualquier parte donde un dirigente consigue reunir en torno suyo a los pocos elementos revolucionarios de la joven burguesía.» Y en otro lugar: «Para las labores de propaganda cuento sobre todo con los ferrocarriles que no tardarán en cruzar Westfalia en todas direcciones, vitalizando los rincones más perdidos y olvidados. Hay elementos muy valiosos diseminados por numerosos pueblecitos que hasta hace poco pasaban inadvertidos entre la burguesía porque sólo trataban con burgueses. Ahora que nos podemos reunir con más facilidad, las cosas empezarán a mejorar... Por otro lado, Inglaterra nos permitirá desarrollar nuestro propio proletariado industrial, y en ese momento la situación cambiará. La primera máquina de hilar está a punto de instalarse en Westfalia.»

Por entonces el «partido» del *Manifiesto Comunista* no se reducía a los pequeños cenáculos de la Liga, sino que intentaba constituirse en un movimiento de la clase proletaria en sentido histórico. Pero tampoco éste existía en Alemania, y apenas estaban delimitados toscamente sus perfiles. A finales de abril, Engels, desde Barmen, notificaba a Marx, que residía en Colonia: «... La cuestión es, en el fondo, que aquí los burgueses radicales nos consideran sus futuros enemigos, y por tanto no quieren poner en nuestras manos armas que no tardarían en volverse en contra suya... Si se divulgara por aquí un solo folleto de nuestras diecisiete «Reivindi-

Entierro de los caídos en Berlín en marzo de 1848.

caciones», todo se habría ido a pique definitivamente. En estos ambientes burgueses la atmósfera es francamente desagradable.» ¿Y los trabajadores? «Los trabajadores comienzan a moverse, toscamente, pero en masa. Inmediatamente han formado asociaciones, lo que para nosotros representa un obstáculo... El club político de Elberfeld... rechaza todos los intentos por debatir cuestiones sociales, pese a que todos sus miembros defienden la necesidad de incluir esas cuestiones en el orden del día, ¡pero recomiendan que no nos anticipemos a los tiempos!»


POLICE GÉNÉRALE DU ROYAUME

Passe-Port

valable pour un an.

DÉPARTEMENT

SOUS-PRÉFECTURE

COMMUNE

Registre N° 272

SIGNALEMENT

Passe-port Gratuit,

valable pour un an.

Nous

Invitons les Autorités civiles et militaires à laisser passer et librement circuler

et à lui donner aide et protection, en cas de besoin.

Délivré sur

Fait à

Pasaporte de Marx. París 1848.

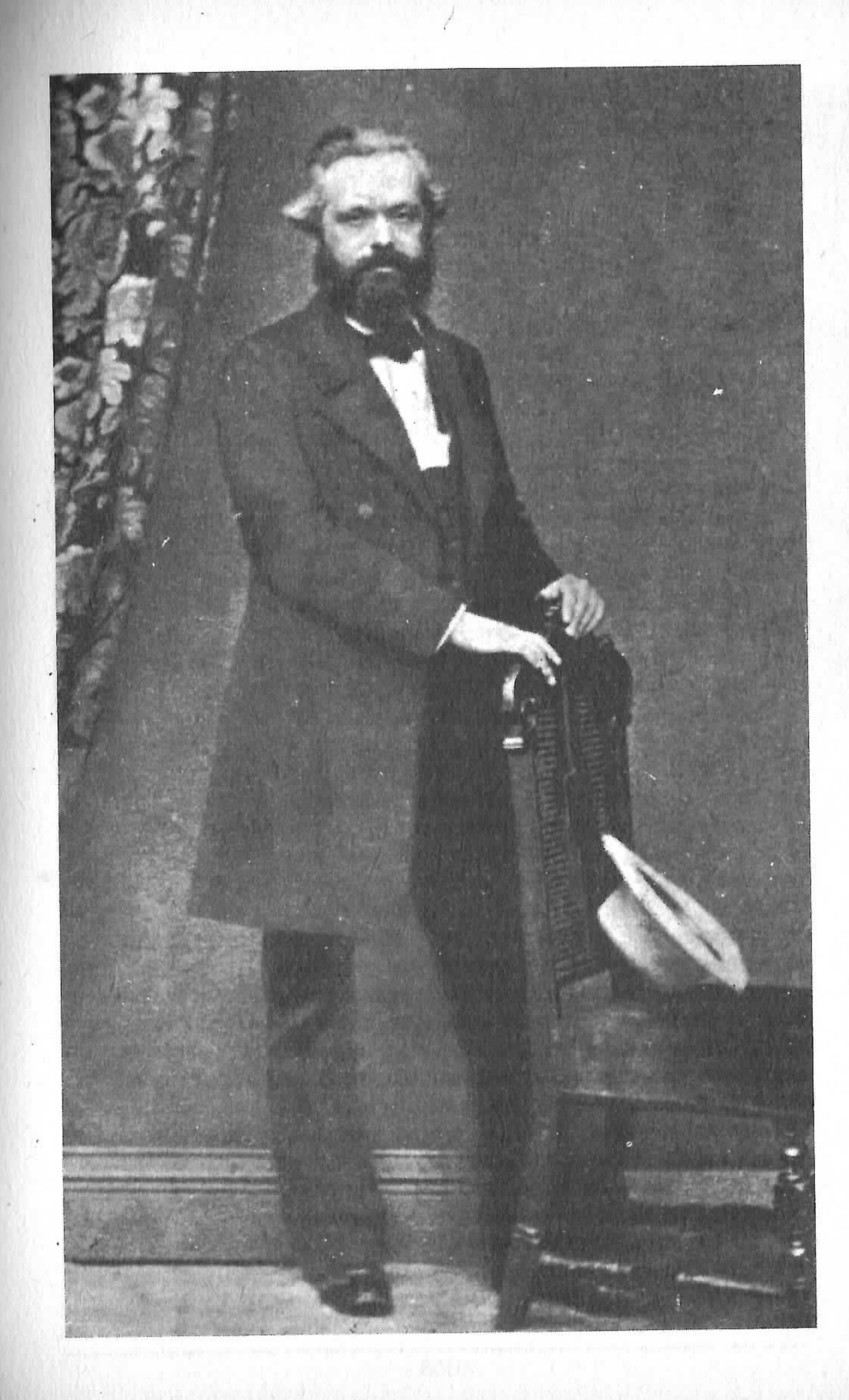
Stephan Born, cajista y colaborador del *Deutsche Brüsseler Zeitung,* era una de las personas de confianza de Marx y Engels en Bruselas. Cuando los trabajadores berlineses se sublevaron el 18 de marzo, se trasladó inmediatamente a Berlín. He aquí sus impresiones: «De repente todas las especulaciones desaparecieron... De un plumazo se desvanecieron en mí todos los pensamientos comunistas, que nada tenían que ver con las exigencias del presente.» Born se convirtió en presidente de una especie de comité central sindicado precursor de la Hermandad Obrera, la gran

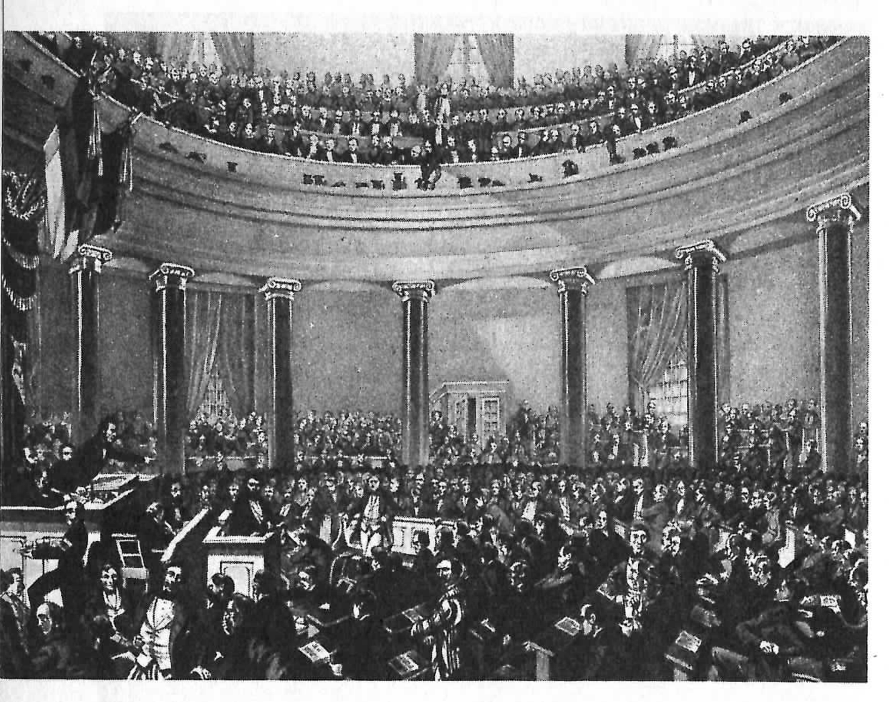
organización proletaria de aquella época. En el programa emanado de ese comité se decía: «... En un país con trabajadores pobres, oprimidos y explotados, pero sin conciencia de clase, la revolución no puede llegar de la mano de aquéllos... Si nos proponemos ser una clase obrera, una potencia dentro del Estado..., la organización de los trabajadores tiene que ser nuestra primera necesidad, nuestro primer deber.»

Estos testimonios, mucho más gráficos que las frías estadísticas que los confirman, indican que en Alemania no existía una burguesía ni un proletariado en el verdadero sentido de la palabra –en consecuencia, tampoco una agudización de las contradicciones entre ambas clases–, tal como suponía el *Manifiesto Comunista,* y que por tanto era impensable concebir la revolución burguesa en Alemania como preludio inmediato de la revolución proletaria.

A principios de abril Marx y Engels llegaron a Colonia. Con grandes esfuerzos lograron vender las acciones necesarias para editar el *Neue Rheinische Zeitung,* y el 31 de mayo, con el subtítulo «Organo de la Democracia», apareció el periódico. Marx era su redactor jefe y el que determinaba la línea del periódico. Como dice Engels, la redacción del periódico respondía «simplemente a la dictadura de Marx». Este, con la ayuda de algunos excelentes colaboradores –Engels, Dronke, Weerth, Wolff– logró hacer de él un periódico de combate del más alto nivel. Duró hasta el 18 de mayo de 1849, y con sus 301 números no fue sólo el mejor periódico de aquel año de efervescencia revolucionaria, sino el mejor periódico socialista alemán. Su importancia trascendía el ámbito de lo periodístico. De conformidad con su programa táctico, los comunistas se unieron a las asociaciones democráticas para impulsar el movimiento burgués. Poco después de su llegada, Marx disolvió la Liga de los Comunistas. Al no poder convencer a los demás, utilizó sus poderes dictatoriales: la tarea de la Liga consistía en ejercer labores de propaganda que ya eran posibles públicamente. Así pues, el periódico asumió la dirección del «partido». No se pensó en organizarlo porque se consideraba un «movimiento». El centro obrero de Colonia acusaba de «optimismo» a la política democrática de Marx. De los casi trescientos comunistas que desde París habían regresado a Alemania, muy pocos coincidían con la política del periódico. Faltaban las condiciones para una organización política de masas de la extrema izquierda; faltaban incluso las masas. El periódico, pues, era la vanguardia solitaria de una democracia social tal como

Marx, durante su etapa como redactor jefe del Neue Rheinische Zeitung. ▶





La Asamblea Nacional alemana, presidida por el barón Von Gagern, se reunió en Frankfurt en 1848 con el fin de elaborar una Constitución. Historisches Museum, Frankfurt.

Primer número del Neue Rheinische Zeitung, *aparecido en 1848.* ►

se conocía en Francia, pero desconocida hasta ese momento en Alemania.

Con este punto de partida, el periódico seguía de cerca el proceso de la revolución alemana, comentaba su significado en el marco de la política internacional e insistía en mostrar los métodos con los que la burguesía liberal tenía que consumar la revolución. En junio una parte de las conquistas revolucionarias se habían perdido. Mientras el parlamento de Frankfurt clamaba inútilmente por una Constitución, las resoluciones del parlamento prusiano favorecían a la corona. Los gobiernos prusianos Camphausen-Hansemann, Hansemann, Pfuël y Brandenburg, significaban otras tantas etapas de la contrarrevolución. Por ello los apasionados llamamientos del *Neue Rheinische Zeitung* eran duras acusaciones contra la burguesía liberal que no había sabido consumar la revolución.



Neue Rheinische Zeitung.

Organ der Demokratie.

№ 1. Köln, Donnerstag, 1. Juni 1848.

Das Erscheinen der Neuen Rheinischen Zeitung war ursprünglich auf den ersten Juli festgesetzt. Die Arrangements mit den Correspondenten rc. waren auf diesen Termin getroffen.

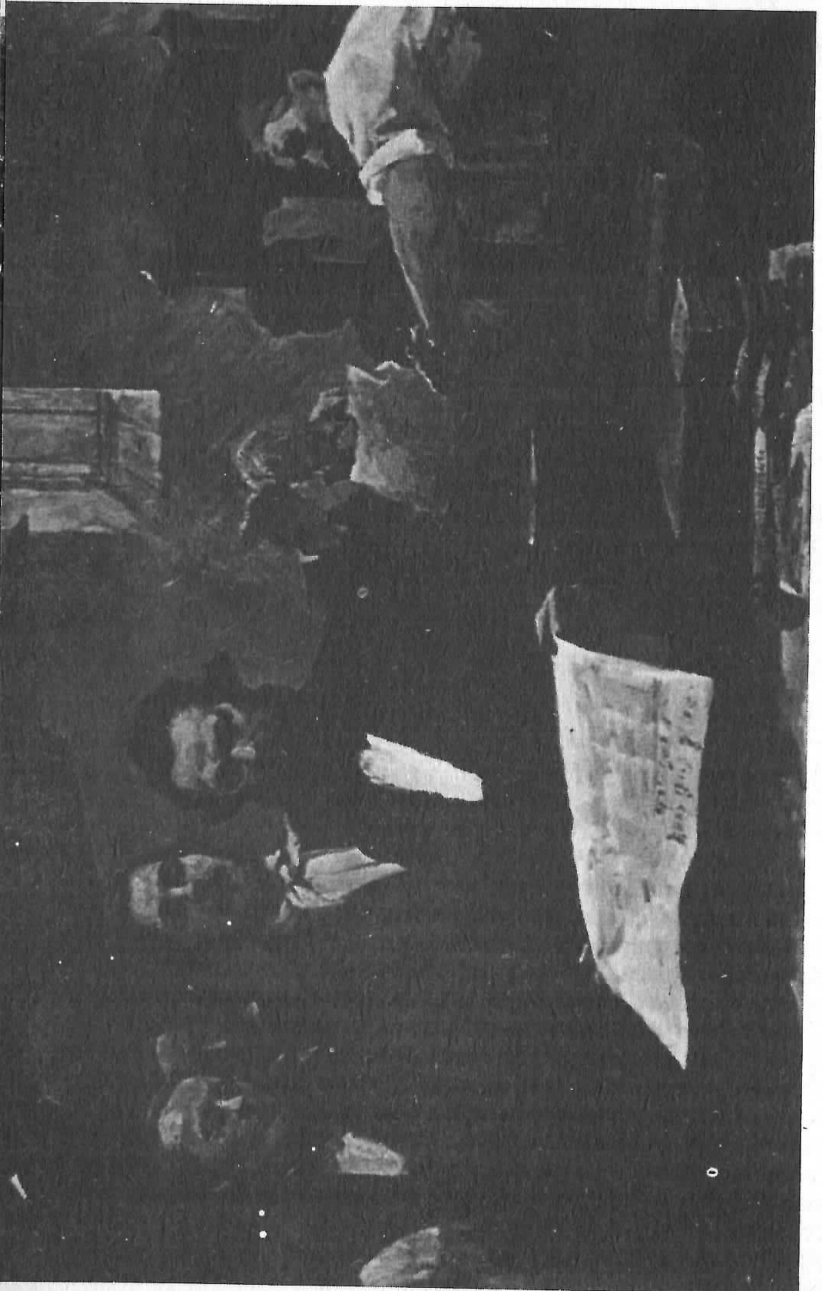
Da jedoch bei dem erneuten frechen Auftreten der Reaktion deutsche Septembergesetze in naher Aussicht stehen, so haben wir jeden freien Tag benutzen wollen, und erscheinen schon mit dem ersten Juni. Unsere Leser werden es uns also nachsehen müssen, wenn wir in den ersten Tagen an Nachrichten und mannigfaltigen Correspondenzen noch nicht das reichhaltige Material liefern, wozu unsere ausgedehnten Verbindungen uns befähigen. In wenig Tagen werden wir auch hierin allen Anforderungen genügen können.

Redaktions-Comité.

Karl Marx, Redakteur en Chef.
Heinrich Bürgers,
Ernst Dronke,
Friedrich Engels,
Georg Weerth,
Ferdinand Wolff,
Wilhelm Wolff,
Redakteure.

El periódico, refiriéndose al parlamento de Frankfurt, escribía: «La unidad alemana, al igual que la Constitución, tiene que ser el resultado de un movimiento que ponga fin a los conflictos internos y a la guerra con el Este. La Constitución definitiva no será fruto de un decreto, sino una de las conquistas de este movimiento.» Al gabinete Hansemann le explicaba que el poder burgués no podía lograrse por medio de un compromiso con las fuerzas feudales. «En esta doble tarea, llena de contradicciones, el poder de la burguesía que hay que conseguir primero y luego conservar se ve continuamente desbordado por la reacción de las fuerzas absolutistas y feudales, y acabará por sucumbir a ellas. La burguesía no podrá conquistar el poder sin aliarse provisionalmente con todo el pueblo, sin aceptar la democracia.»

Cuando a finales de junio los trabajadores parisinos fueron



Marx y Engels en los talleres del Neue Rheinische Zeitung, *según un óleo de E. Shapiro. Museo Marx y Engels, Moscú.*

derrotados en los combates callejeros que duraron varios días –suceso que aceleró la contrarrevolución en todos los países europeos, y en el que el periódico, en cambio, vio el preludio de la verdadera revolución porque «las palabras han dejado paso a los hechos»–, el periódico apoyó sin reservas a los trabajadores franceses. A sus redactores no les importó que se eclipsaran los últimos accionistas. El Estado se preocuparía de los miembros del ejército y de la policía que cayeron en la sublevación y serían glorificados como «guardianes del orden. Pero los plebeyos, desgarrados por el hambre, fueron difamados en la prensa, olvidados por los médicos, tachados de ladrones por los hombres de pro, condenados a trabajos forzados, deportados a ultramar, y sus mujeres e hijos precipitados a una miseria aún más negra. El honroso deber de la prensa democrática es ceñir de laurel sus frentes amenazadas y sombrías».

El periódico, desde su fundación, hizo campaña a favor de la guerra revolucionaria contra Rusia. Durante un corto periodo de tiempo fue examinada detenidamente en París y Berlín, y, de haber existido un frente internacional del liberalismo, los movimientos revolucionarios quizá podrían haberse salvado. Pero semejante frente no existía y los liberales de cada nación perseguían sus fines particulares. Entretanto, el zar había ofrecido a la corte prusiana ayuda para reprimir la revolución, que se patentizó en Hungría. Marx y Engels, igual que muchos liberales, consideraban a Rusia el baluarte de la reacción en Europa, un freno a la consecución de la libertad. Lo más fundamental de la política exterior consistía en luchar contra ella: «La guerra con Rusia es una guerra de la Alemania revolucionaria, una guerra que lavará las culpas del pasado y nos infundirá nuevas fuerzas; una guerra en la que serán vencidos los autócratas y que permitirá, como conviene a un pueblo que se sacude las cadenas de una larga y pesada esclavitud, pagar con el sacrificio de sus hijos el precio de la civilización y la libertad interior haciendo libres a otros países fuera de sus fronteras.»

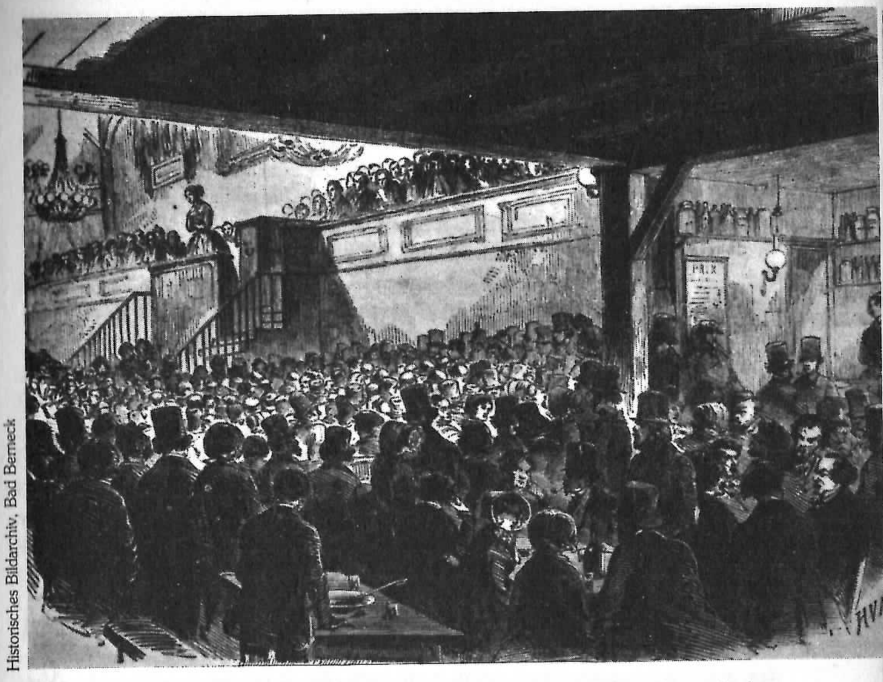
El periódico defendió con energía a las naciones oprimidas, a los italianos, húngaros, polacos; a estos últimos de manera especialmente apasionada porque tenían que adoptar un papel activo en esa guerra revolucionaria. Prusia concedió autonomía administrativa a los polacos, pero cuando se dio cuenta de que preparaban un ataque contra Rusia, los reprimió con extremada dureza. El periódico combatió en numerosos artículos la política polaca del gobierno, porque juzgaba que traicionar a Polonia era traicionar a la revolución y renunciar a la guerra revolucionaria. Con idéntico ardor condenaba el periódico el llamado paneslavismo democrático, tal como aparecía en el *Llamamiento a los eslavos* de Bakunin:

«Para los paneslavistas el nacionalismo utópico, esto es, una nación común para todos los eslavos, tiene preferencia sobre la revolución.»

Al unirse los eslavos austríacos a los contrarrevolucionarios, la respuesta a estos planteamientos de Bakunin de concederles la independencia fue: «Ni siquiera nos planteamos el problema. A las sentimentales frases de hermandad que nos ofrecen en nombre de las naciones más contrarrevolucionarias de Europa respondemos que el odio a los rusos era y sigue siendo la primera pasión revolucionaria de los alemanes... Sabemos ya dónde se concentran los enemigos de la revolución: en Rusia y en los países eslavos austríacos, y ninguna frase, ninguna vaga esperanza en el futuro democrático de esos territorios nos impedirá tratar a nuestros enemigos como tales» (Engels). El periódico negaba a los pequeños pueblos eslavos su futuro histórico porque los consideraba instrumentos de la política zarista; también porque las conquistas históricas de las grandes naciones no se conseguían sin violencia, y sin embargo sus frutos posibilitaban el que los pequeños Estados participasen en el devenir histórico sin haber intervenido directamente en él.

El *Neue Rheinische Zeitung* tenía una fe ciega en el resurgimiento de la revolución. En septiembre opinaba que la crisis del gobierno prusiano podría ser la chispa que encendiera de nuevo el proceso revolucionario. Al ser elegido Pfuël, pronosticó apresuradamente la maduración de la crisis revolucionaria. Cuando a comienzos de noviembre fue reprimida la insurrección de los trabajadores y estudiantes vieneses que, para ayudar a Hungría, habían impedido la salida de las tropas, el periódico proclamó el terrorismo revolucionario: «En París será derrotado el contragolpe que destruyó la revolución de junio. Tras la victoria de la "República roja" en París, los ejércitos marcharán del interior del país hacia las fronteras y el auténtico poder de los partidos en lucha se manifestará claramente. Entonces nos acordaremos de junio, de octubre, y también nosotros gritaremos: *¡Vae victis!* Las matanzas inútiles desde los días de junio y octubre... y el canibalismo de la misma contrarrevolución convencerán a los pueblos de que sólo hay un medio de acortar, de simplificar la agonía de la vieja sociedad y los dolores del parto de la nueva sociedad, sólo un medio: el terrorismo revolucionario.»

Cuando en noviembre el parlamento de Berlín decidió rechazar los impuestos, el periódico organizó la oposición, que no habría de ser sólo pasiva. Un tribunal de Colonia absolvió a Marx de la acusación de incitar a una rebelión armada después de que éste justificase el derecho del pueblo a la resistencia como respuesta a


Historisches Bildarchiv, Bad Berneck

Las asambleas francesas de trabajadores fueron muy del agrado de Marx. En la imagen, un concierto organizado por una de estas asociaciones.

las maniobras contrarrevolucionarias del gobierno. Por año nuevo anunció: «El año 1849 parece estar marcado por la sublevación revolucionaria de la clase obrera francesa y por la guerra mundial.» Ahora el escollo contra el que se estrella la marea de la revolución es Inglaterra, país que «convierte a naciones enteras en sus proletarios», que extiende su poder por toda la tierra y domina el mercado mundial: una revolución en el continente que no prendiera en Inglaterra sería como una tormenta en un vaso de agua. La vieja Inglaterra sólo podría ser derribada de su pedestal por una guerra mundial; naturalmente una guerra europea en la que se viera complicada Inglaterra se convertiría necesariamente en una guerra mundial. Sólo si los cartistas se apoderasen del gobierno inglés, la revolución pasaría del reino de la utopía al de la plena realidad.

A la vista de la rápida ofensiva de la contrarrevolución, extraña que Marx y sus amigos todavía pensasen que podían actuar dentro de las filas de la democracia. En la conmemoración de la sublevación berlinesa del 18 de marzo los redactores brindaron por la re-

volución proletaria, por las víctimas de junio en París y por la República roja. A mediados de abril abandonaron la asociación democrática, dada la excesiva heterogeneidad de ésta, para conseguir una mayor efectividad e iniciaron su alianza con la Hermandad Obrera de Born. Hasta entonces el periódico, consecuente con su línea de impulsar primero la victoria de la burguesía liberal, había prestado escasa atención al movimiento obrero. Pero pronto empezó a recoger los artículos de Marx sobre «Trabajo asalariado y capital» para concienciar a los trabajadores. La burguesía liberal vio desde el primer momento que en el fondo del periódico latía la doctrina del *Manifiesto Comunista,* y magnificó el peligro del comunismo, aumentando sus recelos ante una alianza con los comunistas.

Una vez la contrarrevolución se hubo robustecido y asentado, la burguesía se propuso cerrar el *Neue Rheinische Zeitung,* periódico insoportable a sus ojos. El medio más sencillo de conseguirlo era expulsar a Marx del país aduciendo su condición de apátrida, hecho que se consumó el 16 de mayo. El periódico podía despedirse con la frente bien alta de sus lectores: desde su primer número había impulsado la misma política que ahora le reprochaba el gobierno; había exigido la «República social» y proclamado a los cuatro vientos la necesidad del «terrorismo revolucionario». Tras recordar a los lectores su pronóstico de principios de año, anunció: «Ya hay en pie de guerra un ejército revolucionario en el Este, compuesto por luchadores de todas las naciones para hacer frente a la vieja Europa defendida por el ejército ruso. ¡Ya amenaza desde París la "República roja"!»

La posición del periódico, a raíz del debilitamiento de la revolución y por su propia evolución interna, se radicalizó paulatinamente, fenómeno que sería incomprensible a la vista de la definitiva victoria de la contrarrevolución si Marx y sus amigos no hubieran creído firmemente en la posibilidad y supervivencia de la revolución. Tardaron más de un año en darse cuenta de la derrota y de la inviabilidad en esas circunstancias de una democracia revolucionaria por la que tanto habían luchado.

7. La larga noche del exilio

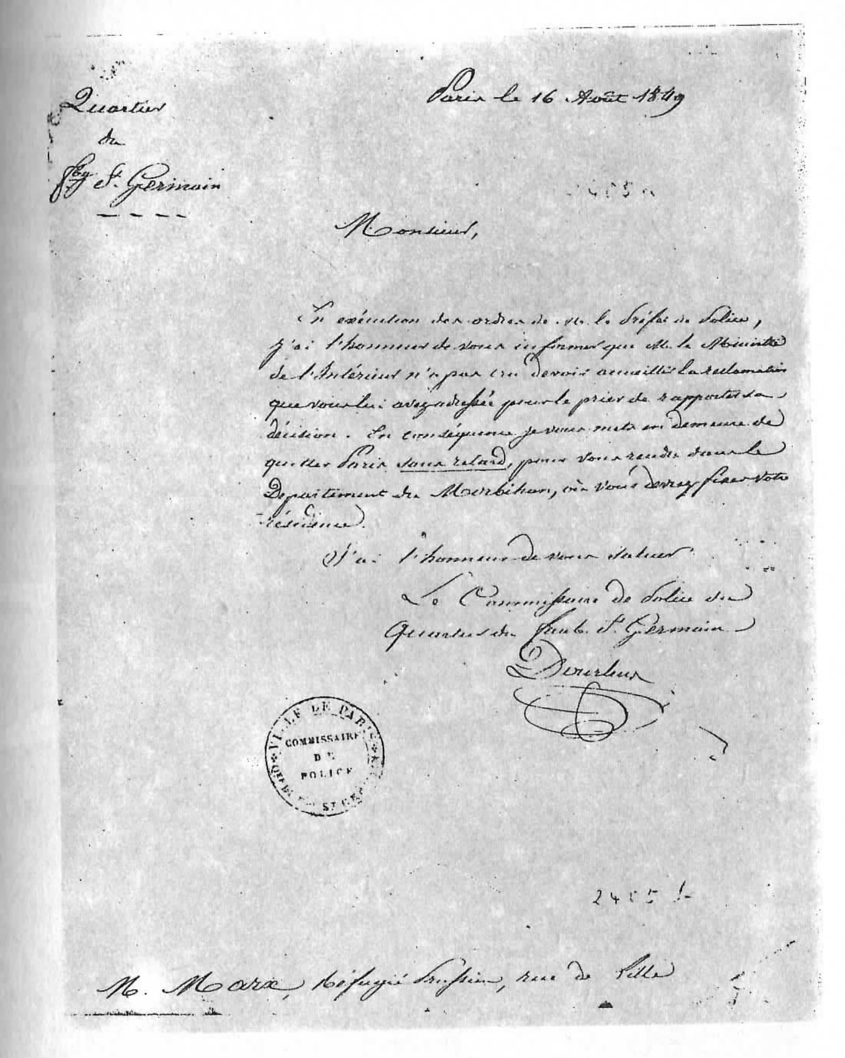
A Marx le habían dado un plazo de veinticuatro horas para salir de Prusia. Marchó hacia el sur de Alemania para despedirse de Engels, que participaba en la campaña de Baden, y luego a París. Llegó a la capital francesa como «representante del Comité Central Democrático», pero el hecho carecía de importancia. Su difícil situación económica –había empleado hasta el último céntimo en saldar deudas– se vio aliviada probablemente por un préstamo de su madre; también algunos amigos renanos, Lassalle entre ellos, le proporcionaron algún dinero. Su esposa empeñó todos sus objetos de plata en el monte de piedad de Frankfurt y viajó primero a Tréveris junto con sus hijos y Helene Demuth. En junio la familia se reunió en París. De momento el infortunio no les afectaba demasiado porque lo creían uno de esos irremediables reveses del destino propios de una época revolucionaria. Sin embargo, cuando el gobierno obligó a Marx a fijar su residencia en Bretaña, él se negó y prefirió establecerse en Inglaterra. Fue su adiós definitivo al continente.

Llegó a Londres a finales de agosto con la firme intención de editar el *Neue Rheinische Zeitung* como revista mensual hasta que le fuera posible regresar a Alemania y reanudar allí la publicación diaria del periódico. Pese a que Marx no dudaba en principio del éxito de la revista, en el curso del año 1850 sólo se editaron cinco números de la *Politisch-ökonomischen Revue.* A pesar de que contenía excelentes colaboraciones como «Las luchas de clases en Francia» de Marx, la descripción de Engels de la lucha por la Constitución alemana y su estudio sobre la guerra campesina en Alemania, no fue tarea fácil vender la revista. Tras ímprobos esfuerzos lograron algunas suscripciones, pero fue deficitaria desde su primer número. La queja de su esposa Jenny a Weydemeyer era comprensible, aunque no justificada: «Lo único que mi marido exigía a todos cuantos tenían sus pensamientos, su entusiasmo y su confianza depositados en él era procurar aumentar la audiencia de la revista. Lo digo henchida de orgullo. El se lo merecía...» Ella admi-

raba la capacidad de su marido para elevarse por encima de las atosigantes preocupaciones de la vida cotidiana «con esa energía suya, esa serena, clara y silenciosa autoconciencia». A sus partidarios alemanes se les demostraba a diario que la revolución había fracasado, y por ello la moral se desmoronó con gran rapidez.

La concepción de la historia de Marx se centraba en la revolución, y en todos sus trabajos anteriores la juzgaba inevitable; el año del levantamiento llegó a ser considerado él mismo la autoridad indiscutible de la extrema izquierda. Pero ahora, tras una larga lucha interna, tuvo que reconocer que había sido enterrada la revolución. Marx, con despiadado realismo, dedujo esta conclusión, que como pensador y político de partido debió afectarle muy intensamente. En los tres años posteriores revisó antiguos conceptos, abandonó definitivamente la organización política, y su actividad adquirió otro carácter. En los números de la revista pueden observarse los análisis de esta evolución escritos en colaboración con Engels.

En sus artículos sobre «Las luchas de clases en Francia», Marx analizaba la historia de la revolución como una compleja concatenación del devenir histórico ligada al desarrollo económico, caracterizado en el fondo por la creación de las clases sociales y en la superficie por los acontecimientos más regulares de la política partidista. En su primer artículo aún confiaba en el renacimiento de la revolución en Francia; seguía pensando que la derrota de junio crearía las condiciones sociales propicias para que Francia tomase de nuevo la iniciativa revolucionaria: «La bandera tricolor, una vez bañada en la sangre de los insurgentes de junio, se convertirá en la enseña de la revolución europea, en la bandera roja. Y nosotros gritamos: "¡La revolución ha muerto! ¡Viva la revolución"!» Pero al mismo tiempo el número mensual de la revista reseñaba ya el descubrimiento de las minas de oro en California considerándolo un suceso «más importante aún que la revolución de febrero». El oro inundaría América y las costas del Pacífico, y el comercio internacional cobraría nuevos rumbos. La única alternativa de las naciones europeas para no perder su rango consistía, pues, en lograr «una revolución social que, ahora que es tiempo, aniquile el actual modo de producción y de comercio ateniéndose a las necesidades derivadas de las modernas fuerzas productivas, de la producción misma...» Aquí todavía se confundían en el ideal revolucionario causa y efecto. Marx, después de haber dejado sentado que la evolución contrarrevolucionaria desembocaba en una república burguesa pura y constitucional, tras la abolición del sufragio universal y, ante todo, partiendo del estudio de los informes económicos



Quartier du Fg St Germain

Paris le 16 Août 1849

Monsieur,

En exécution des ordres de M. le Préfet de Police, j'ai l'honneur de vous informer que M. le Ministre de l'Intérieur n'a pas cru devoir accueillir la réclamation que vous lui avez adressée pour le prier de rapporter sa décision. En conséquence je vous mets en demeure de quitter Paris sans retard, pour vous rendre dans le Département du Morbihan, où vous devrez fixer votre résidence.

J'ai l'honneur de vous saluer

Le Commissaire de Police du Quartier du Faub. St Germain

M. Marx, réfugié prussien, rue de Lille

Decreto de 1849 por el que Marx era expulsado de París.

del *Economist*, en el último número de la revista reveló una comprensión mucho más profunda de las causas del fracaso de la revolución. Fue la crisis comercial inglesa de 1847 y sus repercusiones en el continente europeo lo que posibilitó las revoluciones en Europa, y la prosperidad económica de 1849 la que había paralizado el ímpetu revolucionario en todos los países. Según este análisis la

Biblioteca Nacional, París



crisis económica es un requisito imprescindible de la revolución, y por tanto hay que derribar la base económica de la sociedad para hacer factible la revolución política. «Esta prosperidad general imposibilita una auténtica revolución. La revolución sólo será posible durante aquellos periodos en los que esos dos factores, las modernas fuerzas productivas y las fuerzas de producción burguesas, entren en contradicción mutua. Las diferentes controversias en las que actualmente se enzarzan los representantes de las fracciones del partido en el continente... son sólo posibles gracias a que, por el momento, la situación es muy estable y burguesa, aunque esto último la reacción lo ignora. Los intentos de detener la evolución burguesa, la indignación moral y las entusiásticas proclamas de los demócratas se estrellarán contra ese muro. La revolución sólo será posible si viene acompañada de una nueva crisis. Pero tanto la una como la otra son inevitables.»

El amplio movimiento democrático que Francia conocía desde la gran revolución desapareció al disolverse la alianza entre burguesía y proletariado. El despegue político de Marx del movimiento democrático se consumó en la lucha contra lo que él llamaba «democracia pequeñoburguesa». Se comprende que Marx en su análisis juzgue las deficiencias de los representantes de esta tendencia a la luz de la imagen que él conservaba de este otrora gran movimiento europeo, pero que en Alemania, al igual que la Liga de los Comunistas, había sido definitivamente poco importante como soporte de la revolución proletaria. Para Marx era mucho más relevante su propia relación con la política, sobre todo a través de la Liga de los Comunistas, que evolucionó al compás de su creciente comprensión de las causas del fracaso de la revolución.

En la primavera de 1849 Marx había criticado duramente la escisión de Schapper de la Liga de los Comunistas, aduciendo que aún se podía trabajar dentro de las filas de la democracia. Pero apenas llegó a Londres, sin ninguna consideración para con Schapper, que aún permanecía en Alemania, creó un nuevo grupo. La Liga y el Comité de refugiados que fundaron los emigrantes socialistas Marx, Engels, Willich, Bauer y Pfänder para apoyar a los refugiados que afluían a Londres, fueron el escenario en el que desarrolló su actividad. La magna circular del comité central de marzo de 1850 proclamaba la inminencia de una nueva revolución,

◀ *El descubrimiento de oro en California, hecho que conmovió no sólo a Estados Unidos sino al mundo entero, fue reseñado por la revista que Marx editaba en Londres como un acontecimiento «más importante aún que la revolución de febrero».*

que «tendrá como causa la insurrección espontánea del proletariado francés o la invasión por la Santa Alianza de la revolucionaria Babel». El documento describe detalladamente los deberes del proletariado ante esa revolución: frente a los demócratas pequeñoburgueses que cifraban las metas revolucionarias en el cumplimiento de sus limitadas exigencias, los trabajadores debían declarar la «revolución permanente», no considerarse partidarios de la democracia sino constituirse en una «organización independiente y pública del partido de los trabajadores». Para poder hacer frente a cualquier traición los trabajadores precisaban armas: «Se procederá inmediatamente a armar a todo el proletariado con fusiles, carabinas, cañones y municiones...» Los trabajadores deberán llevar al límite las propuestas de los demócratas: «... Si los propios demócratas proponen impuestos progresivos moderados, los trabajadores deben insistir en un impuesto cuyas tazas crezcan en tales proporciones que provoquen la ruina del gran capital; si los demócratas piden la regulación de la deuda pública, los obreros deben exigir la bancarrota del Estado. Así pues, las exigencias de los trabajadores deben regirse en todas partes por las concesiones y medidas de los demócratas... [Los trabajadores alemanes] tienen al menos la certeza de que esta vez el primer acto de este drama revolucionario que se avecina coincidirá con el triunfo directo de su propia clase en Francia, y [su propia victoria] contribuirá a acelerarlo considerablemente... Su grito de guerra ha de ser: la revolución permanente.»

Esta táctica abstracta, prevista para una política de salto en el vacío, reveló pronto su idealismo. Las mismas ilusiones que los dirigentes albergaban eran compartidas también por Willich, Schapper y sus partidarios, que habían acudido a Baden y otros lugares como simples soldados de la revolución para contener al enemigo. La diferencia entre los distintos grupos de exiliados consistía en que Marx y sus partidarios habían comprendido mucho antes que la revolución era ya historia, mientras los simples soldados soñaron durante largo tiempo con su continuación. Estas pugnas entre las diferentes fracciones hay que analizarlas a la luz de los argumentos que Marx adujo el 15 de septiembre durante la reunión del Comité Central en la que se consumó la escisión. Su argumentación corre paralela a la concepción de Marx arriba perfilada e indudablemente debió sorprender extraordinariamente a la otra fracción: «En vez de una crítica razonada, la minoría utiliza el dogmatismo; el idealismo en lugar del materialismo. En lugar de valorar las condiciones objetivas, sus miembros convierten la propia voluntad en el motor de la revolución. Nosotros decimos a los trabajadores: tendréis que soportar 15, 20, 50 años de guerras fratricidas y

conflictos entre las naciones, no sólo para transformar las condiciones objetivas, sino sobre todo para transformaros a vosotros mismos antes de acceder al poder político. Vosotros todo lo contrario: ¡Si no conseguimos pronto el poder, ya podemos echarnos a dormir! Nosotros mostramos a los obreros, sobre todo a los alemanes, la inmadurez del proletariado. Vosotros, en cambio, lisonjeáis de la forma más burda el nacionalismo y los prejuicios de clase de los obreros alemanes, ardid con el que evidentemente se gana popularidad. Los demócratas santifican el término pueblo, vosotros hacéis lo mismo con la palabra proletariado.»

No es de extrañar que estas palabras parecieran un giro radical y que provocasen violentos enfrentamientos. Marx «salvó» la Liga trasladando su comité central a Colonia. En Londres las dos fracciones, la de Marx y la de Willich-Schapper, continuaron enfrentadas. Los puntos esenciales de la controversia eran a menudo oscurecidos por las desabridas formas de expresión de los exiliados.

El súbito giro de Marx y Engels no halló demasiado eco entre sus compañeros de infortunio. Por otro lado, los círculos políticos ingleses simpatizaban más con la otra fracción, mayoritaria entre los refugiados. Día a día Marx y Engels se encontraban más aislados. El 11 de febrero de 1851 Marx escribía a Engels: «... Por lo demás, me agrada el notorio y auténtico aislamiento en que los dos nos hallamos en estos momentos, y que obedece a una coherencia con nuestros propios principios. Basta de hacer concesiones mutuas, de soportar análisis deficientes por educación, de asumir ante los demás, ante estos asnos, cosas ridículas. Todo esto se ha acabado.» El 13 de febrero Engels le contesta: «Por fin ahora –y por primera vez desde hace largo tiempo– estamos en situación de demostrar que no necesitamos la popularidad ni el soporte de un partido en ningún país; que no arriesgamos nuestra independencia en semejantes bagatelas... Cuando esos señores nos necesiten, nosotros dictaremos nuestras propias condiciones... ¿Cómo personas como nosotros, que huyen de la hipocresía como si fuera la peste, podrían militar en un "partido"? ¿Qué nos importará a nosotros, que despreciamos la popularidad, que si nos equivocamos somos nosotros mismos, qué nos importará, repito, un "partido", es decir, una pandilla de asnos, que vota por nosotros porque nos creen iguales a ellos? En verdad que es una suerte no "representar" más a esos estúpidos lacayos con los que nos habíamos confundido en los últimos años... ¿Qué quedará de todos los chismes y habladurías que harán a costa tuya esos vulgares emigrantes si les respondes con la "Economía"?»

Marx y Engels habían caído en el punto más bajo de su activi-

dad pública. Marx, decepcionado con los exiliados alemanes y franceses, los tachaba de «gentes embrutecidas de las galeras y de los cuarteles germano-franceses»; llamaba a Harney «plebeyo impresionable». Y Engels, cuando le notificaron que sus antiguos partidarios «agitaban los ánimos» contra ellos en Colonia, respondió con este sarcasmo: «Nosotros ya nos ganamos en 1848 en Colonia la posición que ocupamos, y querernos, el vulgo, ya sea democrático, rojo o incluso comunista, no nos va a querer nunca.»

Esta inflexión política de Marx coincidió también con uno de los peores momentos de su vida personal. Marx se había sumergido en el estudio de la economía política y se recluía durante todo el día en el Museo Británico. En enero de 1851 su amigo Pieper escribió a Engels: «Marx vive como un ermitaño. Sus únicos amigos son John Stuart Mill y Loyd, y cuando alguien le visita es recibido con categorías económicas en vez de con cumplidos.» Marx interrumpía el trabajo con frecuencia. Por ejemplo, en abril de 1851 confesaba: «Lo peor de todo es que me he estancado de nuevo en los estudios de la biblioteca. Voy muy adelantado: en cinco semanas he terminado con toda la basura económica. *Et cela fait,* retocaré en casa la economía mientras me arrojo en el museo sobre otra ciencia. *Ça commence à m'ennuyer. Au fond,* esta ciencia no ha progresado nada desde A. Smith y D. Ricardo, excepto en investigaciones concretas, aisladas y con frecuencia extremadamente sutiles.» Sus estudios cobraron nuevo incremento cuando se dio cuenta de lo mucho que le faltaba: «Por lo demás, en los últimos tiempos continúo visitando la biblioteca. He empollado sobre todo tecnología, su historia y agronomía, para lograr al menos una visión de conjunto de toda esa porquería.» Un editor de Frankfurt, Löwenthal, mostraba gran interés por la obra de Marx, pero pretendía iniciar su publicación con la historia de la economía. En noviembre de 1851 Engels apuntaba a Marx una posible respuesta a esa demanda: «...Que no sería posible porque trastornaría todo tu proyecto, que habías empezado ya a elaborar la crítica, etc... Luego vendrían en el tercer tomo los socialistas, y en el cuarto la crítica *–ce qu'il en resterait–* y lo "positivo", tu "verdadera" pasión. El plan así concebido plantea dificultades, pero tiene la ventaja de que la solución del misterio, tan anhelada, se halla al final, y la curiosidad infatigable del burgués recorre los tres tomos para descubrir que no se fabrican píldoras Morrison... Lo más esencial es que retornes ante el público con una gran obra... Es absolutamente necesario romper el maleficio provocado por tu larga ausencia del mercado alemán de libros y por el posterior miedo de los editores.»

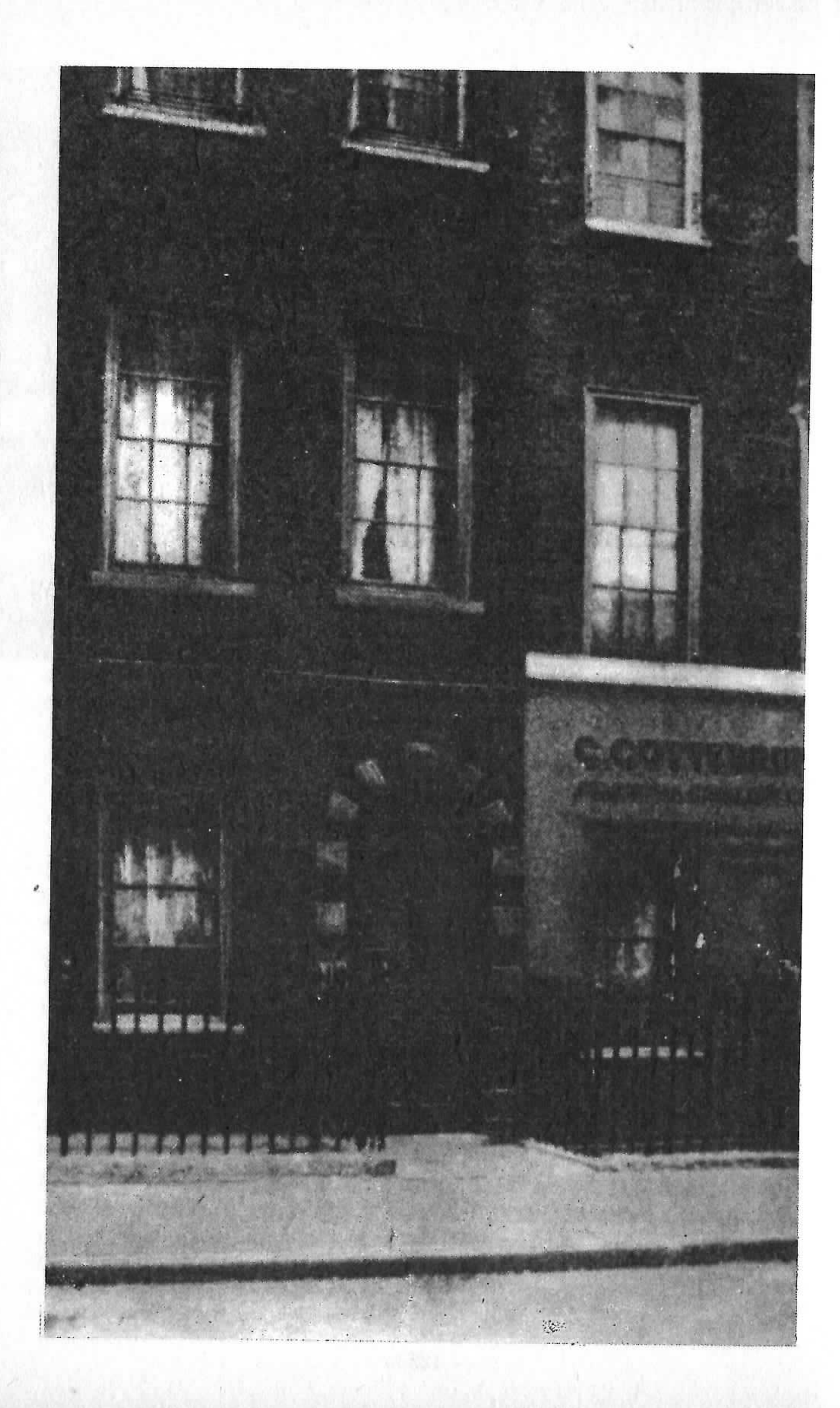
Durante estos años la miseria de la familia Marx revistió carac-



El Museo Británico, lugar donde Marx se recluía para estudiar durante su estancia en Londres.

teres extremos, incapacitando a Marx para el trabajo continuado. La familia, compuesta entonces por seis miembros, vivía en dos habitaciones de la Dean Street. En algunas ocasiones Marx no podía salir de casa porque sus ropas dormían en la casa de empeños; a menudo carecía de dinero para comprar papel de escribir; a la familia le faltaba lo más necesario. En este periodo nació su hija Franziska, que murió pronto. Jenny Marx rememoraba esos días en carta dirigida a una amiga: «...Estábamos con los otros tres pequeños, y nosotros llorábamos por aquel angelito que yacía a nuestro lado yerto y pálido. La muerte de nuestra querida hija acaeció en el periodo de más amarga pobreza. Yo me encaminé corriendo a casa de un refugiado francés que vivía cerca, y que no hacía mucho nos había visitado. El con gran amabilidad me dio en el mismo momento dos libras esterlinas. Con ellas compré el diminuto ataúd en el que ahora duerme en paz mi pobre niña. Careció de cuna al venir al mundo y hasta la última morada le fue negada durante algún tiempo.»

Si la retirada de la política fue un duro golpe para Marx, el año 1852 le reservaba mayores decepciones si cabe. En las primeras



◄ *La casa de Dean Street 64 fue el domicilio de Marx en Londres desde mayo de 1850 hasta octubre de 1856.*

Portada de Die Revolution, *revista editada por Weydemeyer en América y para la que Marx colaboró escribiendo el artículo «El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte».*

Die Revolution,

Eine Zeitschrift in zwanglosen Heften.

Herausgegeben von

J. Weydemeyer.

Erstes Heft.

Der 18te Brumaire des Louis Napoleon

von

Karl Marx.

New-York.

1852.

semanas, en medio de grandes privaciones y a toda prisa, había escrito para la revista que Weydemeyer proyectaba en América y que se llamaría *Die Revolution* el golpe de Estado de Napoleón III: «El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte». Marx quería mostrar en la obra «cómo la lucha de clases en Francia generó las condiciones que posibilitaron a un personaje mediocre y grotesco asumir el papel de héroe». Utilizó los mismos materiales que en «Las luchas de clases en Francia», pero «El dieciocho Brumario» describe el período histórico cerrado en sí mismo. No interesaba tanto la evolución de los acontecimientos como su lógica interna. El estilo responde a esa motivación. Marx con frases rigurosas desentraña situaciones muy complejas. Las esperanzas que su autor había puesto en su publicación no se cumplieron. Gracias a un trabajador que sacrificó sus ahorros y con un gran retraso se imprimió una tirada muy reducida. No se debe achacar este fracaso a Weydemeyer, pero Marx se sintió dolido, sobre todo porque Proudhon percibió por una obra sobre el mismo tema «algunos cientos de miles de francos» (?).

Otro motivo de decepción fue el proceso de los comunistas de Colonia que tuvo lugar en octubre-noviembre de 1852. En él siete

acusados fueron condenados a una larga pena de prisión militar. El proceso se incoó al ser detenido en Leipzig durante el mes de mayo de 1851 un enviado de la Liga. En realidad fue el resultado de una operación de la policía prusiana contra la Liga de los Comunistas. El gobierno deseaba un gran proceso para poder demostrar públicamente el peligro comunista. Con tal motivo la policía política utilizaba todos los medios a su alcance, incluso operaciones ilegales: provocadores a sueldo, infiltraciones en Londres, robo y falsificación de documentos. Trabajando de una manera agotadora, Marx se procuró todos los documentos que podían probar la inocencia de los acusados. Jenny Marx relató los esfuerzos de su esposo en una carta a un amigo: «Las pruebas de la falsificación debían salir de aquí, así que mi marido trabajaba todo el día hasta horas muy avanzadas de la noche. Posteriormente había que copiar de seis a ocho veces cada documento, y enviarlos a Alemania por rutas diferentes, Frankfurt, París, etc., porque todas las cartas dirigidas a mi marido, lo mismo que las de aquí a Colonia, eran secuestradas.» Marx, en sus *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia,* criticó con extrema dureza el comportamiento de la policía y la actitud de la justicia. El folleto no despertó ningún eco en Alemania, y Marx confesaba su decepción a Engels en una carta fechada en marzo de 1853: «Los nuestros en Alemania son a decir verdad unos perros débiles y miserables. Ni una palabra ha salido de sus bocas. Saben por los periódicos que se ha editado un folleto sobre la causa, pero no se molestan ni siquiera en informarse. Esos tipos carecen de energía, son unos apáticos. Unas viejecitas, eso es lo que son. *Voilà tout.*»

Con este trabajo Marx expió sus propias culpas, a las que se había hecho acreedor al relacionarse demasiado estrechamente con el coronel Bangya, un espía pruso-austríaco. Para éste escribió un folleto contra los representantes de la democracia pequeñoburguesa titulado *Los grandes hombres del exilio,* páginas que no constituyen precisamente un timbre de gloria dentro de su actividad literaria. Cabe suponer que, dada su precaria situación económica, el ofrecimiento de unos honorarios de veinticinco libras le impulsó a redactarlo. Marx hizo caso omiso a las advertencias de sus amigos que le ponían en guardia frente a ese hombre, y se confió demasiado en una experiencia que no poseía. Actualmente este problema sigue siendo uno de los capítulos no descifrados en la investigación sobre la vida de Marx. Este debió respirar aliviado cuando el tema se cerró definitivamente con la disolución formal de la Liga de los Comunistas.

8. La miseria de la vida

El intercambio epistolar de Marx con Engels muestra cuán profundamente atormentó a Marx durante décadas enteras la miseria de la vida –así denominaba él las penurias económicas y humanas–. Cuando en 1842 se disculpó con Ruge por no haberle enviado las colaboraciones prometidas, adujo en su defensa «controversias familiares extremadamente adversas... No quiero importunarle innecesariamente a usted con la narración de esas minucias privadas; es una verdadera suerte que las bajezas públicas impidan a un hombre de carácter cualquier posible irritación por cuestiones privadas». Marx, orientado totalmente hacia lo «colectivo», olvidaba con facilidad las desdichas personales. Pero en Londres éstas irrumpieron con tan diversas formas y tamaña virulencia sobre él que su estoicismo se vio desbordado. Seguramente no se desharía en quejas, aun cuando tuviera sobrados y múltiples motivos. Es admirable cómo en ese estado anímico discutía con objetividad importantes problemas. Con todo, la miseria debió afectar profundamente a este hombre orgulloso y sensible y dejar huellas en su personalidad, en su carácter y en sus obras. Con harta frecuencia se ha analizado la cuestión de por qué Marx no terminó su obra cumbre, *El Capital,* a pesar de dedicarle más de tres décadas de su vida. Se ha querido ver la causa en dificultades de tipo teórico. En realidad debería causar mucho más asombro que su autor, con esas circunstancias vitales, llegara tan lejos.

En la mayoría de las biografías este capítulo es tratado de forma muy somera, y la miseria sirve para fundamentar la constatación de que Marx con gran heroísmo no la había tenido en cuenta. Nosotros no nos conformamos con esta interpretación, porque creemos que el conocimiento de la miseria material y humana y de las dificultades vitales y laborales engrandece la talla humana de un hombre. A Marx la miseria le ofreció un rostro de tres caras: enfermedades, penurias económicas y dificultades familiares.

Marx padeció desde 1849 enfermedades de hígado y de vesícula que ya no le abandonarían.[5] Los ataques se presentaban sobre

todo en primavera, y con el correr de los años se hicieron más intensos. A menudo iban acompañados de dolores de cabeza, inflamación de los ojos y fuertes neuralgias. A todo este cuadro hay que añadir dolores reumáticos. En una ocasión Marx se quejó de parálisis. En 1877 se presentó una sobreexcitación nerviosa, más preocupante que su afección de hígado. El médico opinó que la verdadera enfermedad era de origen nervioso. Consecuencia de todos estos padecimientos era su insomnio crónico, que Marx combatía con narcóticos. La enfermedad hereditaria en la familia de Marx se vio agravada por una sobrecarga de trabajo, la excesiva vigilia (Marx se había acostumbrado a estudiar de día y a escribir de noche) y la falta de un régimen adecuado: Marx gustaba de comidas muy especiadas, pescados ahumados, caviar, pepinillos en vinagre, alimentos todos ellos no recomendados a los enfermos de hígado. Amaba también el vino y los licores. Como procedía del Mosela prefería el vino, pero también bebía cerveza, que le fue prohibida reiteradas veces. Si renunciaba al alcohol, no era por mucho tiempo. Era también un fumador empedernido, generalmente de cigarros de mala calidad por su falta de recursos económicos. En cada ataque de la enfermedad le retiraban el tabaco, pero él retornaba al hábito a los pocos días. Desde 1863 padeció forunculosis, enfermedad ligada normalmente a las hepatopatías y motivada esencialmente por las mismas causas. La dolencia se iniciaba generalmente en octubre y alcanzaba su punto culminante en enero. Los abscesos le supuraban y le impedían andar, sentarse y hasta tenerse en pie. A todas estas enfermedades se sumaron a partir de 1855 frecuentes catarros que en los últimos años de su vida degeneraron en tuberculosis pulmonar. Su muerte se debió a «caquexia derivada de tuberculosis». También de tuberculosis falleció su hijo Edgar, llamado familiarmente Musch, cuya muerte en marzo de 1855 constituyó un duro golpe para la familia. Posiblemente también fue ésta la causa del fallecimiento de Jenny Longuet en enero de 1883. También Jenny Marx se contagió, probablemente por llevar un modo de vida muy parecido. Aunque la tuberculosis era una enfermedad hereditaria en la familia, Marx, sin embargo, estaba predispuesto a ella sin duda por la miseria. La hidroterapia practicada en las playas inglesas y en el continente y el tratamiento médico constante sólo consiguieron un alivio transitorio de las enfermedades.

Los médicos afirman que en los enfermos de hígado se da una

Karl y Jenny Marx a finales de los años cincuenta. ▶



hiperactividad espiritual. Se sabe que Marx meditaba y discutía hasta en los paseos y que por la noche conciliaba el sueño con dificultad. En el carácter de estos enfermos llama la atención su irritabilidad; se trata de pacientes coléricos, descontentos, de ánimo fluctuante, con tendencia a criticarlo todo. La enfermedad hizo aflorar determinados rasgos del carácter de Marx: discusiones agrias, sátira mordaz que retrocedía frente a las ofensas, expresión a veces cruel y grosera. Marx tenía en general una confianza ciega en sus más íntimos amigos que no le impedía, en algunos momentos, ser desconfiado e incluso injusto con ellos. Sus juicios sobre sus adversarios y sobre sus amigos acusaban su dureza hiriente. Pocos se libraron de juicios semejantes, quizá Bebel o Sorge; aunque parezca sorprendente, incluso Engels los sufrió.

Indudablemente las enfermedades se agravaron por la presión psíquica y las penurias económicas. Marx dio más a la sociedad que lo que recibió de ella. Pese a que trabajó afanosamente, nunca ganó lo suficiente para mantener dignamente a su familia. ¡Qué absurdo!: hoy una simple hoja autógrafa suya cuesta cientos de marcos. Si vivió durante tres décadas en Londres fue gracias a Engels, que le cedía todo el dinero que ahorraba. Su padre poseía un fábrica en Manchester y Engels comenzó a trabajar en ella como *commis*. Pero su padre controlaba cuidadosamente el dinero, por lo que la ayuda a su amigo consistía sólo en unas cuantas libras. Posteriormente la cantidad aumentó, y llegó incluso a emprender arriesgadas operaciones financieras por ayudar a Marx. Al convertirse Engels en socio de la fábrica, las preocupaciones económicas de Marx desaparecieron. Más tarde Engels vendió su parte en la fábrica, se trasladó a Londres y desde 1869 asignó a Marx una renta anual de siete mil marcos, que con frecuencia fue sobrepasada generosamente. El Instituto Marx-Engels de Moscú elaboró en los años veinte una lista de los envíos de dinero comprobables en el intercambio epistolar y –el mismo año que su director Rjazanov cayó en desgracia– publicó algunas de esas investigaciones. La suma total ascendía a ciento cincuenta mil marcos como mínimo. La cifra es lo de menos. Marx no mendigaba el dinero, aunque lo necesitaba. Todo era una cuestión de rutina.

Hay otro fenómeno mucho más importante: la miseria financiera de Marx no se solventaba en absoluto con dinero. En ciertas épocas recibía inopinadamente sumas muy considerables, pero tanto a él como a su esposa se les caían de las manos. Cada uno de estos golpes de fortuna sirvieron para arreglar un poco la maltrecha economía doméstica, siempre falta de medios, para caer al poco tiempo en una penuria mucho más rigurosa. En 1856 Jenny Marx


Archiv der SPD, Berlin

Grafton Terrace 9, domicilio londinense de Marx desde octubre de 1856.

heredó, a la muerte de su tío y de su madre, cinco mil marcos. Con esa suma la familia se mudó en otoño de ese mismo año de los barrios pobres a Grafton Terrace, 9. Engels les ayudó a comprar los muebles, y de nuevo cayeron en la miseria. En enero de 1857 Marx escribía: «Estoy en una situación mucho más desesperada que hace



La familia Marx se mudó a Modena Villas 1, en marzo de 1864.

cinco años y ya no sé qué camino tomar. Yo creía haber degustado ya la quintaesencia de la inmundicia. *Mais non.* Con todo, lo peor es que la crisis no tiene visos de acabar. No sé a qué dedicarme para abrirme camino.» Y en marzo de 1857: «Todo cuanto se pue-

de empeñar está otra vez en la almoneda; el estado de cosas en el hogar me preocupa tanto que me impide escribir. La situación es detestable.»

En mayo de 1861, un momento de acuciante necesidad, Philips, el tío holandés de Marx, giró a éste tres mil marcos, cantidad que se engrosó con los préstamos de uno de los hijos de Philips, de Lassalle, de Ludmilla Assing y de un primo alemán de Engels. Sin embargo, al mes siguiente tuvo que pedir a Engels cuarenta marcos para pagar sus impuestos. En agosto de 1862 Lassalle le concedió un préstamo. Ese mismo mes Marx exclamaba: «¡Si supiera cómo comenzar algún negocio! Las teorías, querido amigo, son siempre grises, únicamente el *business* es verde. Por desgracia me he convencido demasiado tarde de esta opinión.» Y en otro lugar: «Mi mujer me dice cada día que anhela yacer en la tumba con sus hijos, y yo la entiendo perfectamente, porque las humillaciones, penas y temores que hay que soportar en esta situación son en verdad indescriptibles... Los pobres niños son los que más me apenan, ya que todo esto sucede en esta *exhibition season*, mientras sus amiguitos se divierten y ellos se sienten atenazados por el temor de que alguien les visite y vea toda la porquería.»

Durante el verano de 1864 Marx recibió unos treinta mil marcos; de ellos, alrededor de catorce mil procedían de su herencia materna, y el resto del legado de su amigo Wilhelm Wolff, que le había nombrado su heredero universal. Poco antes de llegar a su poder dicha suma, las necesidades habían vuelto a ser verdaderamente acuciantes, por lo que ese dinero liberó a la familia de una pesada carga, incluso se trasladó a una casa mayor en Modena Villas, 1. Justo un año después, en mayo de 1865, visitó otra vez la casa de empeños. El 31 de julio escribía a Engels: «...No te asombrará tanto este hecho, si tienes en cuenta: 1) que no he ganado ni un solo *farthing* durante este lapso de tiempo; 2) que en saldar deudas y amueblar la casa me he gastado cerca de 500 libras. He contabilizado con todo rigor hasta el último penique *(as to this item)*, porque hasta yo me asustaba de la velocidad con que desaparecía el dinero... Indudablemente vivo por encima de mis posibilidades, sobre todo este último año, pero es el único medio de resarcir a los niños de las grandes penalidades sufridas siquiera durante un corto espacio de tiempo, y puedan así asegurarse relaciones con vistas a su futuro. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que, incluso desde un punto de vista puramente mercantil, un mobiliario espartano y proletario desentonaría en las actuales circunstancias. Iría bien si sólo viviéramos en la casa mi mujer y yo, o si nuestros hijos fuesen todos varones.» Al año siguiente, «como en

los peores tiempos del exilio, tuve que pedir prestadas pequeñas sumas a diestro y siniestro –en un ambiente de limitados ingresos e incluso pobre– para poder subvenir a las primeras necesidades. Por otro lado, los proveedores están muy remisos y algunos se niegan a concedernos crédito; han llegado incluso a amenazar con acudir a los tribunales. La situación empeoraba porque Lafargue venía muy a menudo a casa y había que ocultar cuidadosamente el *real state of things*... Sé que tú has hecho cuanto has podido y más. Pero tiene que haber una solución. Quizá podría solicitar un *loan* [préstamo] o cualquier otro tipo de transacción. ¿Qué te parece?»

Las quejas sobre la miseria económica jalonan décadas enteras. Siempre hay alguna necesidad urgente que socorrer: el alquiler, el gas, la luz, los impuestos, la comida, el colegio de sus hijos, las facturas del médico, etcétera.

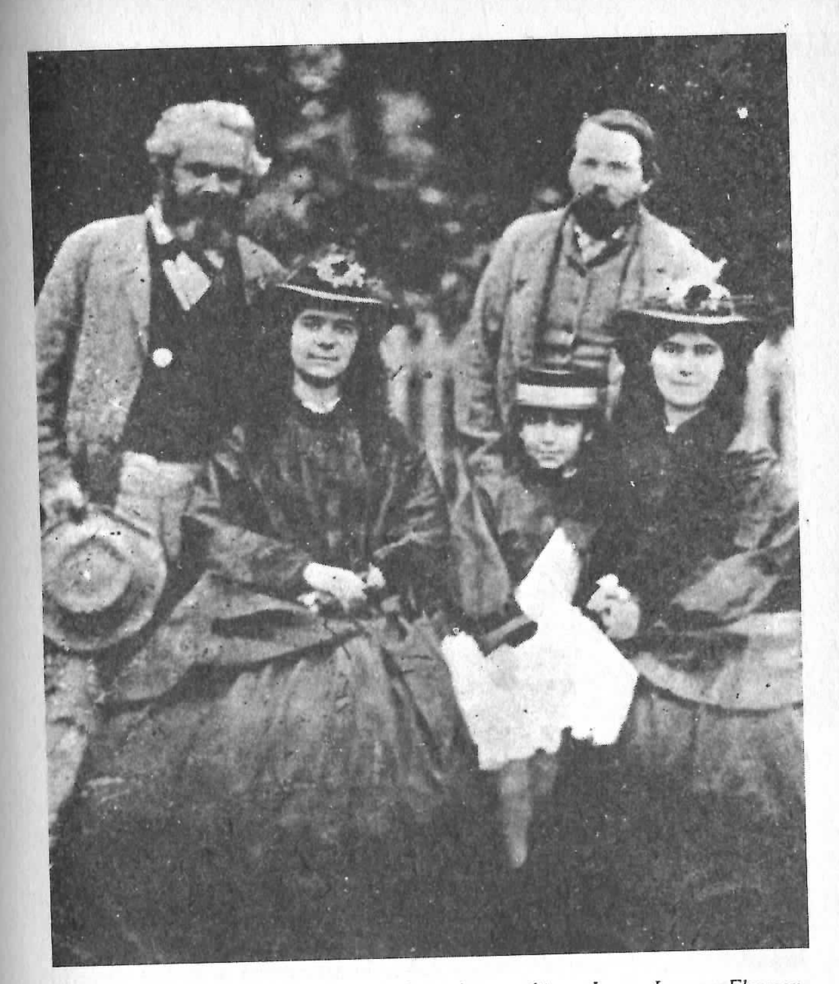
Pero ¿cómo afectaba a Marx esta especie de miseria vitalicia? En el pasado hacía caso omiso de ella, al menos en apariencia. Así en 1852 confesaba a su amigo: «Habrás observado por mis cartas que vadeo la miseria con gran indiferencia, aun cuando estoy hundido en ella hasta el cuello. Mi casa parece un lazareto, y la crisis es tan aguda que me obliga a prestarle toda mi atención... Por entonces se avecinaban tiempos difíciles: mi esposa está enferma, la pequeña Jenny está enferma, Lenchen ha contraído una especie de fiebre nerviosa. No quiero ni puedo llamar al médico porque no tengo dinero para comprar los remedios. Desde hace ocho o diez días la alimentación de la familia consiste exclusivamente en patatas y pan, y dudo de que ni siquiera eso pueda conseguir hoy... No escribí el artículo para Dana porque no disponía de un penique para leer los periódicos... Además quedan el panadero, el lechero, el de los ultramarinos, una antigua deuda del carnicero. ¿Cómo me las arreglaré para salir de esta miseria del demonio? En fin, en los últimos ocho o diez días he pedido prestados a esos ignorantes unos cuantos chelines, con harto dolor de mi corazón, pero era absolutamente necesario para no reventar...»

Esta presión incesante logró agotar la «indiferencia» de Marx. Cuando a principios de 1863 murió Mary Burns, esposa de Engels, Marx despachó la noticia en dos líneas, para pasar inmediatamente a describir a su amigo su propio padecimiento con toda minuciosidad: «...Si no consigo... una suma más elevada, apenas podré resistir dos semanas más. Es de un egoísmo monstruoso por mi parte referirte en este momento estos *horreurs*. Pero es un remedio ho-

Jenny Marx fotografiada junto a su hija Jenny, hacia el año 1854. ▶

meopático. Una calamidad se cura con otra calamidad. Y, *au bout du compte*, ¿qué otra cosa puedo hacer? No conozco en Londres ni una persona con la que hablar sin reservas, y en mi propio hogar guardo un estoico silencio para compensar los arrebatos de la otra parte... ¿Por qué no habrá muerto en lugar de Mary mi madre, que está llena de achaques y ya ha agotado casi el curso de su vida...? Fíjate a qué pensamientos tan peregrinos llegan los "civilizados" bajo la presión de determinadas circunstancias.» Al cabo de unos pocos días le respondió Engels: «Supongo que esta vez te parecerá justificado que mi propia desgracia y tu glacial comprensión me impidieran contestarte antes. Todos mis amigos, incluso los burgueses reconocidos, me han demostrado en esta ocasión, para mí verdaderamente desgraciada, más muestras de condolencia y amistad de lo que cabía esperar. Tú, en cambio, has demostrado la superioridad de tu gélido carácter. Saborea ese triunfo que nadie te discutirá.» La respuesta sincera y contrita de Marx alegró a Engels porque con ella recobraba a su mejor y más antiguo amigo: «...En tales circunstancias me rodeo *generally* de una capa de cinismo. Me enfureció sobre todo que mi esposa creyera que yo no había sido objetivo y fiel a nuestra amistad en las actuales circunstancias.» Precisamente en atención a su mujer aprobaba en todos sus términos la carta de Engels, «...porque la situación actual, este calentarse con el rescoldo de unas mortecinas brasas, tiene que acabar. En estas circunstancias pierde uno la cabeza, el corazón y un tiempo precioso alimentando *false appearances* nocivas para toda la familia. Las tres últimas semanas han obligado a mi mujer a aceptar la propuesta que yo le había hecho hace tiempo, y que, aunque plantea grandes problemas, es la única salida, desde luego preferible a la vida de los tres últimos años, y que además renueva nuestro *selfesteem* [amor propio]...». Marx pretendía declararse insolvente, deshacer la casa y limitar sus gastos a lo más imprescindible. Engels impidió que lo pusiese en práctica.

Pero, al correr de los años, ese cinismo había de impregnar cada vez más intensamente todas la opiniones de Marx sobre personas y situaciones. Era un embotamiento del sentimiento. En el verano de 1861 visitó dos días a su madre y relataba a Engels: «Mi madre camina a pasos agigantados hacia la muerte. No quiero reducirlo todo al dinero, pero una de las consecuencias más agradables de los dos días que pasé con ella es que destruyó viejos pagarés que yo le había extendido...» En diciembre de 1863 falleció su madre: «Acabo de recibir hace dos horas un telegrama notificándome la muerte de mi madre. El destino estaba llamando a la puerta de alguien de mi casa. Yo mismo estaba ya con un pie en la



Engels y Marx fotografiados junto a las hijas de este último, Jenny, Laura y Eleanor, a mediados de los años sesenta.

tumba. En las presentes circunstancias yo era más necesario que la vieja. Tengo que marchar a Tréveris con motivo de la herencia... Te ruego me gires cuanto antes el dinero preciso para emprender el viaje a Tréveris.» En el afán de no debatir a fondo el verdadero alcance de la miseria para Marx, se le ha descrito a menudo como un bohemio. Pero precisamente debido a que en absoluto eran ni él ni su esposa tales bohemios, la miseria revistió un carácter muy especial. Carecían de la alegría derrochadora del bohemio y de su

En diciembre de 1863 falleció la madre de Marx, que dejó una sustanciosa herencia. En la imagen, cálculos para el reparto de los bienes que Marx hizo para sus hermanas y él.

capacidad para vivir sin dinero. Por su concepto y su tren de vida eran burgueses, y por tanto la miseria burguesa les afectaba con especial virulencia. No era sólo Jenny la que deseaba mantener las «apariencias»; el mismo Marx gustaba de aparentar ante sus visitantes, y en general ante cualquier extraño, que vivía la cómoda vida de un burgués. Cuando Marx contó a su tío holandés –que le había pagado la herencia de su madre– que había ganado cuatrocientas libras especulando en la Bolsa, era un farol para impresionar a su tío banquero, y le mencionaba esta ganancia ficticia porque su tío desconocía que Wolff le había nombrado por entonces su heredero. En esa misma época ocultó a Engels la suma exacta a que ascendía la herencia de su madre para poder justificar más fácilmente la rápida desaparición de la de Wolff. Como el propio Marx escribe, pagó este afán de aparentar perdiendo su *selfesteem*. Esas pequeñas mentiras relacionadas con la constante búsqueda de di-

nero –ese necesario «saber ser diplomático y bandear las situaciones» utilizando la definición de Jenny Marx– mermó su propia estimación, amenazó su amistad con Lassalle y Kugelmann, e incluso con Engels. La eterna dependencia de Engels debió de pesar sobremanera en el ánimo de Marx y de su esposa. Laura Lafargue destruyó la correspondencia de sus padres porque en ella aparecían juicios sobre Engels claramente vejatorios. Las pocas cartas que se conservan confirman este hecho.

A Jenny Marx estos agobios vitales le produjeron un progresivo desarreglo nervioso. Las quejas de Marx sobre la miseria se intercalan con otras sobre «arrebatos histéricos» y «excentricidades» de su esposa, e incluso recoge su «peligroso estado nervioso». En 1851 escribe: «En casa hay de continuo un estado de sitio; ríos de lágrimas durante noches enteras me fastidian y me enfurecen... Mi mujer me da pena, porque sobre ella recae esencialmente toda la presión y *au fond* tiene razón... Sin embargo, acuérdate de que soy por naturaleza *très peu endurant* [muy poco paciente] e incluso *quelque peu dur* [algo severo], así que de vez en cuando pierdo la serenidad.» Este tipo de lamentaciones continuaron. Más adelante cualquier noticia de Engels económicamente desfavorable provocaba «una suerte de paroxismo» en Jenny Marx.

Por si fuera poco toda esta penuria, un conflicto humano perturbó la relación conyugal, a comienzos de los años sesenta probablemente. En 1900 todos los dirigentes socialistas sabían que Marx era el padre de Frederick (Freddy) Demuth, el hijo de Helene Demuth. Pero no se hablaba del asunto, en parte porque el hecho les parecía escandaloso a la luz de la moral burguesa imperante en la época, y en parte porque no se ajustaba a los rasgos heroicos e idílicos propios de un ídolo de las masas. Se borraron, pues, todas las huellas de ese hijo, y sólo la casualidad preservó de la destrucción una carta de Louise Freyberger-Kautsky dirigida a August Bebel que aclara el asunto[6]:

«Sé por boca del propio General que Freddy Demuth es hijo de Marx. Tussy me importunaba tanto que se lo pregunté directamente al viejo. El General se asombraba de que Tussy siguiese aferrada tan obstinadamente a su opinión, ante lo cual me autorizó a que, en caso de necesidad, desmintiese la calumnia de que Marx había negado que fuese su hijo. Recordarás que te hice esta confidencia mucho antes de la muerte del General.

»A mayor abundamiento, el General, algunos días antes de su muerte, confirmó a Mr. Moore que Frederick Demuth es hijo de Karl Marx y Helene Demuth. Mr. Moore viajó posteriormente a Orpington y se lo comunicó a Tussy. Esta, sin embargo, afirmó que



Helene Demuth, ama de llaves de la familia Marx durante largo tiempo, era la madre del hijo natural de Marx, un hijo por el que éste no se preocuparía nunca.

Eleanor, la hija menor de Marx, a quien todos llamaban Tussy, se negaba a creer que su padre hubiera podido tener un hijo con Helene Demuth, y se obstinaba en pensar que el padre real era Friedrich Engels.



el General mentía y que siempre había dicho que era él el padre. Moore abandonó Orpington y preguntó otra vez encarecidamente al General, pero el anciano insistió en su primitiva declaración de que Freddy era hijo de Marx y comentó a Moore: *Tussy wants to make an idol of her father* (Tussy quiere convertir a su padre en un ídolo).

»El General nos autorizó (a Mr. Moore, a Ludwig y a mí) a utilizar esta confidencia sólo en el caso de que se le acusara de mezquindad con Freddy; afirmó que no deseaba ver ultrajado su nombre, sobre todo porque a nadie beneficiaría. Su intervención en favor de Marx libró a este último de un grave conflicto doméstico. Además de nosotros y Mr. Moore –de los hijos de Marx, Laura al menos, si no llegó a conocer la historia, por lo menos la sospechaba–, Lessner y Pfänder también conocían la existencia de un hijo de Marx. Después de la publicación de las cartas de Freddy, Lessner me informó: "Freddy es con toda seguridad hermano de Tussy. Nosotros sabíamos este secreto, pero nunca pudimos averiguar dónde fue educado el muchacho."

»Freddy es muy parecido a Marx, y sólo un prejuicio ciego

podría barruntar en su rostro genuinamente judío de cabellos negro-azulados cualquier parecido con el General. Yo he visto la carta que Marx escribió al General cuando éste aún vivía en Manchester, pero creo que el General la destruyó junto con otras muchas de su correspondencia.

»He aquí cuanto sé del asunto; Freddy no llegó a conocer nunca, ni por su madre, ni por el General, quién era su padre...

»Estoy releyendo ahora aquellas líneas de tu carta que abordan el tema. Marx siempre tuvo miedo de que su mujer, que era terriblemente celosa, le pidiese la separación; él no quería al niño, el escándalo hubiera sido demasiado grande, y no se atrevió a hacer nada por el chico...»

Resulta innecesario apuntar que, al igual que en la temática de la miseria, aquí tampoco se trata de una cuestión de culpabilidad, sino de preguntarse: ¿Tenía algún sentido para Marx ese hijo? Cuando en 1851 nació su hija Franziska, que falleció pronto, Marx describió así a Engels el acontecimiento: «Desgraciadamente mi mujer ha dado a luz una niña y no un *garçon.*» Y en 1855, el nacimiento de Eleanor de la forma siguiente: «...Porque ayer, entre las 6 y las 7 horas de la mañana, mi mujer ha tenido un *bona fide traveller* –desgraciadamente *of the "sex" par excellence*–. Todo habría sido mejor de haber sido un varón.» Ese mismo año murió Edgar, su único hijo. Su muerte cayó sobre Marx como el más duro golpe del destino. A su otro hijo, sin embargo, no lo quería y no movió ni un dedo por él.

Todo ese asunto del hijo afectó mucho a Marx y a su mujer, porque eran burgueses y pensaban como tales. A la compañera de Engels nunca la consideraron su «esposa» porque no estaba casado con ella; en las cartas hablaban de ella entre comillas. Tenían un fino espíritu observador, como demuestra la correspondencia, para comprender las circunstancias conyugales de los demás. Quizá, en el fondo, les tranquilizó que Engels representase la comedia de «su» paternidad. Pero, ¡qué distinto hubiera sido todo de no haberse empeñado ellos en mantener, también en este terreno, *false appearances*!

Marx no pierde su talla humana por esto, como tampoco Dickens, ejemplo de honorabilidad burguesa, por su doble vida amorosa, ni Beethoven por tener una hija con una de sus admiradoras. ¡Que los buenos espíritus nos libren de semejante prejuicio burgués! Marx se engrandece apenas vislumbramos los conflictos que tuvo que vivir. Esa vida áspera y dura hubiera quebrado mucho antes a otras naturalezas más débiles, y sin embargo fue el caldo de cultivo del que emergió su obra.

9. Marx, periodista e historiador de su tiempo

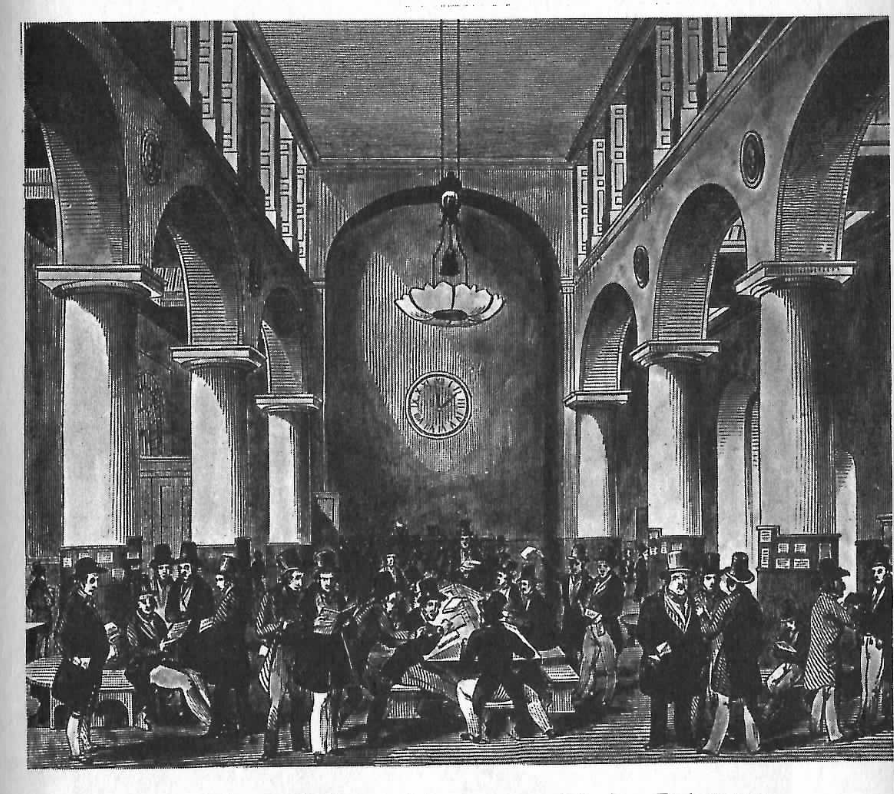
Durante diez años (1851-1862) Marx siguió la historia de su época como periodista. Esta actividad no le gustaba demasiado. El no era un periodista. Al cabo de un año de profesión confesaba quejumbrosamente a Engels: «Este constante emborronar cuartillas para el periódico me aburre, me quita demasiado tiempo y me dispersa. Además no es tan independiente como yo desearía: uno se debe al periódico y a sus lectores, sobre todo si se cobra al contado como yo. Los trabajos verdaderamente científicos son una cosa radicalmente diferente.» Y posteriormente: «Es un asco que uno tenga que considerar una suerte estar embarcado en una nave de papel secante como ésta.» La labor periodística de esta época abarca unos cien artículos, de los cuales, sin duda, una parte considerable pertenecen a Engels. Los referentes a cuestiones militares y estratégicas gozaban de gran estima, y Marx apeló, casi siempre con éxito, a su colaboración. El periódico más importante para el que trabajó Marx durante estos diez años fue el *New York Tribune*, del que fue corresponsal en Europa juntamente con otros periodistas. Este diario americano, liberal de izquierda y el de mayor tirada, combatía la esclavitud y pedía aranceles proteccionistas para la industria americana. Mostraba, además, una orientación socialista de matiz fourierista. Las relaciones de Marx con el periódico se debían a los buenos oficios de Dana, con el que se había encontrado en Colonia. Trabajó además durante cortos periodos para el *Neue Oder-Zeitung* en Breslau el año 1855, para la *Free Press* de Urquhart en 1855-56, para el tardocartista *People's Paper* de Jones, y para *Wiener Presse* en 1861-62.

El periodismo constituyó para Marx una dedicación necesaria, ya que aliviaba su penuria con unos ingresos adicionales, en absoluto seguros puesto que le pagaban por artículo publicado, y el *New York Tribune*, y, posteriormente, *Wiener Presse* no imprimían todas sus colaboraciones. Sus artículos se adaptaban al gusto americano. Seguramente no asombraba a Marx que su crítica de la

economía inglesa fuera interpretada tal vez como una crítica del librecambismo. Muchas veces sus artículos, desprovistos de firma, eran insertados como editoriales si convenía a la redacción. Desde 1855 su nombre desapareció de la nómina de los colaboradores porque exigió su firma siempre al pie de sus artículos. En realidad era la actualidad europea lo que determinaba el interés de los americanos por los trabajos de Marx; es decir, se intensificaba en los períodos bélicos, disminuía cuando consideraban más importantes sus asuntos internos y se extinguió por completo cuando la guerra civil exigió toda su atención. Desde 1855 ciertos artículos de Marx, sobre todo los referentes a temas rusos, fueron profundamente rectificados debido a la influencia de una colaboradora rusa que despertaba entre los redactores simpatías hacia Rusia. Por ejemplo, nunca llegaron a imprimirse los quince artículos de Engels sobre el paneslavismo.

Los reportajes y reseñas de Marx son de calidad muy desigual. Muchas veces eran redactados con desgana partiendo de las noticias de actualidad de otros periódicos que el periodista valoraba según sus propios criterios. Otras veces, sobre todo cuando se trataba de artículos serializados, constituían auténticos ensayos con abundante documentación, análisis basados en minuciosos estudios, de la historia política y social de diversos países. El estilo de Marx tendía a lo filosófico-abstracto y conservaba grandes reminiscencias de Hegel, pero en su labor periodística demostraba mayor soltura y naturalidad. Lo consiguió a base de verse obligado a analizar cuestiones concretas, a partir de las cuales era imposible hacer una abstracción, más vital y colorista. Marx tampoco pretende en modo alguno en todas sus descripciones demostrar únicamente la objetividad de su concepción de la historia. Esta meta implicaría fácilmente un tono profesoral difícilmente compatible con el carácter de un periódico. Marx sabía también apreciar «lo descriptivo e individual» –lo que él había llamado en el pasado «descripción pequeñoburguesa»– y le ruega a Engels que preste mucha atención a dicho fenómeno.

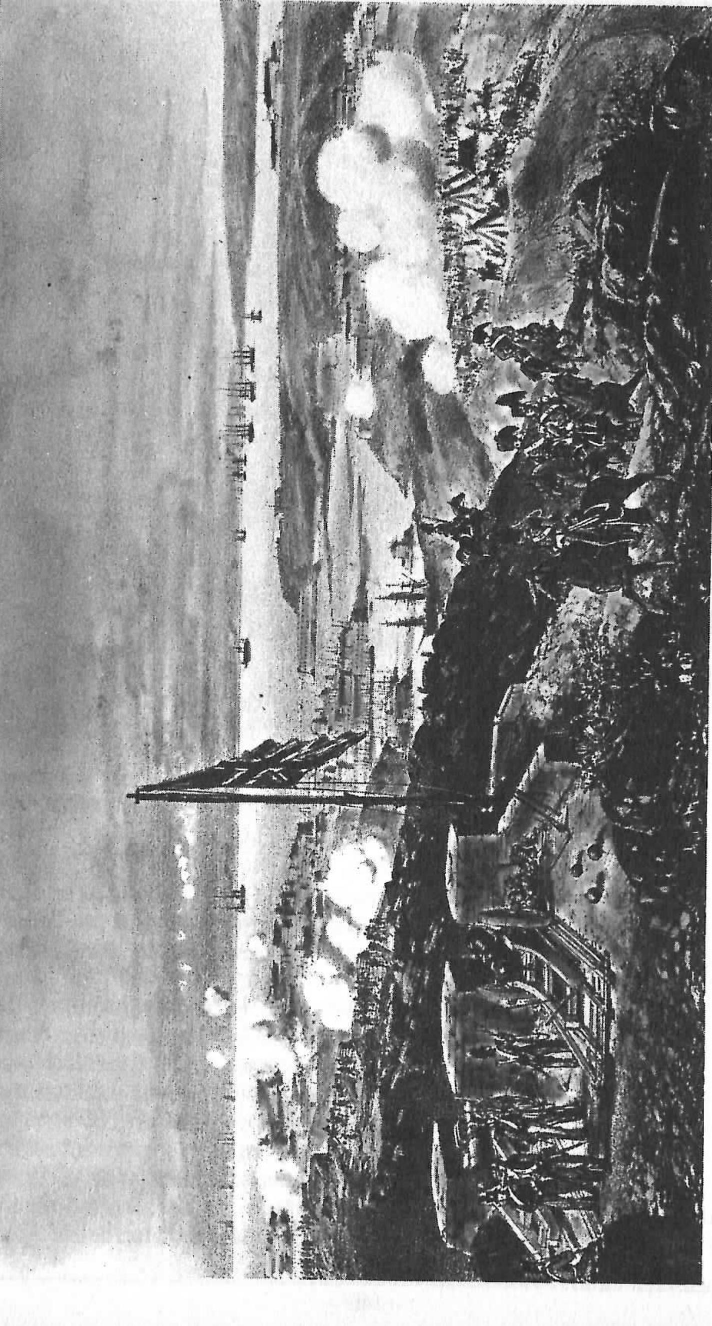
Marx basaba el principal interés de este tipo de periodismo en que seguía paso a paso la política diaria, tanto la del interior y la de la economía inglesa como los sucesos de la política internacional, con lo que sus horizontes se ampliaron. Antes de 1848 había logrado clarificar los criterios para considerar los rasgos fundamentales de los procesos económicos, y ahora se granjeaba una visión mucho más aproximada de las cosas. Muchas consideraciones de sus artículos de crítica social las volvemos a encontrar en *El Capital*. Algunas colaboraciones son verdaderos modelos de crítica social,



Marx criticó en más de un artículo periodístico la economía inglesa. En la imagen, grabado de la Bolsa de Londres en la primera mitad del siglo XIX. Biblioteca Nacional, París.

por ejemplo, «La duquesa de Sutherland» (que manifestaba su simpatía por la abolición de la esclavitud, después de que sus antepasados habían expoliado de todos sus bienes a los campesinos ingleses).

Durante esa década, en política internacional primaban los temas siguientes: la cuestión oriental en 1853-55 (guerra ruso-turca y guerra de Crimea), la revolución española en 1854, las relaciones anglo-rusas, la política de Inglaterra en la India y la sublevación hindú en 1857, la crisis europea y la guerra de Italia en 1859. Marx siguió minuciosamente todos estos acontecimientos, pero intentando reflejar la historia cotidiana de la política partidista y de la diplomacia a largo plazo de la sociedad, es decir, su base económica y sus manifestaciones políticas, y no la historia subterránea. Con



Posiciones inglesas en Sebastopol durante la guerra de Crimea, según un grabado de L. Lebreton. Biblioteca Nacional, París.

otras palabras, no utiliza la dialéctica histórica –a la que se sustraen las breves olas de la historia cotidiana– a no ser únicamente de manera puramente informativa y narrativa; todo lo más, por un puro placer de recreación de lo objetivo, Marx se demora en describir situaciones concretas, intrigas y gestas personales. Parte de este material histórico, tanto acontecimientos como concepciones abstractas, podía deducirse del proceso social.

Marx escudriñaba con especial atención los síntomas de crisis. La esperó los años 1851, 1852, 1853, 1855. Cuando en 1857 la crisis comercial, procedente de América, desembarcó en Inglaterra y en el continente, Marx aguardaba lleno de expectación. El 13 de noviembre escribe a Engels: «Yo mismo en *financial distress,* desde 1849 no me he sentido tan *cosy* como en este *outbreak.* Dile además al *lupus* para su tranquilidad que en un documentado *article* del *Tribune* he escrito, *now that the whole statement is before us,* e incluso demostrado con los cuadros de los *discountrates* de 1848-1854 que la crisis era previsible desde hacía dos años. Los *delays,* pues, se explican tan sencillamente que hasta Hegel, para su *satisfaction,* hubiera vuelto a encontrar la Idea en la "separación empírica del mundo de los intereses temporales".» Engels apoyaba esta interpretación, según se deduce de su respuesta fechada el 15 de noviembre: «A mí me sucede lo mismo. Desde que el fraude se descubrió en Nueva York, no he vuelto a confiar en Jersey, y me regocija sobremanera este *downbreak.* La porquería burguesa de los últimos siete años se había adherido como una lapa a mi piel. Ahora se desprenderá y volveré a ser otro hombre... La crisis le sentará tan bien a mi cuerpo como un baño en el mar. Ya siento la mejoría. En 1848 decíamos: ya llega nuestro momento, y se cumplió en *a certain sense.* En esta ocasión la satisfacción será completa, me juego el cuello. Mis estudios militares, en estas circunstancias, son muy prácticos; me dedico a estudiar la organización y la táctica de los ejércitos prusiano, austríaco, bávaro y francés, y a practicar la equitación, es decir, a la caza del zorro, que es su verdadera escuela.»

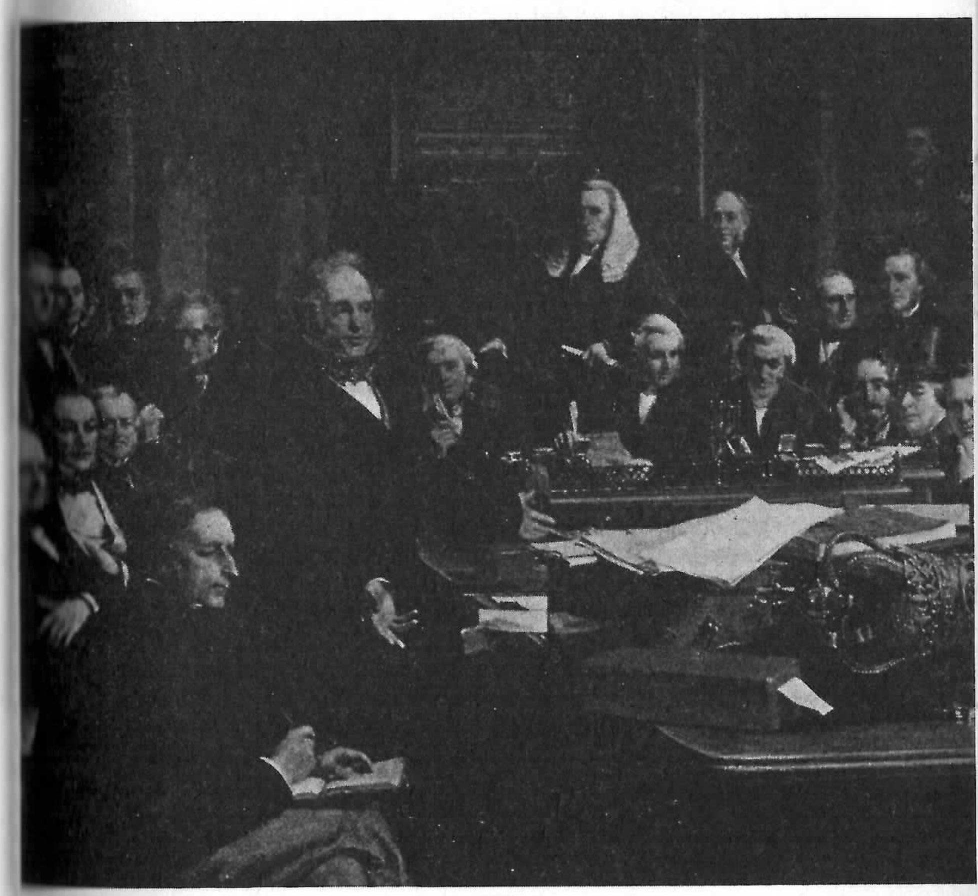
Aparte de la crisis, Marx observa con atención las guerras. En ello no hay que ver una preocupación de Marx por sus lectores americanos. Marx consideraba la guerra una especie de revolución, «que agarra la periferia del cuerpo social y la impulsa hacia adentro: pone a una nación a prueba. Las momias se desintegran en cuanto se las expone al aire libre; de la misma forma la guerra suprime las instituciones sociales que carecen de vitalidad. No obstante, numerosos acontecimientos, en los que se cifraron grandes esperanzas, no pasaron de ser meras agitaciones superficiales».

Anteriormente la atención de Marx y Engels se había concentrado en Alemania. Ahora su país quedaba relegado a un segundo plano en el que se mantendría durante mucho tiempo. Abandonaron también la concepción de la democracia europea sobre política exterior. Para esta tendencia la política exterior estaba determinada por el antagonismo entre Francia, símbolo de la revolución, y la Rusia absolutista y creía que la misión histórica del siglo XIX se reducía a la lucha entre ambas potencias. Esta interpretación experimenta un cambio sustancial con Marx y Engels: Rusia sigue siendo el baluarte de la reacción y el patrón para medir la política exterior de las diversas potencias es su actitud frente a Rusia. La llave para comprender la política internacional reside ahora para Marx en la «esclavitud anglo-rusa». Investigando en los Libros azules, en informes diplomáticos y en los debates parlamentarios, Marx creía haber descubierto que desde la época de Pedro el Grande había existido una colaboración secreta entre los gobiernos inglés y ruso, y que también Palmerston era un colaborador a sueldo de la política rusa. Estas ingeniosas investigaciones indujeron a Marx a acercarse al diplomático inglés Urquhart, fanático enemigo de Rusia y amigo de Turquía, y para su *Free-Press* de Scheffield y Londres escribió una serie de artículos sobre la historia de la diplomacia secreta en el siglo XVIII. Otros trabajos –dos ensayos sobre Palmerston– se difundieron separadamente, como folletos, y de ellos se hicieron grandes tiradas.

Se ha planteado recientemente la hipótesis de que la interpretación de Rusia por parte de Marx y Engels estaba influida por Urquhart y que ellos en su política frente a Rusia seguían «de un modo completamente "a-marxista" las vías de la vieja política de Estados». Su orientación, que se transformó lentamente, coincidía con la actitud antirrusa de la democracia europea. Tan sólo desde la emancipación de los campesinos en 1861 creyeron poder apreciar una evolución interior en Rusia, y la siguieron atentamente. Pero en 1863, al ser reprimida la sublevación polaca, resurgió de nuevo la hostilidad contra todo lo ruso. Posteriormente sería la polémica con Bakunin. La transformación definitiva de sus ideas sobre Rusia se consumó finalmente cuando en el interior se puso en marcha un movimiento revolucionario, y sobre todo cuando empleó el terrorismo como medio de lucha contra el zarismo. Marx y Engels estudiaron a fondo los problemas económicos rusos, y simultáneamente fue perdiendo interés una Polonia independiente como bastión contra los rusos. A comienzos de los años ochenta ya no esperaban la revolución del Oeste, sino del Este. Aunque sería una revolución burguesa, derribaría al zarismo y permitiría a Europa poner en práctica con éxito la revolución social. La transformación de sus ideas sobre Rusia fue determinada por las expectativas políticas, y activada por un estudio muy documentado de la evolución interior rusa.

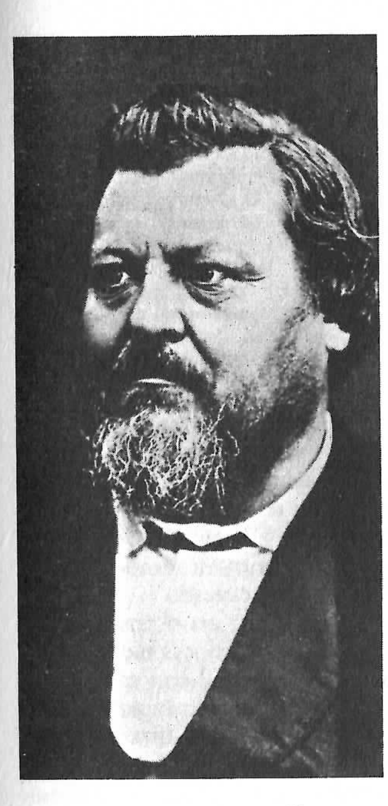
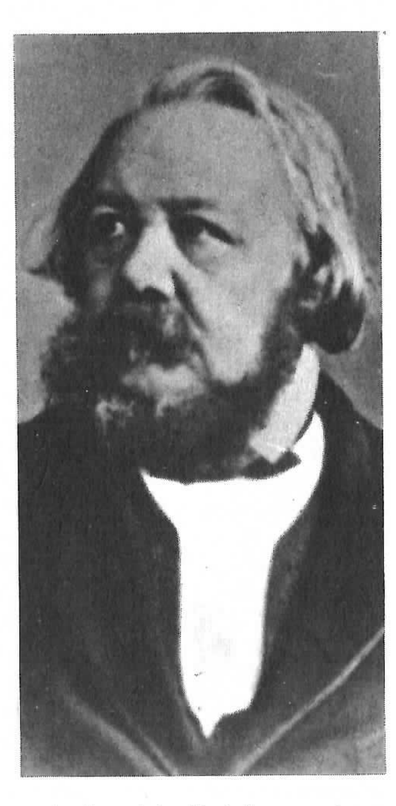
Uno de los frutos de la dedicación al periodismo de Marx fue su evaluación más realista de las circunstancias. En el Manifiesto inaugural de la Internacional Marx señaló que la emancipación de la clase trabajadora no podría alcanzarse «con una política exterior

Lord Henry Palmerston fue tachado por Marx de colaborador a sueldo de la política rusa. En la imagen, Palmerston discute en el Parlamento un proyecto de tratado con Francia, en el año 1860. Pintura de J. Phillip. Cámara de los Comunes, Londres.



que persiga fines criminales, ponga en juicio prejuicios nacionales y dilapide la vida y la hacienda del pueblo en guerras de conquista. Una de las primeras obligaciones de los obreros es iniciarse en los secretos de la política internacional, vigilar las actividades diplomáticas de sus gobiernos, reaccionar contra ellos, en caso necesario, con todos los medios a su alcance, y cuando sean incapaces de anticiparse a ellos unirse para lanzar una protesta común y reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben regular las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones...».

Una fuente muy importante sobre la emigración durante la década posrevolucionaria es *Señor Vogt,* un escrito polémico y minucioso, excesivamente minucioso, con el que Marx respondía en 1860 a las calumnias del naturalista y «regente imperial» de 1849. Este había acusado a Marx de urdir conspiraciones de los trabajadores alemanes con conocimiento de la policía y de ser el cabecilla de una banda de chantajistas en Londres. Marx interpuso una demanda judicial contra el *Nationalzeitung* de Berlín por reproducir las calumnias, pero fue desestimada, ante lo cual Marx tuvo que sacrificar un año entero para conseguir la documentación necesaria y desmentir tales afirmaciones difamantes. Los detalles carecen de interés para los no especialistas. En esta obra la capacidad polémica de Marx raya a gran altura. Probó que Vogt había sido pagado por Bonaparte para que defendiera su política, como así se demostró tras la caída del segundo imperio: Vogt en agosto de 1859 había recibido cuarenta mil francos. La amistad de Marx con Freiligrath se rompió al negarse el poeta a colaborar en el caso. Marx le recordó, el 23 de febrero de 1860, el pasado revolucionario común –es muy interesante el concepto de «partido»–: «Si ambos tenemos la convicción de que nosotros, cada uno a su modo, postergando todos los intereses personales, enarbolamos desinteresadamente por encima de las cabezas de los filisteos el estandarte en pro de la *classe la plus laborieuse et la plus misérable*, me parecería un pecado contra la historia que nos enemistáramos ahora por una bagatela, que se reduce a un malentendido.» Freiligrath le contestó el 28 de febrero: «...Cuando la Liga se disolvió a finales de 1852 como consecuencia del proceso de Colonia, me liberé de todas las ataduras con el partido como tal, y únicamente conservé mi relación personal contigo, mi amigo y correligionario... A mí, como a todo poeta, me es imprescindible la libertad. El partido es una jaula, y se canta, incluso en favor del partido, mejor fuera que dentro. He sido poeta del proletariado y de la revolución mucho antes de convertirme en miembro de la Liga y de la redacción del *Neue*

Marx redactó en 1860 Señor Vogt, *un escrito donde se defendía de las acusaciones difamatorias de Karl Vogt (izquierda). Su amistad con Freiligrath (derecha) quedó rota al no querer éste colaborar en el caso.*

Rheinische Zeitung. Así pues, quiero también en el futuro andar por mí mismo, pertenecerme a mí mismo únicamente y disponer de mí mismo.» Marx le respondió el 29 de febrero: «...Del "partido", como tú lo llamas, no sé nada desde 1852. Si tú eres poeta, yo soy crítico, y verdaderamente las experiencias de 1849 a 1852 me produjeron honda satisfacción. La Liga, como la Société des Saisons en París, como cientos de otras sociedades, fue sólo un episodio en la historia del partido, que surge por su propia naturaleza del suelo de la sociedad moderna.» Freiligrath había «intentado deshacer el malentendido, como si yo entendiera por "partido" una Liga muerta desde hace ocho años o la redacción de un periódico disuelta desde hace doce. Por partido entendía yo el Partido con un gran sentido histórico».

10. La aversión de Marx hacia la socialdemocracia alemana

Tras derrumbarse las esperanzas ligadas a la crisis de 1857, Marx esperaba, según escribió a Lassalle, unos cuantos años de «aparente calma: en cualquier caso es el mejor momento para emprender aventuras científicas, y al final, vistas las experiencias de los diez últimos años, el desprecio de las masas y de los individuos por todo *rational being* habrá crecido tanto que el *odi profanum volgus et arceo* será una máxima casi comúnmente admitida. Todas estas situaciones burguesas serán barridas por la primera tempestad».

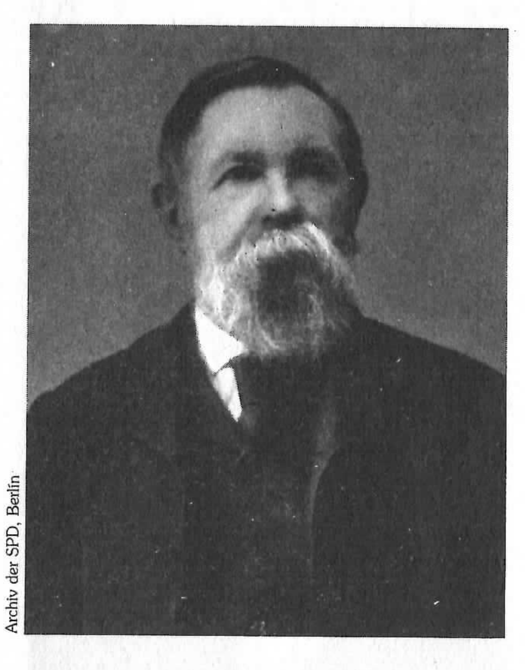
Esta tempestad comenzó a vislumbrarse cuando hacia 1860 los obreros volvieron a agitarse en Inglaterra y en el continente, debido al contacto de las delegaciones de trabajadores alemanes y franceses –que habían acudido a Londres en 1862 con motivo de la Exposición Universal– con los dirigentes obreros ingleses. Las reuniones despertaron el deseo de crear una unión internacional que desembocó en la creación, a finales de 1864, de la Asociación Internacional de los Trabajadores, también conocida como Primera Internacional. Un año y medio antes había iniciado una labor de agitación y propaganda en Alemania, pero él no habría de ver la creación de la Internacional, en la que Marx no tardaría en asumir la tarea de dirección. Sin embargo, Marx nada tuvo que ver con la génesis del partido alemán de los trabajadores. Al igual que Engels, se había alejado de toda participación política activa; ambos siguieron esa evolución con abierto recelo y desconfianza. El intercambio epistolar suministra abundante información al respecto. Más tarde, aun cuando asesoraron al partido alemán en cuestiones concretas, que no siempre fueron atendidas, apenas pudieron librarse de esa confianza. Engels la perdió pocos años antes de morir por influencia de August Bebel y el triunfo electoral de los socialdemócratas alemanes, que legitimaron la «acertada» táctica de Bebel. En cualquier caso la apreciación de que Marx y Engels habían sido los verdaderos dirigentes de la socialdemocracia y los que habían delineado su política, es pura leyenda. La causa de tal desconfianza era Lassalle. La relación de Marx con Lassalle tiene una triple impor-



Ferdinand Lassalle (1825-1864) y Karl Marx se hicieron grandes amigos a partir de 1848. Más tarde, una gran desconfianza por parte de Marx –que en principio no tuvo connotaciones políticas y que parece que fue fomentada por Engels– les llevaría a la ruptura, ahondada después por diferencias de pensamiento.

tancia: porque representa uno de los más complicados problemas psicológicos en la vida de Marx; porque determinó la actitud de Marx frente a la socialdemocracia, y porque ayuda a interpretar determinados aspectos políticos y personales de Marx.

Ambos se conocieron en 1848 y durante sus visitas a Colonia y Düsseldorf entablaron una estrecha amistad. Hasta 1860 Lassalle reconoció a Marx como cabeza del «partido», y a Marx le impresionaban gratamente la inteligencia y la energía de Lassalle. Este siempre fue sincero con su amigo y creyó que su amistad era recíproca, pero Marx dio pronto cabida a una desconfianza despertada o fomentada probablemente por Engels. Este calificaba a Lassalle de «judío de la frontera eslava», *parvenu* (advenedizo), y le desagradaba su «mezcla de frivolidad y sentimentalismo, de judaísmo y caballerosidad». Marx, una vez despertado su recelo, era accesible a cualquier insinuación, así que admitió como ciertas, sin comprobarlas ulteriormente, calumnias ostensibles contra Lassalle y las conservó para emplearlas posteriormente. Se fueron distanciando mutuamente, lo que no impidió que Marx, hábil diplomático, utilizara



El «diálogo» Marx-Engels es el acontecimiento más importante de la biografía de Marx. Constituían una pareja sorprendente. El mismo Engels dijo: «Eramos hombres muy diferentes, pero nos complementábamos de un modo admirable...»

los servicios de Lassalle en cuestiones financieras y de otro tipo. Muchas de las expresiones más groseras y desabridas de su correspondencia con Engels se dirigen contra Lassalle. El lector de las cartas cruzadas entre Marx y Lassalle observa asombrado con cuánta maestría ocultaba el primero su enemistad con el segundo y cuán ingenuamente creía Lassalle en la amistad de Marx. La enemistad no tenía raíces políticas. Surgió mucho antes de 1859, año en que Lassalle defendió en la cuestión de la guerra italiana una interpretación diferente a Marx y Engels. Marx, completamente persuadido de que Engels y él representaban la verdadera línea del partido, la interpretó como una flagrante ruptura de la disciplina. A lo sumo, las diferencias políticas intensificarían la antipatía. A Marx había demasiadas cosas en la persona de Lassalle que le desagradaban: egocentrismo no menor que el suyo, estilo de vida provocador y excéntrico. Tenía realmente todo lo que le faltaba a Marx. Era rico y llevaba un gran tren de vida en Berlín, según comprobó Marx en una visita que le hizo en la primavera de 1861. Sus trabajos científicos gozaron de gran aceptación, mientras que los de Marx seguían estancados. Orador muy brillante y autor de panfletos, lograba encender a las masas, que desconocían a Marx. Este se dedicaba

intensamente al periodismo, mientras Lassalle lo despreciaba con altanería: él sólo quería crear «grandes obras», de las que expuso a Marx diferentes proyectos. Además, su excentricidad se manifestaba precisamente en los momentos en que la miseria acuciaba a Marx.

Marx calificaba a esas obras de «chapuzas de colegial», y se sintió muy dolido cuando el «colegial» se abrió camino por sí mismo y le dio profesorales consejos. Es, pues, comprensible que no estuviera en absoluto contento cuando Lassalle comenzó su labor de agitación. El destino quiso que su *Programa obrero* llegara a manos de Marx cuando entre éste y Engels se habían abierto serias diferencias motivadas por la muerte de Mary Burns. Marx juzgó el folleto como una «mala vulgarización del *Manifiesto Comunista*», y opinó: «El tipo piensa abiertamente en presentar nuestro inventario.» Y el 9 de abril de 1863: «Itzig [uno de los apelativos de Lassalle más benévolos] ha vuelto a publicar dos folletos sobre su proceso, que afortunadamente no han llegado a mis manos. En cambio anteayer me remitió su carta abierta al Comité Central dirigida al Congreso de los Trabajadores (léase alcornoques) de Leipzig. El alardea demasiado de las frases que nos pertenecen y se comporta como un perfecto dictador obrero en ciernes...» Y Engels escribe el 21 de abril: «...Nuestros adversarios están emplazados en la posición correcta, y ese alcornoque ha llegado a la etapa de la autoconciencia, trasladándose a la democracia pequeñoburguesa. Pero considerar a estos tipos representantes del proletariado, sólo a Itzig se le ocurriría.» De nuevo Engels el 20 de mayo: «Las historias de Lassalle y el escándalo que provocan en Alemania comienzan a ser desagradables. Ya es hora de que termines tu libro, aunque sólo sea para que nos critiquen por otras cosas. Por lo demás es beneficioso porque proporciona una nueva base antiburguesa, aunque lo peor es que ese Itzig se labra al tiempo una posición...» Marx contesta el 22 de junio: «... En cuanto se restablezca la calma, me pondré a copiar en limpio el libro que yo mismo pretendo vender en Alemania... Porque Itzig nos obliga esta vez a salir plenamente a la luz pública.» Nuevamente Marx el 6 de julio: «Itzig me ha mandado el opúsculo de su conferencia de Frankfurt. Dedico diez horas diarias *ex officio* a la economía, así que no voy a malgastar las pocas horas que me quedan en leer estos pensamientos de colegial. Levanta acta. En mi tiempo libre estudio cálculo diferencial e integral...» El 15 de agosto menciona que Lassalle «...se revela como un alumno de primer curso de bachiller que, con la charlatanería más nauseabunda y desvergonzada, pregona a diestro y siniestro –como su última adquisición– frases que nosotros repartíamos hace



Batalla de Bengrow entre prusianos y polacos (3 de febrero de 1863) durante la revolución de Polonia. Biblioteca Nacional, París.

veinte años entre nuestros partidarios con la misma prodigalidad que si fuesen calderilla. El mismo Itzig amontona los restos malolientes de un partido que nosotros abandonamos hace veinte años en su *manurefabrik*, con la que pretende comprar la historia universal...». Este era el tono de las críticas. Tan sólo tras la muerte de Lassalle se adivina en las cartas un sentimiento conciliador. Engels se expresaba así el 4 de septiembre de 1864: «...Qué júbilo debe reinar entre los dueños de las fábricas y entre la canalla del progreso. Lassalle era el único hombre de Alemania al que temían.» Marx le escribía el 7 de septiembre: «Era enemigo de nuestros enemigos. La noticia me cogió tan de sorpresa que a duras penas puedo creer que una persona tan ruidosa, *stirring, pushing,* como él, haya muerto para siempre...»

En esencia, la causa real de los reproches a Lassalle es la siempre repetida acusación de plagiario de antiguos escritos de Marx, basándose en los cuales Lassalle pretendía formar un partido. Gustav Mayer, buen conocedor del tema, lo enjuicia así: «Ellos, Marx y Engels, veían en ello una especie de competencia desleal, sobre todo teniendo en cuenta que en este caso se les difuminaba la diferencia entre el conocimiento científico y el proceder político, que ellos conocían demasiado bien.» Marx y Engels argumentaban que el error fundamental de la táctica de Lassalle consistía en que pretendía luchar unilateralmente contra la burguesía liberal, táctica que conduciría a un arriesgado juego con Bismarck. Lassalle replicaba que ellos querían desligar a los trabajadores del partido progresista, y que los trabajadores deseaban un partido específicamente obrero. Mirados desde este punto de vista, sus adversarios aparecían como «una masa reaccionaria», y los partidarios como representantes más progresistas del proletariado de esa época. Lassalle no juzgaba conveniente la táctica del *Manifiesto Comunista* –apoyo a la burguesía hasta su advenimiento al poder–; en su opinión ya no cabía esperar una iniciativa revolucionaria por parte de la burguesía alemana. Hacia 1890 Engels, por influjo de Bebel, renunciaría a sus ideas sobre la revolución de 1848 y se convencería también de dicha opinión. Marx y Engels rechazaban además el apelativo de «socialdemócrata», para ellos un «calificativo asqueroso»; pero al fin y al cabo bastante aceptable para esa institución. Ellos mismos, para no ser confundidos con las numerosas corrientes socialistas, se habían llamado antes comunistas, y socialistas desde la disolución de la Liga de los Comunistas.

Para justificar la oposición de Marx a Lassalle se ha dicho que la tarea fundamental que el primero se planteaba a sí mismo no era la creación de un partido obrero, sino la revolución. Pero en este terreno la situación siempre fue peor de lo que ellos imaginaron. Ellos se superaban mutuamente en sus ilusorias esperanzas de revolución. En febrero de 1863, tras el debate de la segunda cámara prusiana sobre la sublevación polaca, opinaba Marx: «La revolución está a las puertas.» En junio Engels creía que el ejército, la mitad de cuyos efectivos estaban estacionados en la frontera polaca, y la otra mitad junto al Rin, dejaría Berlín desguarnecido, y en ese momento se desataría la revolución. En abril de 1866 Marx pronosticó que los Hohenzollern y los Habsburgo causarían un retroceso en Alemania de 50 a 100 años con guerras civiles, salvo que estallase la revolución. La hegemonía prusiana en la nación les resultaba inconcebible; creían más posible una revolución. Tres semanas antes de la batalla de Königgrätz aventuraba la derrota

segura de Prusia y una posterior insurrección del ejército: «Creo que en catorce días empezará en Prusia. Si esta posibilidad pasa de largo, sin ser aprovechada, y la gente lo consiente, entonces ya podemos liar tranquilamente nuestros bártulos revolucionarios y dedicarnos a la teorización abstracta.» Las enseñanzas de Königgrätz no duraron demasiado tiempo. En noviembre de 1867 Engels anunciaba una inminente revolución en Francia, que arrastraría a Alemania e Inglaterra y que pondría inmediatamente sobre el tapete en toda Europa la cuestión social.

Los socialdemócratas alemanes siempre acusaron a los compañeros londinenses de enjuiciar la situación alemana de forma completamente errónea. Liebknecht les respondió, cuando le hicieron serios reproches por su política, que en los años sesenta él hubiera podido arrojarse al río que discurría, rápido ante él, o bien detenerse a filosofar en sus orillas; es evidente que la segunda parte simbolizaba la actitud de los londinenses. Aquí son perfectamente visibles los dos planos: conocimiento científico y actividad política o filosofía de la historia y política. La mezcla y confusión de ambos campos excluyó cualquier tipo de acuerdo en las interminables discusiones entre los marxistas y los revisionistas, e inficionó además la política socialdemócrata. Con estos presupuestos se comprende la opinión de Liebknecht: «Sería una desgracia irreparable para el movimiento que los teóricos llegaran alguna vez a definir su política.» En este contexto hay que entender también su ocultación al partido de la *Crítica del Programa de Gotha* de Marx en 1875. Su intención era unificar ambas fracciones, la de Lassalle y la de orientación más marxista, no formular posiciones abstractas con claridad dogmático-histórica. Liebknecht no comprendía que Marx combatiese con tanta virulencia la «ley de bronce de los salarios» de Lassalle y sus cooperativas productivas que se erigirían con ayuda estatal, sabiendo que los hechos de esa ley de los salarios formulada por Malthus y Ricardo también los recogía el *Manifiesto Comunista,* y que Marx había formulado su teoría de la plusvalía tras la muerte de Lassalle; sabiendo, además, que Marx había otorgado a esas cooperativas productivas en el *Manifiesto inaugural* y en los estatutos de la Primera Internacional un lugar preeminente entre las exigencias de los trabajadores, precisamente a los pocos meses de la muerte de Lassalle. A un crítico tan agudo como Karl Korsch le costó enormes dificultades incluso en su época comunista explicar la violencia con que Marx condenó estos puntos. Tampoco le pareció a Liebknecht una necesidad de vital importancia presentar al movimiento obrero el «Estado actual», cuya realidad se demostraba drásticamente a diario, como mera «ficción» que desaparece-

Wilhelm Liebknecht (1826-1900) colaboró de forma decisiva en el Congreso obrero de Gotha (1875) para conseguir la unión del obrerismo alemán, unión con la que Marx no estaba de acuerdo.



ría al arrancar sus raíces, la sociedad burguesa, sobre todo teniendo en cuenta que la organización y la actividad del movimiento eran evidentes en el marco del «Estado actual».

Marx mantenía la errónea opinión de que los dirigentes del partido cometían en ese programa «un monstruoso atentado contra las concepciones divulgadas entre la masa del partido», porque sus teorías en modo alguno gozaban de gran difusión en aquellos momentos. Engels, en 1891, comenzó a publicar en el *Neue Zeit* la *Crítica al Programa de Gotha,* desagraviando, aunque tardíamente, a Lassalle. Otro acto de desagravio fue el «Programa de Erfurt» de ese mismo año, que, a partir de Marx, deducía conclusiones en el sentido de aquél. Pero si se pretendía ver en este programa una autorización a la socialdemocracia para impulsar una política marxista «verdadera» o una garantía para llevar a cabo una política verdadera, de nuevo se «borraría por completo la diferencia entre el conocimiento científico y la actuación política».

11. La Internacional

La actividad política de Marx durante la revolución de 1848 consistió en combatir dentro de la vanguardia de la democracia revolucionaria, que había existido en Francia, pero que no existió en Alemania ni en esos momentos ni más tarde. La Asociación Internacional de los Trabajadores le ofreció la posibilidad de intervenir de nuevo en política, pero en un escenario mucho mayor. La Internacional se creó a iniciativa de los obreros ingleses y franceses, y fue fundada en una asamblea celebrada el 28 de septiembre de 1864 en el St. Martin's Hall de Londres. Marx era uno de los 32 miembros del comité que tenía que redactar los estatutos, y pronto se convirtió en cabeza del grupo dirigente de la asociación, aun cuando durante años apenas intervino y sólo llegó a asistir en persona al último congreso. Desde el principio asumió funciones directoras: escribió el programa posteriormente divulgado y conocido como *Manifiesto inaugural*, redactó folletos y resoluciones para los congresos, fue su secretario para Alemania y se encargó de las labores de prensa en la organización.

La política de Marx se diferenciaba de las de épocas pasadas. La Liga de los Comunistas había sido una asociación para ejercer clandestinamente labores de propaganda y en ella Marx había disfrutado de un poder omnímodo. La Internacional era una asociación de organizaciones obreras independientes, y muy respetuosas con su independencia, de varios países. Marx no tenía en ella atribuciones dictatoriales, era un miembro dirigente más. En la Internacional había muy diversas corrientes y tendencias: seguidores de Fourier, Cabet, Proudhon, Blanqui, Bakunin, Mazzini, de Marx. Todos los matices estaban representados en ella, desde el socialismo utópico, pacífico, hasta los anarquistas que concebían la revolución como una lucha de barricadas. Había dirigentes sindicalistas ingleses cuyas federaciones –substrato organizador de la Internacional– habían surgido de un medio social en el que aún subsistía la

Cartel de actividades de la Asociación Internacional de los Trabajadores. ▶

INTERNATIONAL

WORKING MEN'S ASSOCIATION,

CENTRAL COUNCIL, 18, GREEK STREET, LONDON, W.

On the 25th of September and three following days,

A CONFERENCE

of Delegates from the principal branches of the Association in FRANCE, GERMANY, SWITZERLAND, and BELGIUM, will be held with the CENTRAL COUNCIL, when the following programme will be discussed:—

1.—Questions relating to the Congress.*
2.—Questions relating to the organization of the Association.
3.—Combination of effort by means of the Association in the different national struggles between Capital and Labour.
4.—Trades Unions: their past, present, and future.
5.—Co-operative labour.
6.—Direct and indirect taxation.
7.—Reduction of the number of the hours of labour.
8.—Female and children's labour.
9.—The Muscovite invasion of Europe, and the re-establishment of an integral and independent Poland.
10.—Standing Armies: their effects upon the interests of the productive classes.

*It is contemplated (next Year) calling a General Congress of Representatives from the various Working Men's Associations in Europe and America.

The Conference will Assemble each Evening at 8 o'clock at 18, Greek Street; Trade, Friendly or any Working Men's Associations, are invited to send Delegates.

And on the 28th of September,

A SOIREE

Will be held in

ST. MARTIN'S HALL,

LONG ACRE,

To Celebrate the FOUNDATION of the ASSOCIATION to Welcome the CONTINENTAL DELEGATES and to propose an Address of CONGRATULATION to the PEOPLE of AMERICA on their ABOLITION of SLAVERY, and the TRIUMPH OF THE REPUBLIC.

The Entertainment will consist of Tea, Choruses by the German Working Men's Choral Society, Operatic and other selections by the Band of the Italian Working Men's Association, Dancing, etc.

During the Evening short addresses will be delivered by the continental Delegates.

Tickets to admit at half-past 7, including Tea, Concert, Addresses and Dancing, One Shilling.

Tickets to admit after Tea at half-past 8, to Concert, Addresses and Dancing, Six-pence.

DANCING AT HALF-PAST TEN.

Tickets can be had every Tuesday Evening at the Central Council Meetings 18, Greek Street, from Eight o'clock till Ten. Members are also enrolled and any information concerning the Association will be gladly afforded. One Shilling per year constitutes any person a Member of the Association.

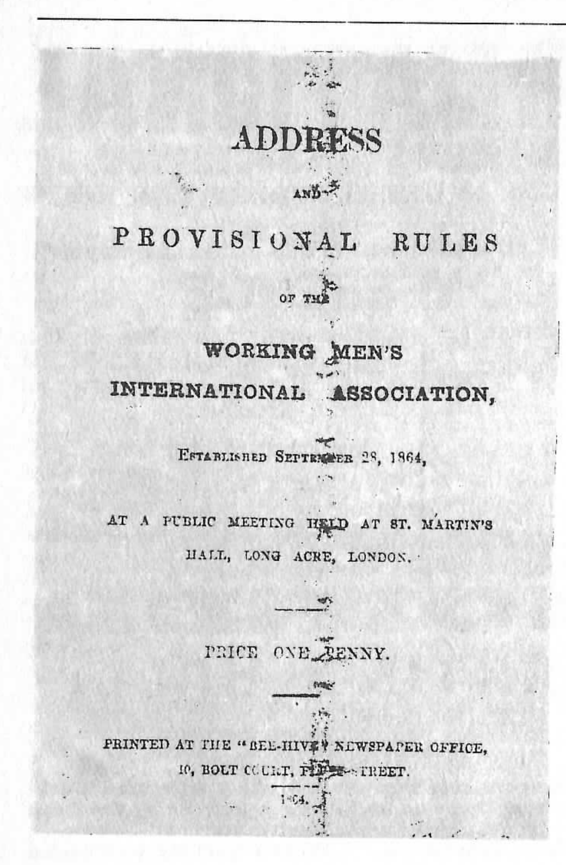
Tickets can also be had of the following Members of the Central Council:—

MR. LONGMAID, 54, Winsted Street, N.W.
.. WHEELER, 10, Radford Street, Strand, W.C.
.. LENO, 56, Drury Lane, W.C.
.. ECCARIUS, 1, Portland Place, Westmoreland Road, Walworth
.. LUCRAFT, 7, Wimbourne Street, Hoxton, N.
.. WESTON, 80, Whitecross Street, E.C.
.. SHEARMAN, 32, Grundy St., Poplar New Town
.. NIEBSON, 21, Pulteney St., Barnsbury Rd.
.. TURPF, 19, Hope St., York Rd., Wandsworth
.. HUGHES, 56, Gt. Suffolk St., Borough
.. APPLEGARTH, 6, Northumberland Street, Strand
.. HARRISON, 11, Beverley St., Lambeth Walk

MR. COULSON, 23, Hatfield Street, Blackfriars Rd.
.. NIEASS, 24, Kensington Place, Notting Hill
.. SHAW, 16, Hethpool Street, Hall Park, W.
.. BORDAGE, 6a, Warren Street, Fitzroy Sqre. W.
.. HOWELL, 5, Adelphi Terrace, Strand, W.C.
.. STAINSBY, 5, Simpson Street, South Lambeth
.. JUNG, 4, Charles Street, Northampton Square
.. PFANDER, 111, Bartholomew St., Camden Town
.. LESSNER, 4, Francis Street, Tottenham Ct. Rd.
.. DUPONT, 31, Cranbourne St., Leicester Square
.. LOCHNER, 14, Coomb Street, City Road
.. KAUB, 49, Pentonville Road, N.
.. BOLLITER, 2, Nassau Street, Soho, W.
.. HANSEN, 3, Berwick Street, Soho, W.

MR. G. ODGER, 1, Nassau St., Tottenham Ct. Rd.
.. LABABIE, 18, Charlotte Street, Fitzroy Square
.. SIDE, 1, Bedford St., Brandon St., Walworth
.. LUBEZ, 4, New Cross Road, New Cross
.. TAYLOR, 17, Union Street, Greenwich, Kent
.. PIGEON, 53, Hindon St., Pimlico
.. MANTZ, 60, Rose Cottage, Downham Road, Kingsland
.. LARDAUX, 4, Old Compton Street, Soho
NEW YORK HOTEL, Leicester St., Leicester Square
MR. HARRY, 7, Richard's Place, First Street, Chelsea
and of the Honorary General Secretary,
W. R. CREMER, 81, Great Titchfield Street, W.

Printed by the Westminster Printing Company, 68 and 192, Drury Lane



ADDRESS

AND

PROVISIONAL RULES

OF THE

WORKING MEN'S

INTERNATIONAL ASSOCIATION,

ESTABLISHED SEPTEMBER 28, 1864,

AT A PUBLIC MEETING HELD AT ST. MARTIN'S

HALL, LONG ACRE, LONDON.

PRICE ONE PENNY.

PRINTED AT THE "BEE-HIVE" NEWSPAPER OFFICE,

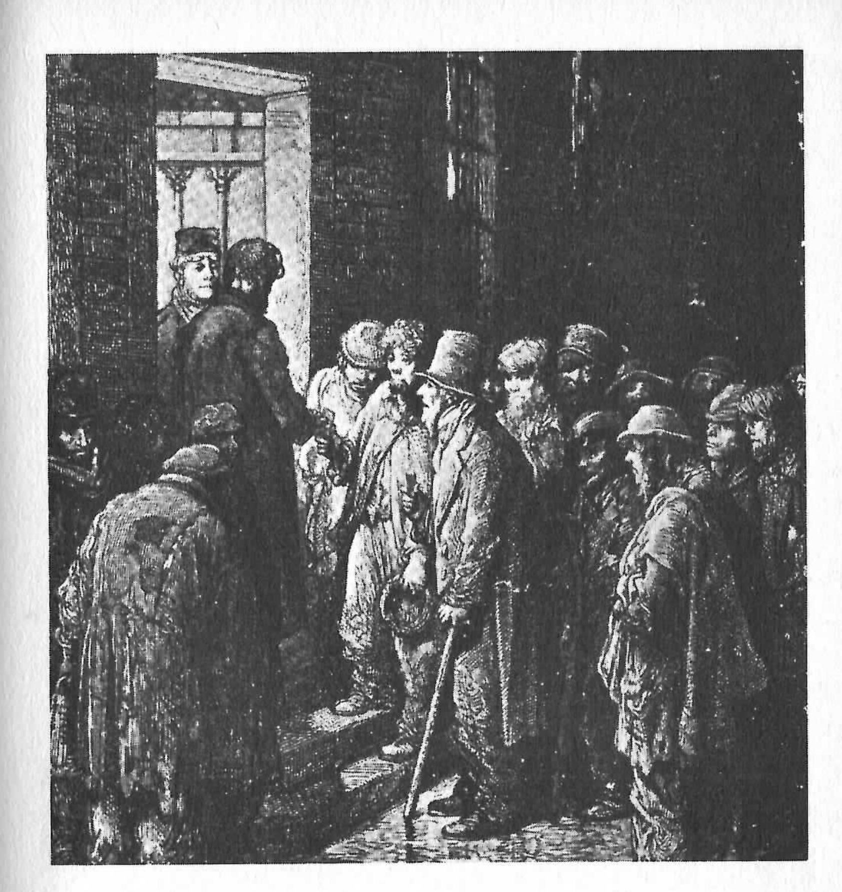
10, BOLT COURT, FLEET STREET.

1864.

Portada del Manifiesto *inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores, escrito por Marx.*

arrogancia profesional propia de los gremios. En ella se mezclaban los organizados y disciplinados alemanes con los revolucionarios de los países latinos más dados al entusiasmo apasionado.

El programa de Marx, aceptado por unanimidad, no recogía ni la perspectiva filosófico-histórica del *Manifiesto Comunista* ni su llamamiento a la revolución. En él se declaraba: «Dado que la sumisión económica del obrero al dueño de los medios de trabajo, es decir de las fuentes de energía, se basa en la servidumbre en todas sus formas –la miseria social, la atrofia espiritual y la dependencia política–... la emancipación económica de la clase obrera es la gran meta a la que se subordina cualquier movimiento político como medio.» El camino hacia la emancipación es examinado muy sucintamente a partir de las experiencias inglesas. Mientras que en el periodo de despegue industrial que se concretó a partir de 1848 la



Uno de los puntos sobre los que Marx llamaba la atención en el Manifiesto Comunista *se refería a la miseria de las clases trabajadoras. En la imagen, un asilo nocturno para obreros en paro, según un grabado de Gustave Doré.* ▶

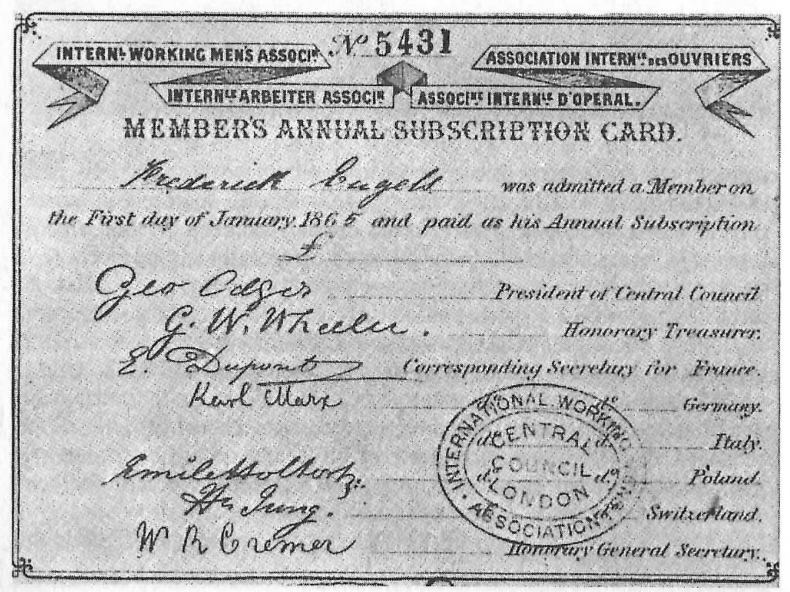
riqueza de Inglaterra había crecido a ritmo vertiginoso, la clase obrera inglesa seguía en la miseria y la apatía hizo presa en las masas. Pero habían acontecido dos nuevos sucesos de vital importancia: la limitación de la jornada legal de trabajo a diez horas y el desarrollo de las cooperativas, sobre todo las productivas. El Estado debía fomentarlas, y para ello la clase trabajadora tendría que luchar para conseguir poder político e influencia sobre el estamento legislativo. La ausencia de una alianza internacional había condenado hasta entonces al fracaso todos los esfuerzos de los trabajadores en sus respectivos países. Y puesto que los obreros estaban constantemente amenazados por una política exterior criminal de los gobiernos que entrañaba peligro de guerra, los trabajadores debían iniciarse en la política internacional.

Marx justificó todas estas diferencias en una carta a Engels del

4 de noviembre de 1864: «Fue una tarea difícil afrontar la cuestión de una forma tal que el movimiento obrero de hoy aceptara nuestras teorías... Hará falta tiempo para que este resucitado movimiento permita las antiguas audacias del lenguaje.» En los seis años siguientes el estilo político de Marx correrá parejo al realismo del *Manifiesto inaugural.* Tan sólo en una ocasión (con motivo de la Comuna de París) salió a relucir otra vez esa «antigua audacia». Las diferencias del movimiento obrero en los distintos países no dejaban ninguna otra opción estilística; además, las experiencias periodísticas de diez años, en las que desarrolló una minuciosa observación de la política diaria, ejercieron su influencia, y del éxito de la agitación de Lassalle para lograr los objetivos inmediatos del derecho de sufragio y creación de las cooperativas extrajo también Marx importantes consecuencias. Por más que en los Congresos de la Internacional (1865 en Londres, 1866 en Ginebra, 1867 en Lausana, 1868 en Bruselas, 1869 en Basilea) se tratase de la temática referente a la jornada legal, trabajo de las mujeres y de los niños,

Primera página de los Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores. ▶

Documento de inscripción en la Asociación Internacional de los Trabajadores a nombre de Friedrich Engels.



INTERNL WORKING MEN'S ASSOCN — Nº 5431 — ASSOCIATION INTERNLE DES OUVRIERS
INTERNLE ARBEITER ASSOCN — ASSOCINE INTERNLE D'OPERAI.

MEMBER'S ANNUAL SUBSCRIPTION CARD.

Frederick Engels was admitted a Member on the First day of January 1865 and paid as his Annual Subscription £

Geo Odger — President of Central Council.
G. W. Wheeler — Honorary Treasurer.
E. Dupont — Corresponding Secretary for France.
Karl Marx — Germany.
Italy.
Emile Holtorp — Poland.
H. Jung — Switzerland.
W R Cremer — Honorary General Secretary.

INTERNATIONAL WORKING MEN'S ASSOCIATION — CENTRAL COUNCIL — LONDON

A 32

1

13946 a

Statuts

De l'Association Internationale des Travailleurs

Votés à la séance du Congrès du 5 Septembre 1866.

Considérant:

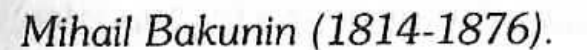
sindicatos, instrucción pública, posición frente al Estado, actuación política y cuestiones similares, Marx siempre procuró, según decía en una carta a su amigo Kugelmann, limitarse a esas cuestiones «que permiten acuerdos inmediatos y una cooperación entre los trabajadores e impulsan y sustentan la necesidad de la lucha de clases y la organización de clase de los trabajadores».

Marx asumió sus obligaciones con la Internacional y comenzó a trabajar con gran intensidad; raramente faltaba a una de las reuniones semanales del Congreso General y discutía incesantemente para convencer a sus miembros. Casi es innecesario decir que para Marx sus actividades no eran en absoluto las de un secretario. Fue siempre consciente de que «ejercía una continua influencia entre bastidores» sobre el Consejo General y sobre la Internacional, y de que «de hecho dirigía la asociación». Su carta del 11 de noviembre de 1867 a Engels lo confirma: «...*Les choses marchent.* Y en la próxima revolución, quizá más próxima de lo que parece, nosotros (es decir tú y yo) tendremos esta poderosa máquina en nuestras manos... Y además ¡sin invertir ni un penique! Bastará con las intrigas de los proudhonistas en París, de Mazzini en Italia y de los celosos [dirigentes sindicales] Odger, Cremer y Potter en Londres, en contra de los Schulze-Delitzsch y partidarios de Lassalle en Alemania. ¡Tenemos motivos para estar satisfechos!» Marx no buscaba el poder personal, sino el triunfo de sus ideas, que, en su opinión, tenían que imponerse de una manera u otra. Durante los primeros años fueron los seguidores de Proudhon los que se opusieron a su orientación «centralista y autoritaria». Las luchas internas hicieron peligrar la continuidad de la organización cuando Marx encontró en el anarquista ruso Mihail Bakunin un poderoso antagonista que sugestionaba a las masas con su fogoso temperamento revolucionario lo mismo que Marx con su brillante inteligencia. Su pasado revolucionario –había combatido en las barricadas de Dresde el año 1849, había sufrido extradición y posteriormente había huido de su destierro siberiano– le conceptuaba como un «hombre de acción» de gran valor personal, y tan astuto, en cuanto a táctica política, como Marx. Ambos se conocían desde su época de París. Cuando Bakunin se presentó en Londres el año 1864, Marx lo enjuició así en una carta a Engels: «Es una de las pocas personas que al cabo de dieciséis años no sólo no ha retrocedido, sino que ha evolucionado considerablemente.» En 1868 Marx le envió, como «antiguo hegeliano», *El Capital.* Bakunin guardó siempre el mayor de los respetos por la obra científica de Marx, aun cuando juzgó con escepticismo sus «abstracciones científicas» y las tenía por peligrosas por cuanto se arrogaban la recta interpretación de la

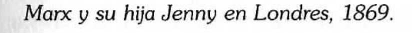


Historisches Bildarchiv, Bad Berneck





Mihail Bakunin (1814-1876).



Marx y su hija Jenny en Londres, 1869.

realidad. Bakunin, por invitación de Marx, ingresó en la Internacional, y le anunció su ingreso con estas palabras: «...Mi patria es ahora la Internacional, y tú eres uno de sus más importantes fundadores. Date cuenta, querido amigo, de que me considero tu discípulo y estoy además orgulloso de serlo.»

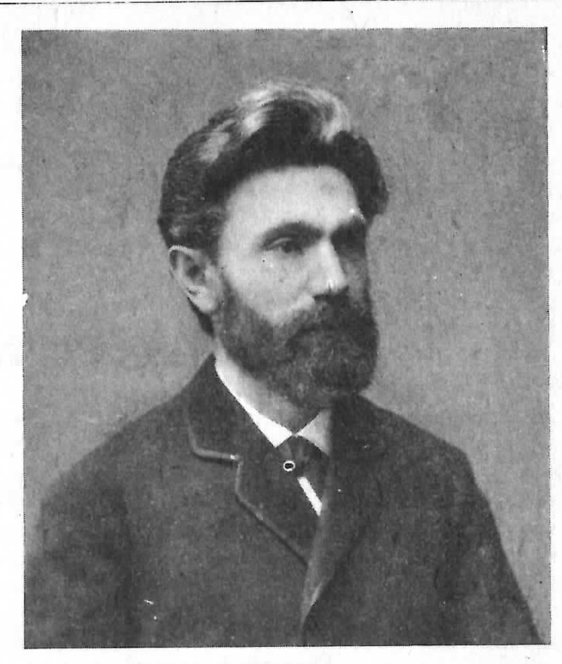
Pero ambos eran conscientes de sus rivalidades mutuas. Los seguidores de Bakunin se habían asociado en la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, particularmente asentada en los países latinos. En el Congreso de Basilea había una reñida lucha entre ambas tendencias por dominar el poder. Bakunin, después

de reconocer los grandes méritos de Marx, escribía al respecto a Alexander Herzen que bien podría llegarse «a una lucha entre los dos, bien entendido que no por una cuestión personal, sino simplemente por principios, es decir, el comunismo de Estado cuyos ardientes adeptos son él, y los ingleses y alemanes que dirige. De llegarse a tal combate, sería a vida o muerte». Bakunin rechazaba el comunismo porque concentraba todo el poder en el Estado y conducía necesariamente a la centralización de la propiedad en sus manos. «Yo, sin embargo, pretendo abolir el Estado, que hasta hoy ha esclavizado, oprimido, expoliado y humillado a las personas.» Rechazaba directamente todas las acciones políticas no encaminadas a la revolución social; pensaba, en consecuencia, que la Internacional tenía que concentrarse exclusivamente en ese tema.

Resulta difícil dilucidar si fueron estas diferencias de principios o las tendencias organizativas de cada uno las que desembocaron en un «combate a vida o muerte». Nosotros creemos que son las últimas la causa principal, porque en la construcción de la ideología marxista había un sector muy próximo a la concepción anarquista de la abolición del Estado: al final de la *Miseria de la filosofía* y al final del segundo apartado del *Manifiesto Comunista* se decía que el poder público, es decir, en sentido estricto el poder organizado de una clase para oprimir a otra, perdería su carácter político. Al menos Engels, en carta dirigida el 28 de enero de 1884 a Eduard Bernstein, sugería esos pasajes para utilizarlos como propaganda política contra los anarquistas como demostración de que Marx «proclamaba la abolición del Estado, mucho antes de que existiese el anarquismo». La diferencia fundamental en este aspecto es que, para Marx, la abolición del Estado forma parte de su filosofía de la historia, es decir, tendrá lugar «cuando hayan desaparecido las diferencias entre las clases»; para Bakunin, sin embargo, era el punto de partida y el inicio de la revolución.

La batalla decisiva entre ambas concepciones ideológicas tuvo lugar en el Congreso de La Haya (septiembre de 1872). Sobre este tema, Marx escribía a Kugelmann: «Este Congreso será la vida o la muerte de la Internacional. Yo, antes de retirarme, quiero protegerla, al menos, de los elementos disolventes.» Marx «salvó» la Internacional –como lo había hecho en su día con la Liga de los Comunistas en su controversia con Willich– trasladando la sede de su Consejo General a Nueva York, liquidando al mismo tiempo su existencia y excluyendo a Bakunin y a algunos de sus seguidores. Muchos partidarios de Marx se indignaron por los términos, rastreros algunas veces, en que se planteó la polémica con Bakunin, que ocasionó no pocos perjuicios a su causa. Jenny Marx, portavoz sin duda

August Bebel (1840-1913), una de las figuras más representativas de la socialdemocracia alemana, fundó, junto con Bracke y W. Liebknecht, el partido obrero socialdemócrata, en Eisenach, el año 1869.



de su esposo en este tema, escribió después de finalizar el Congreso a Johan Philipp Becker a propósito de un artículo del *Tagwacht*: «Lo que más me ha agradado de su trabajo es que ha tenido valor moral de reconocer su "personalismo". Nuestros trabajadores también tienen a menudo esos intensos accesos de dignidad y objetividad y lloran entonces como auténticos miserables que olvidan su "individualismo" para reconocer "únicamente lo objetivo, lo esencial". ¡Como si en una polémica personal pudiera separarse el pensamiento de la persona!» Como Marx se identificaba con su causa, luchaba por ella con esa vehemencia. Cada combate teórico era a la vez su combate personal, pero en este sentido, también su causa se invistió con algunos de sus rasgos personales.

Si Engels con la publicación de la *Crítica del Programa de Gotha* había intentado desagraviar tardíamente a Lassalle, de la misma forma en este punto tuvo el mismo empeño por exculpar el pasado, así que sugirió a Bebel, al crearse la Segunda Internacional en 1889, que ésta reabriera sus actividades en el punto en que las había dejado la primera, es decir, en la polémica con los anarquistas. Bebel, sin embargo, desoyó el consejo porque consideró que la cuestión pertenecía ya al pasado.

Der

Bürgerkrieg in Frankreich.

Adresse des Generalraths

der

Internationalen Arbeiter-Assoziation

an

alle Mitglieder in Europa und den Vereinigten Staaten.

Separatabdruck aus dem Volksstaat.

Leipzig.

Verlag der Expedition des Volksstaat.

1871.

Pero a las disensiones internas se sumaron las externas, mucho más violentas porque los gobiernos perseguían a la Internacional, sobre todo después de que Marx reivindicase para ella la insurrección de los obreros de París, la Comuna (18 de marzo-28 de mayo de 1871). Marx celebró con conmovedoras palabras la memoria de los diez mil ciudadanos que, tras defender heroicamente la ciudad sitiada, fueron asesinados por la soldadesca, del mismo modo que el *Neue Rheinische Zeitung* había honrado el recuerdo de las víctimas de junio. Pero su obra sobre *La guerra civil en Francia*, editada a instancias del Consejo General, es el ejemplo más característico de la interpretación de Marx de la realidad y del nuevo sentido que ésta da a su teoría política. En realidad, la Comuna era el Ayuntamiento de París, la administración de la capital cercada por los ejércitos alemanes y abandonada por su gobiernos. En ella los socialistas estaban en minoría, ya que la gobernaban trabajadores pequeñoburgueses y artesanos. Las medidas que puso en práctica eran simplemente las más urgentes y necesarias para una ciudad sitiada. Ni la Internacional ni los escasos seguidores de Marx en Francia tomaron parte en los preparativos de la sublevación, y durante un cierto tiempo dudaron entre adherirse o no a ella. Marx y Engels abogaban por una sublevación tras la paz, y criticaron duramente la indecisión del Ayuntamiento y los estériles conflictos políticos entre las diferentes corrientes. Tras la derrota, Marx declaró inmediatamente con la «antigua audacia de lenguaje» su solidaridad y la del Consejo General con los trabajadores insurrectos. La glorificación de la Comuna, la creación del mito de la Comuna, recogida en las tesis principales del *Manifiesto Comunista*, es sobre todo obra de Marx. Georges Bourgin, gran estudioso de la Comuna, caracteriza esta distorsión interpretativa afirmando que en ella se veía «la venganza de una clase contra otra; de esta forma el ridículo doctrinarismo cotidiano, el politiqueo del gobierno de la Comuna de París enmarca un gran drama social, en el que los espectadores de hoy son hijos y herederos de los actores de ayer».

Marx interpretó de forma diferente el Ayuntamiento de la ciudad sitiada y sus medidas de urgencia: «...He aquí su verdadero secreto: era esencialmente un gobierno de la clase obrera, el resultado de la lucha de la clase que produce contra la que se apropia de esa producción, la forma política al fin hallada bajo la que podía consumarse la liberación económica del trabajo. Sin esta última

◀ *Portada de la edición alemana de* La guerra civil en Francia, *obra de Marx editada a instancias del Consejo General de la Internacional en 1871.*



Librairie Larousse, París

La Comuna de París, primavera de 1871: barricada en la rue de Rivoli, junto a la plaza de la Concordia.

condición, la Comuna era una utopía y una ilusión. El poder político obrero es incompatible con la perpetuación de su servidumbre social. La Comuna tenía, por consiguiente, que servir de palanca para remover las bases económicas sobre las que descansa la existencia de las clases y en definitiva el dominio de una clase sobre otra.»



Librairie Larousse, París

Restos de la columna Vendôme, símbolo del primer Imperio, destruida por los comunistas durante la Comuna de París.

Para Marx la Comuna era la forma de gobierno, la «dictadura del proletariado», que posibilitaba a éste la transición a una sociedad sin clases. Cuando más tarde Eduard Bernstein dudó de este extremo, recurrió a Engels y el 1 de enero de 1884 recibió esta respuesta: «...En determinadas circunstancias había que justificar –era incluso necesario– el hecho de que en *La guerra civil* las ten-

dencias espontáneas de la Comuna son consideradas, muy a su favor, como planes más o menos conscientes. Los rusos, con exquisito tacto, han añadido este pasaje de *La guerra civil* a su traducción del *Manifiesto*...» La realidad histórica no apoya esa interpretación de Marx, es decir, su conversión de las «tendencias espontáneas» en conocimiento reflexivo. Tal modificación le venía como anillo al dedo a su teoría política. Pese a que Engels conocía el nexo entre teoría y realidad de la Comuna, aún acentuó más esta mitologización de Marx en su edición de dicha obra en 1891.

Marx conocía la realidad, y podía apreciar la Comuna desde un punto de vista políticamente objetivo. Cuando el socialista holandés Ferdinand Domela Nieuwenhuis le requirió información sobre las medidas que tendría que adoptar un gobierno obrero en el caso de que llegase inesperadamente al poder, Marx le respondió, el 27 de febrero de 1881, con evasivas y contradicciones respecto a su propia teoría: «...Probablemente me remite usted a la Comuna de París: pero le diré que, prescindiendo de que ésta fue únicamente la sublevación de una ciudad en condiciones excepcionales, la mayoría de los miembros de la Comuna no eran en absoluto socialistas, es más, tampoco podían serlo. Con un poco de sentido común hubiera podido alcanzar, sin embargo, un compromiso provechoso con Versalles para todo el pueblo –lo único a lo que entonces se podía aspirar–. El simple susto de la *appropriation* del Banco de Francia hubiera acabado con la fanfarronería de Versalles, etcétera. La *anticipation* doctrinaria y necesariamente utópica del programa de acción de una futura revolución es una pura desviación de la lucha de hoy...»

La interpretación de Marx de la Comuna ha tenido graves consecuencias; conjuntamente con la sanguinaria represión subsiguiente ha inspirado a generaciones del movimiento obrero en la época de la Segunda Internacional, pero no ha favorecido la claridad política. Al ser calificada de «primera revolución proletaria», no es de extrañar que Lenin, con su fino instinto político, la acomodase a la Revolución de octubre rusa. Lenin convirtió la mitología de Marx sobre la Comuna en la base de la ciencia política bolchevique. A Lenin le había atraído siempre esa circular de Marx, de marzo de 1850, en la que definía los rasgos de la «revolución permanente». Por cierto, esa concepción era un método táctico que anularía meses después porque implicaba un completo desconocimiento de la realidad. Este hecho no detuvo a Lenin, que se sabía de memoria la extensa circular y la citaba siempre que podía con agrado: la «revolución permanente», un error táctico de Marx, se convirtió para Lenin en un elemento esencial de la teoría marxista.

12. Una obra maestra inacabada

La importancia de la Internacional reside en que fortaleció el sentimiento de un destino común entre los trabajadores de los distintos países, y en que propuso luchas concretas para la lucha política y económica; la Internacional favoreció y propició la concienciación de los partidos socialistas en los años setenta y ochenta, que se convirtieron en la base de la Segunda Internacional fundada en 1889. El Congreso de La Haya y la polémica con Bakunin cerraron el capítulo de la actividad política de Marx. Marx ya no volvería a sumergirse en ella, pese a que dentro de las agitadas olas de la lucha política se sentía en su elemento. Su obra sobre la Comuna consideraba la sublevación un «nuevo punto de partida de importancia mundial en la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y el Estado». De aquí derivaron una serie de ataques que le produjeron una vital satisfacción. «El *Manifiesto Inaugural* arma ruido, yo tengo el honor en este momento de ser el hombre más calumniado y amenazado de Londres», confiaba a su amigo Kugelmann el 18 de junio de 1871. Marx recobraba fuerzas participando activamente en la política. Así, durante los primeros años de la Internacional Marx trabajó intensamente en favor de aquella obra científica de su vida, *El Capital. Crítica de la economía política,* que llevaba redactando desde hacía veinte años. Esta es la mejor demostración del efecto rejuvenecedor y estimulante que la actividad política obraba en él. Pero en esos dos períodos de actividad política le ocurrió lo mismo que durante el período prometeico de su juventud, es decir, se propuso tareas que superaban sus fuerzas; la obra de su vida quedó inacabada y en esbozo, pero un esbozo casi inabarcable que ocupó durante generaciones a investigadores especializados.

Los trabajos preliminares se iniciaron en 1843-44 con sus análisis sobre el salario, ganancias del capital y renta base del suelo en los manuscritos parisinos *Economía política y filosofía (Nationalökonomie und Philosophie).* Si su autor no les hubiera dado importancia, no los habría conservado. En enero de 1845 Engels le

apremiaba: «Procura terminar tu libro sobre economía política», y en años posteriores le urgirían otros amigos. Parte de estas investigaciones preliminares fueron empleadas en la *Ideología alemana*, una obra contra Proudhon, y en el *Manifiesto Comunista*. Pero la obligación de terminar el libro –base de la teoría de la revolución social necesariamente resultante del antagonismo entre las clases en la sociedad burguesa– adquirió un carácter mucho más imperioso al finalizar la época revolucionaria y surgir desavenencias con los exiliados en Londres. En 1851 Marx creía que terminaría el libro en cinco semanas. La crisis de 1857 exigió de nuevo su terminación para disfrutar de una base teórica en la esperada revolución. En 1859 aparecen algunos capítulos, *Contribución a la Crítica de la Economía Política,* que no despertaron demasiado eco. La agitación de Lassalle urgió su finalización, pero, entretanto, el material de investigación había cobrado tal envergadura que las dificultades para acabar el trabajo habían aumentado considerablemente. En un principio Marx pensó en redactar una historia de las teorías de economía política. Luego el plan se fue ampliando progresivamente. Llegó un momento en que no podía deducir teorías de otras teorías: tenía que analizar la sociedad burguesa y «su anatomía en la economía política: el enorme material acumulado en el Museo Británico, la excelente posición que Londres ofrece para analizar la sociedad burguesa, y finalmente la nueva fase en que ésta entró con el descubrimiento del oro californiano y australiano, me obligaron a comenzar de nuevo desde el principio y a examinar con ojos muy críticos estos hechos nuevos. Estos estudios me condujeron en apariencia a disciplinas completamente apartadas de mi objeto de estudio que me ocuparon durante algún tiempo».

En el Museo Británico Marx llenó decenas de cuadernos con abundante documentación que sobrepasa con creces la extensión del manuscrito. Estos cuadernos fueron la base de todas sus investigaciones sociológicas, históricas y económicas. Además de prestar atención a la pura teoría, Marx también recogió y analizó situaciones sociales concretas que, más tarde, aprovecharía para sus trabajos periodísticos.

Numerosos factores retardaron la conclusión definitiva de la obra: su labor periodística, las enfermedades, la penuria crónica de la familia repercutieron considerablemente (Marx se desataba con frecuencia en improperios contra el «maldito libro, que le atenazaba como una pesadilla»), pero no fueron las dificultades principales.

Carta de agradecimiento de Marx a Engels tras acabar las correcciones de El Capital. ▶

Tampoco los numerosos detalles de la economía práctica y de ciencias naturales sobre los que una y otra vez pedía consejo a Engels: «Con la mecánica me sucede lo mismo que con las lenguas. Entiendo las leyes matemáticas, pero percibir la más sencilla realidad técnica me resulta tan difícil como a esos alcornoques.» El obstáculo más serio se lo deparó el conflicto entre el interés del político orientado a la acción directa y su tendencia hacia el conocimiento científico. En 1851 Marx esperaba terminar en cinco semanas porque ya desde 1848, incluso antes, disponía de los criterios con los que examinar críticamente la economía burguesa; creía poseer ya sus rasgos fundamentales para comprender las leyes evolutivas del proceso de producción. Le faltaban únicamente materiales que fundamentaran su teoría de la lucha de clases y de la revolución social. Con esta meta al fin y al cabo había emprendido el estudio de la economía y pensaba que no le sería difícil recoger la documentación pertinente. Sus cuadernos de estudio demuestran que las investigaciones básicas le llevaron mucho tiempo; cuanto más se enfrascaba Marx en cuestiones aisladas, más se enmarañaba el material y, como científico que era, consideraba injustificable hablar de ciertas cuestiones sin conocerlas a fondo. Cambió reiteradamente el plan general de la obra. A todo ello hay que añadir su *ethos* científico, su pasión por la verdad en sí misma, que él definió con claridad al comparar el carácter de Ricardo con el de Malthus: Ricardo sería siempre un filántropo que vivió «sin cometer pecado contra su ciencia»; Malthus, por el contrario, defendió los intereses de los elementos reaccionarios de las clases dominantes, es decir, un hombre vulgar: «Llamo "vulgar" al hombre que intenta acomodar la ciencia a un criterio que no se deriva de ella misma, aunque sea inexacto, sino a intereses extrínsecos, ajenos a ella misma.» Marx estaba convencido de que las clases dirigentes tenían un conocimiento erróneo de su ideología, que sólo el proletariado poseía el conocimiento verdadero, y precisamente por eso ese concepto de la verdad científica le obligaba siempre a considerar el conflicto amenazador que podía establecerse entre los intereses, incluso los del proletariado, y el conocimiento de la verdad. Este hecho ha podido motivar ciertas discrepancias y contradicciones que se han querido ver en su obra.

Su obra cumbre, publicada en 1867, es sólo un fragmento de su teoría económico-política. Una parte esencial quedó sin elaborar tras su muerte, reducida a montones de páginas con las que Engels «tendría que hacer algo». Engels se asustó del estado de los manuscritos, que, a tenor de las repetidas aseveraciones de Marx, creía terminados; Engels dedicó a revisarlos gran parte de su vida; en

1885 publicó el segundo volumen y nueve años más tarde el tercero. Entre 1905 y 1910 Karl Kautsky editó cuatro volúmenes titulados *Theorien über den Mehrwert (Estudios sobre la plusvalía)*, que sólo abarcaban una parte de los manuscritos de Marx. En distintas ocasiones se han publicado diversos fragmentos; los más importantes, correspondientes a los trabajos preliminares de los años 1857-58, se imprimieron en 1939 en Moscú con el título *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie (Contribución a la crítica de la Economía Política)*. Hay abundante literatura sobre las contradicciones entre el primer volumen de *El Capital* y los posteriores y sobre la variación del plan general de la obra. En general, se trata de debates teóricos sobre los textos existentes emprendidos para refutar o hacer una apología del marxismo. No se ha acometido hasta ahora una investigación crítica de las fuentes, y sólo ésta podría demostrar hasta qué punto los volúmenes más tardíos, por ejemplo, son una refundición obra de Engels o hasta qué punto utilizó la totalidad de los manuscritos de Marx o sólo una parte.

Después de la muerte de Marx, sus teorías económicas ejercieron un gran influjo en el movimiento obrero y en las disciplinas científicas y se entablaron grandes polémicas acerca de sus teorías sobre el valor del trabajo, plusvalía, concentración y acumulación del capital, explotación y miseria, crisis, lucha de clases y revolución. Algunas fueron muy discutidas dentro del movimiento obrero hacia finales de siglo, a otras se les negó validez y quedaron reducidas a tendencias evolutivas. Numerosos elementos particulares siguen vigentes hoy en las teorías actuales sobre economía política. Las obras de K. Kühne, J. P. Mayer y H. Peter informan cumplidamente sobre el particular. Ahora trataremos de situar *El Capital* en el contexto de la obra de Marx.

A ciertas generaciones del movimiento obrero les bastaba con la certeza de que la evolución hacia el socialismo se efectuaría «con la obligatoriedad de un proceso natural», y pensaban que llegaría el momento de expropiar a los expropiadores. Su comprensión de Marx se fundamentaba en el *Manifiesto Comunista* y en el primer volumen de *El Capital*, llamado por Engels «Biblia de los trabajadores». El libro había conocido incontables ediciones y traducciones, que facilitaban que hasta el hombre más sencillo comprendiera los intrincados razonamientos de Marx. Pero lo que más le animaba era la certidumbre de que Marx había demostrado el fin inevitable de la sociedad burguesa y la victoria del socialismo. Esta necesidad, según la teoría oficial, derivaba también del sustrato económico, de ahí que se considerara *El Capital* la obra maestra de Marx, y sus investigaciones anteriores, estadios inmaduros de su

Das Kapital.

Kritik der politischen Oekonomie.

Von

Karl Marx.

Erster Band.

Buch I: Der Produktionsprocess des Kapitals.

Das Recht der Uebersetzung wird vorbehalten.

Hamburg

Verlag von Otto Meissner.

1867.

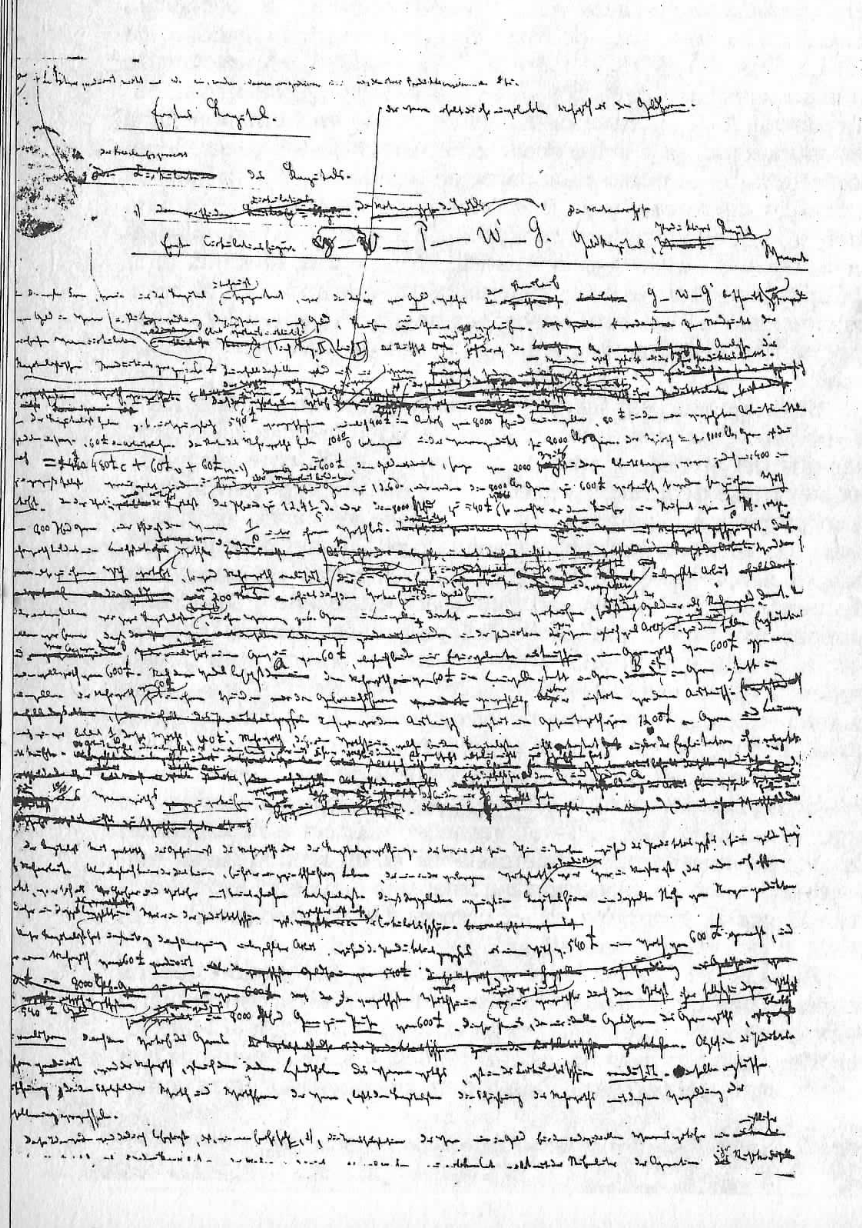
New-York: L. W. Schmidt. 24 Barclay-Street.

propia obra que pronto fueron superados. Pero los *Frühschriften (Escritos tempranos)* contradecían esta interpretación, porque en ellos aparecía ya perfilada, hacia los años cuarenta, la concepción general de su obra. Cuando Marx inició sus estudios de economía política, buscaba clarificar sobre todo la situación del proletariado en la sociedad burguesa, y a este camino le condujo su constatación derivada de la crítica de Hegel de que el ser humano estaba desnaturalizado, se le había enajenado parte de su ser, y esa alienación alcanzaba su punto culminante en la industria que se basa en la división del trabajo y en la economía de mercado; el hombre, pues, sólo podría recuperar su verdadera esencia con la revolución social, que traería consigo la emancipación de todos los hombres. *El Capital* aporta un extenso material básico que apoya los elementos concretos de esa concepción general, pero debe valorarse su importancia precisamente dentro del marco de esa concepción general.

Se ha querido explicar la progresiva tendencia de Marx hacia lo «objetivo», su atenta observación de las «condiciones» mucho más que del hombre, centro de su atención en la obra temprana, por su intensa dedicación a la economía política, a la ciencia fría y poco propicia a las emociones; también su insistencia en que la evolución se consumaría, con absoluta probabilidad, a largo plazo, independientemente del hombre. Las reiteradas esperanzas de Marx en la revolución parecen contradecir este aserto y autorizan a suponer que él creía que las condiciones sociales estaban maduras para la revolución. Podría también aducirse como causa de esa tendencia hacia lo «objetivo» sus decepciones políticas, sobre todo las referentes a la inminencia de la revolución, y sus circunstancias vitales. El lenguaje de Marx se revistió de mayor sobriedad y dureza, pero es muy improbable que se sonriera de sus intentos antropológicos juveniles, porque éstos estuvieron siempre presentes a lo largo de su vida y a veces afloraron en silencio a la superficie. Cuando sus enseñanzas se interpretaban en un sentido vulgar-materialista o como un exagerado automatismo de la evolución determinado por la economía, Marx comentaba en tono jovial: «Yo, desde luego, no soy marxista.»

Al situar *El Capital* en el marco de esa concepción general temprana hay que soslayar un error semejante al de conceptuar a Marx como un «economista puro», es decir, creer que el Marx joven, dedicado a la filosofía, es el auténtico, y el de la madurez una degeneración del primitivo. Para todo aquel que se esfuerza verda-

◄ *Portada del primer volumen de* El Capital, *editado en 1867.*



◀ *Página manuscrita correspondiente al primer capítulo del segundo volumen de* El Capital.

deramente por comprender su evolución, es evidente que semejante disociación es ilusoria. Prescindiendo por completo de la consideración abstracta de que siempre fue consciente de lo que albergaba su pensamiento, es evidente que Marx, cuando la crítica de su pasado filosófico le empujaba hacia el campo de la sociología antropológica del hombre real, incorporaba los datos económico-sociales a su pensamiento y los mezclaba con otros elementos ya dados, anteriores. De este caldo de cultivo emana su sociología. Todas las categorías de su pensamiento son de tipo filosófico y económico, a las que se añadiría posteriormente la política como factor dominante, tan pronto comprendió que no se trataba de interpretar el mundo, sino de cambiarlo. Si examinamos la vida de Marx, tendremos que concluir que este impulso acabó adueñándose del pensador sincero y apasionado. No necesitamos para ello recordar el testimonio de Engels, que consideraba a su amigo un político «sobre todo», o el del sociólogo ruso Maxim Kowalewsky sobre el «viejo» Marx, que compendia otros muchos semejantes: «Sorprendía especialmente en Marx su apasionamiento por cualquier cuestión política, que se avenía mal con el método sereno y objetivo que recomendaba a sus seguidores y que consistía en reconocer el sustrato económico.» Marx mezclaba la política con la filosofía y la economía, y de esa mezcla derivaba el problema de la relación entre pensamiento y realidad, entre teoría y praxis, temática que atraviesa la vida de Marx, la historia del pensamiento marxista y la política socialista, y ocupa un lugar preeminente en la interpretación de los marxistas críticos.

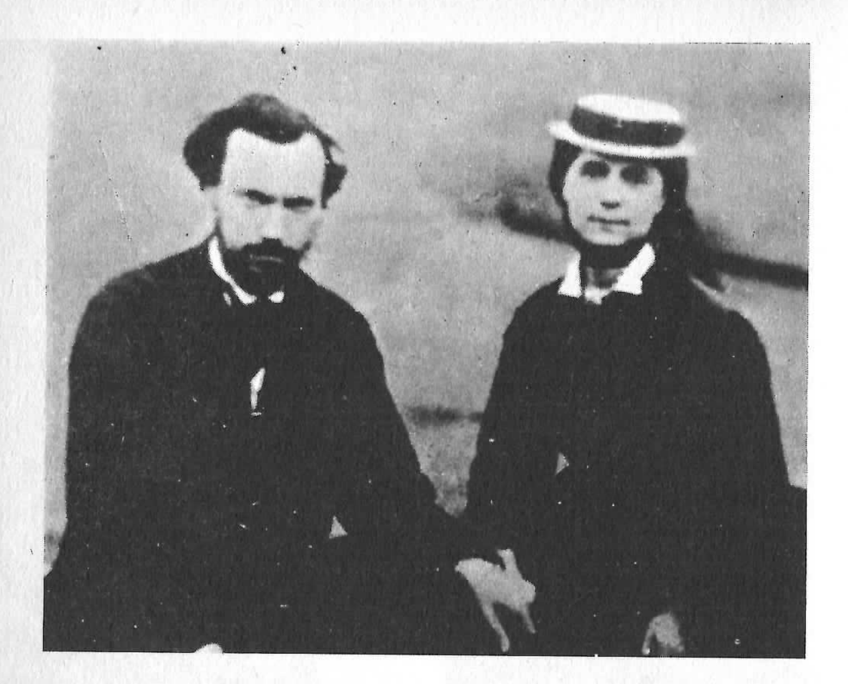
13. Telón y gloria póstuma

Se ha llegado a decir que Marx después de 1872 fue un «hombre muerto». Esta opinión es falsa, sin lugar a dudas. Pero entonces comenzó verdaderamente su vejez. Marx tenía cincuenta y cinco años, y paulatinamente su vida iba adquiriendo el tono apacible del erudito. Maxim Kowalewsky lo describía en esta época con estas palabras: «Para la mayoría de la gente, Marx es un sombrío y orgulloso exterminador de la ciencia y de la cultura burguesas. Pero en realidad es un *gentleman* anglo-alemán extraordinariamente culto, al que la intimidad con Heine había dejado un poso mezcla de alegría vital y capacidad para la sátira, y que ahora,



Laura, segunda hija de Marx, nacida el año 1864.

Karl Marx ▶ fotografiado en 1880, tres años antes de su muerte.



El socialita francés Paul Lafargue, yerno de Marx por su matrimonio con Laura.



◀ Jenny, la hija mayor de Marx, junto a su esposo, Charles Longuet.

gracias a la mejora de sus circunstancias vitales, se ha convertido en un hombre lleno de ganas de vivir.»

Cuando Engels se trasladó a Londres en 1870, los lazos de amistad entre ambos se hicieron más estrechos. La pobreza había desaparecido de la vida de Marx, merced a la generosa ayuda de Engels, y con ella se desvaneció su angustia. Marx y su esposa volvieron a recaer periódicamente en las enfermedades ya apuntadas, pero ahora al menos podían permitirse curarlas con mucha más facilidad. Sus hijas Jenny y Laura se habían casado con los socialistas franceses Charles Longuet y Paul Lafargue respectivamente, con los que los Marx mantenían una relación cordial. Vinieron los nietos, y comenzaron a crecer. Helene Demuth seguía atendiendo la casa.

Marx se había quejado en el pasado amargamente de la «conjuración de silencio» a que eran sometidas sus investigaciones. Ahora su nombre se citaba con frecuencia en los círculos científicos. Apareció la segunda edición en alemán de *El Capital*, y su traducción al francés y al ruso; en los periódicos socialistas se le nombraba muy a menudo; se hizo más familiar para los obreros, aunque el triunfo de sus ideas comenzó realmente en la década de los ochenta. Marx seguía trabajando de forma incansable, pero su labor consistía esencialmente en acumular conocimientos, no en utilizarlos. Realizó, probablemente para refrescar su memoria, una extensa cronología de la historia universal a partir de la obra de Schlosser. Extractaba con minuciosidad obras sobre agronomía, química, geología, prehistoria, temas bancarios y monetarios, y profundizaba en las matemáticas sobre todo con miras a demostrar la relación de la plusvalía con la ganancia-tipo. Le resultaban especialmente atrayentes todos los asuntos relacionados con Rusia, y emprendió el estudio del ruso para leer las estadísticas rusas, los trabajos de la comisión de impuestos y comprender mejor la situación del campo. Escribió la «Crítica del Programa de Gotha», además de otros trabajos y una colaboración para el *Anti-Dühring* de Engels. Logró algunas satisfacciones políticas: mantenía contactos con amigos políticos en muchos países y les daba consejo; vio al anarquismo perder paulatinamente importancia; se alegró por los éxitos de los socialdemócratas alemanes y redactó para los socialistas franceses un programa electoral con puntos reivindicativos muy actuales. Algunas declaraciones de esta época, por ejemplo las confiadas al sociólogo ruso Mihailowsky y en una carta a Wera Sassulitsch, muestran su comprensión hacia las perspectivas de evolución social, admitiendo más de una vía al socialismo. Decía en *El Capital*

que todos los países de Europa Occidental tenían que pasar por el estadio evolutivo capitalista de Inglaterra, pero observaba que él «había restringido conscientemente la inevitabilidad histórica de esa vía a los países de Europa Occidental». En 1872, durante una conferencia dictada en Amsterdam sobre la revolución, había excluido a Inglaterra, y quizá a Holanda y otros países, de la inminencia de una revolución.

La muerte de su esposa Jenny (2 de diciembre de 1881) fue un duro golpe para Marx, del que ya no se repondría. Su estado de salud empeoró: «He salido de mi última dolencia con una doble mutilación, la moral por la muerte de mi esposa, y la física porque me ha quedado una inflamación de la pleura y una mayor sensibilidad del árbol traqueal. Aún me costará algún tiempo reconstruir mi maltrecha salud.» Durante 1882 visitó Francia, Argel y Suiza; en su casa sólo residió unas pocas semanas. Sus fuerzas físicas y psíquicas comenzaron a quebrarse. Describe minuciosamente su estado en las cartas, fiel espejo del agotamiento final de este espíritu soberano. El 31 de marzo escribe a Engels: «*Mon cher,* a ti y a otros *family*



Jenny Marx en los últimos años de su vida. La muerte de su esposa supuso para Marx un tremendo golpe, del que ya no podría reponerse.

Ultima fotografía de Karl Marx, tomada en Argel en abril del año 1882. ▶

members, os extrañarán mis errores ortográficos y mi gramática incorrecta; incluso a mí –que me disperso con facilidad– me extraña *post festum. Shows you,* todavía resuena en mis oídos aquello de *sana mens in sano corpore.*» El 20 de mayo se lamenta: «¡Qué inútil y vano es este querido camino de la vida!» El 11 de enero de 1883 falleció repentinamente su hija Jenny Longuet. El 14 de marzo murió Marx. Engels conocía de sobra su estado: «La ciencia médica hubiera podido quizá procurarle durante algunos años una existen-

Tumba de Marx en el cementerio londinense de Highgate.



cia vegetativa, una vida de hombre completamente desvalido, apagándose lentamente por un triunfo de los médicos. Pero Marx, nuestro Marx, nunca lo hubiera soportado. Vivir con tantos trabajos inconclusos ante su vista, carcomido por el deseo de Tántalo de darles fin y viendo la imposibilidad de hacerlo, le hubiera resultado infinitamente más amargo que la muerte que le sorprendió con pasos suaves. La muerte no es una desgracia para el que muere, sino para el que sobrevive, gustaba de decir con Epicuro. Pero ver a este hombre poderoso y genial arruinado por completo, simplemente vegetando para gloria de la medicina y burla de los filisteos, no y mil veces no. Mejor que haya sido como ha sido...»

Marx no llegó a ver que en los países europeos los partidos democráticos se declaraban marxistas. Cuando el Congreso de Zurich de la Segunda Internacional (1893) lanzó un atronador aplauso a Friedrich Engels, que había sido traído por Bebel para asistir a la sesión de clausura, aquél, profundamente conmovido, exclamó: «¡Ay, si Marx hubiera podido ver esto...!»

Para algunas generaciones de trabajadores Marx simbolizó la esperanza de una vida digna para el ser humano, una vida sin pobreza ni miedo. Donde quiera que resonase el grito de guerra del *Manifiesto Comunista,* lo seguían. El sistema de Marx consolidó su conciencia de clase, les inspiró su aspiración a conquistar los derechos políticos y económicos y elevó sus pensamientos para conseguir las metas más elevadas de la humanidad. El mayor patrimonio cultural de la clase obrera de todo el mundo civilizado estaba encarnado por el movimiento que descansaba sobre sus teorías, y dentro del cual combatían los trabajadores para ganarse su puesto en la sociedad. Ese movimiento no puede abstraerse de la historia del siglo pasado y de nuestra civilización.

¿Podríamos concebir la historia de nuestro tiempo y de nuestra civilización sin él?

En general se sabía poco de las enseñanzas de Marx, pero ese poco bastaba para atraer a los trabajadores con una fuerza mágica y vencer a sus enemigos. Sólo la historia de la religión puede parangonarse con el efecto que causaron estas teorías. Para sus seguidores fueron un manantial de esperanza, que confería una seguridad que ahuyentaba cualquier vacilación personal sobre el rumbo de la historia y garantizaba la victoria final. Pero la conversión del sistema de Marx en teoría de un movimiento implicó su conversión en dogmas, en ideología. Como las teorías de Marx caen también dentro del campo de aplicación de su interpretación de la historia, tenían que aparecer contradicciones entre ellas y un desarrollo progresivo posterior. Había que interpretar las teorías, y ya que los

escritos eran intocables, se imponía retocar la realidad para llegar a la coincidencia, para eliminar la contradicción. Los seguidores de las «verdaderas enseñanzas» se llamaron lógicamente ortodoxos. Pero donde hay ortodoxia existen siempre escépticos, mediocres y, más tarde «traidores a la clase obrera». ¡Qué absurda contradicción con el lema de Marx *De omnibus dubitandum,* que obliga a practicar la herejía de la duda! Ninguna teoría puede mantener su vitalidad en una realidad dinámica si no obtiene a partir de una duda constante una nueva certeza.

Si preguntamos por la actualidad de las teorías de Marx, se nos responderá con frecuencia que la historia de su influjo está, a decir verdad, concluida, y razonarán la respuesta con un argumento en apariencia contundente: incluso si se admitiese que la teoría marxista recoge en conjunto algunas tendencias evolutivas de la sociedad industrial, habría de reconocer, sin embargo, que dicha teoría habría deducido conclusiones completamente erróneas del análisis de la realidad. Pese a las contradicciones sociales mostradas por Marx no se habría producido el derrumbamiento, aunque ha habido grandes guerras y crisis que han sacudido los cimientos de la sociedad. Es más, Rusia, según la interpretación de Marx, era un país con el que no contaba para la revolución social. Es la duda sobre la veracidad del marxismo, no de algunos de sus «pronósticos» concretos –que no desempeñan ningún papel puesto que Marx no fue un vidente– lo que impulsa a mucha gente a contestar de forma similar. Más sencillo es contestar a los que califican de anacrónicas las ideas de Marx a la vista de la realidad floreciente que las rodea. Hay otro grupo que buscaba su dios en la religión del Estado, concepción que también se vincula al nombre de Marx, y que al no encontrarlo se decepcionó. Incluso si se quisiese definir la libertad como «comprensión de la necesidad», sería completamente absurdo definirla como comprensión de la necesidad de la falta de libertad, del absolutismo del Estado, de la dictadura. Hay múltiples motivos para contestar negativamente a la pregunta de si las ideas de Marx son aún actuales.

Por otro lado, es un hecho que ya ha llegado el momento propicio para que la ciencia occidental examine en detalle la vida y la obra de Marx. Marx y sus ideas se han constituido hoy en un destacado objeto de investigación para filósofos y sociólogos, historiadores y economistas sociales. Produce asombro observar con qué minuciosidad se escudriñan los aspectos más insignificantes de este tema. Y no es sólo la mirada hacia el Este lo que estimula la investigación. La filosofía de la época, en la medida en que está preñada de futuro, o se basa en el humanismo real o queda fuera

Lápida de la tumba de Marx y su familia.

de él, y tiene, ya que aquí se trata de la existencia humana en general, su punto de partida en los planteamientos del joven Marx.

La historia del desarrollo de la teoría marxista, del «marxismo», no se reduce a la historia de su descubridor. Las ideas se independizaron de su creador por su repercusión histórica y, adulteradas y prolíficas, adquirieron vida propia. El marxismo no es creación exclusiva de Marx, sino también, entre otros, de Karl Kautsky. El marxismo se dividió en muchas tendencias y escuelas, y el polifacetismo de la obra teórica de Marx queda demostrado contundentemente por el hecho de que todas las tendencias invocan a Marx, y además pueden hacerlo, tanto los ortodoxos y revisionistas de cualquier matiz como los bolcheviques. También aquellos herejes que en la interpretación marxista de la historia percibieron el dilema de la teoría y del movimiento socialista en la petrificación de las ideas y su conversión en ideología, y reconocieron que el problema, aparentemente múltiple, era único en el fondo: la discrepancia entre teoría y praxis. Pueden estar seguros de que Marx hubiera dado su aprobación cuando plantearon este problema en toda su crudeza. El mismo Marx, en los estudios preliminares de su tesis doctoral, juzgaba absolutamente necesario analizar la ideología de Hegel, y

en modo alguno consideraba una profanación someter a una profunda crítica la filosofía de su gran maestro, creador de la «filosofía universal».

La relación de Marx con la política pone reiteradamente ante los ojos del observador este problema, tanto más imperioso cuanto que Marx era un político muy apasionado. ¿Cómo era su relación con la realidad? ¿Cómo armonizaban con ella en la acción política sus propias expectativas? ¿Representaba Marx en su persona la unidad de la filosofía y la política? La respuesta a todos estos interrogantes no puede ser una respuesta abstracta y dialéctica, sino concreta y basada en un detenido análisis. Y en definitiva, tampoco se debe olvidar que el Marx pensador y político es inseparable del hombre, y por tanto su subjetividad sólo cabe caracterizarla mediante superlativos.

Notas

1. B. Wachstein: *Die Abstammung von Karl Marx* (*Los orígenes de Karl Marx*). Copenhague, 1923, pp. 277 ss.; E. Lewin-Dorsch: «Familie und Stammbaum von Karl Marx» («Familia y árbol genealógico de Karl Marx»). *Die Glocke*. Berlín, 1923, año IX, vol. 1, pp. 309 ss. y 340 ss.; H. Horowitz: «Die familie Lwów» («La familia Lwów»). *Monatsschrift für Geschichte und Wissenschaft des Judentums*. Frankfurt, 1928, año 72, pp. 487 ss.

2. Vid., por ejemplo, E. Silberner: «Was Marx an antisemite?» En *Judaica*, vol. XI, nº 1, abril 1949.

3. Vid. la hermosa interpretación de E. Auerbach: *Die Prophetie* (*La profecía*). Berlín, Jüdischer Verlag, 1920.

4. Gustav Mayer: «Der Jude in Karl Marx». En *Neue Jüdische Monatshefte*, 25 de abril de 1918.

5. F. Regnault describió las enfermedades de Marx, basándose en la correspondencia, en «Les maladies de Karl Marx». *Revue anthropologique*. París, XLIII, 1933, pp. 293 ss.

6. La carta está fechada el 2 de septiembre de 1898. Se citan únicamente los párrafos referidos al hijo. Louise Freyberger-Kautsky fue la primera esposa de Karl Kautsky y en 1890, al morir Helene Demuth, se convirtió en ama de llaves y secretaria de Engels. Su esposo era médico de cabecera de Engels y ambos vivían en casa de éste. La autora de la carta gozaba de la confianza de Engels y Bebel. «General» es un conocido apodo de Engels; Tussy era el nombre que recibía Eleanor, la hija más pequeña de Marx.

Cronología

1818 5 de mayo: Karl Marx nace en Tréveris.

1835 Finaliza el bachillerato en el Instituto Friedrich Wilhelm de Tréveris y comienza sus estudios jurídicos en Bonn.

1836 Marx se promete en matrimonio con Jenny von Westphalen. Continúa sus estudios en Berlín.

1837 Se relaciona en el Club de Doctores con los hermanos Bauer, Buhl, Köppen, Meyen y Rutenberg entre otros.

1838 Muere su padre, Heinrich Marx, el día 10 de mayo.

1841 Se doctora «in absentia» en Jena.

1842 Comienza a trabajar como colaborador, y desde el 15 de octubre como redactor, en el *Rheinische Zeitung*. Se relaciona con Ruge.

1843 18 de marzo: abandona el periódico.
12 de junio: contrae matrimonio en Kreuznach.
Llega a París a finales de octubre.

1844 Comienza a trabajar en los *Anales franco-alemanes*. Rompe con Ruge y traba amistad con Heine y Proudhon. Redacta los *Manuscritos económico-filosóficos*. Nace su hija mayor Jenny. A finales de agosto recibe a Engels, con el que permanecerá 10 días, iniciándose una estrecha colaboración entre ambos.

1845 Se publica *La Sagrada Familia*. 3 de febrero: llega a Bruselas tras ser expulsado de Francia. Entre julio y agosto realiza un viaje de estudios a Inglaterra con Engels. A finales de año comienza a escribir *La ideología alemana*.

1846 30 de marzo: surge la polémica con Weitling. Se relaciona con Harney, Weerth, Weydemeyer, Wolff. Nace su hija Laura.

1847 Se publica la *Miseria de la filosofía*. Marx entra a formar parte de la Liga de los Comunistas y participa a comienzos de diciembre en el segundo Congreso de la Liga en Londres. Nace su hijo Edgar.

1848 Marx redacta, junto con Engels, el *Manifiesto Comunista*. A principios de

marzo es expulsado de Bélgica, trasladándose a Colonia. Engels y él fundan, en esa ciudad, la revista *Neue Rheinische Zeitung*, de la que Marx es redactor jefe. La Liga de los Comunistas se disuelve.

1849 Marx es declarado inocente de la acusación de «incitación a la rebelión», pero en mayo es expulsado por apátrida. En este mismo mes, aparece el último número de la revista. Viaja a París y en agosto comienza su exilio en Londres. Nace su hijo Guido (muerto el 19 de noviembre de 1851).

1850 Se crea de nuevo la Liga de los Comunistas. Marx edita en Londres la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, de la que sólo aparecerán cinco números. Se produce una escisión en la Liga de los Comunistas.

1851 Marx inicia su colaboración en el *New York Tribune*.

1852 Redacta *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* y *Los grandes hombres del exilio*. Tiene lugar el proceso de los comunistas en Colonia. La Liga se disuelve definitivamente.

1855 Colabora en el *Neue Oder-Zeitung*.
16 de enero: nace su hija Eleanor.
6 de abril: muere su hijo Edgard.

1859 Se publica la *Contribución a la crítica de la economía política*. Marx colabora en el periódico londinense *Pueblo*.

1860 Se publica *Señor Vogt*.

1861 Marx visita a Lassalle en Berlín. Colabora en el *Presse* de Viena.

1863 30 de noviembre: fallece su madre, Henriette Marx.

1864 9 de mayo: muere Wilhelm Wolff.
31 de agosto: muere Ferdinand Lassalle.
28 de septiembre: se inaugura oficialmente la Asociación Internacional de Trabajadores.

1865 Se publica *Salario, precio y ganancia*. Conferencia de la Internacional en Londres.

1866 Primer Congreso de la Internacional, en Ginebra.

1867 Se publica *El Capital*, primer volumen. Segundo Congreso de la Internacional, en Lausana.

1868 Tercer Congreso de la Internacional, en Bruselas. Los seguidores de Bakunin se asocian en la «Alianza Internacional».

1869 Cuarto Congreso de la Internacional, en Basilea. Se reúne en Eisenach el Congreso del Partido Socialdemócrata.

1870 Comunicación del Consejo General de la Internacional sobre la guerra franco-prusiana. Engels se traslada a Londres.

1871 La Comuna de París. Marx escribe *La guerra civil en Francia* y colabora en el *Volksstaat* de Leipzig. Conferencia de la Internacional, en Londres.

1872 *Les prétendues scissions de l'Internationale*. Último Congreso de la Internacional, en La Haya, donde se toma la decisión de la exclusión de Bakunin. El Consejo General de la Internacional se traslada a Nueva York.

1875 Los partidos obreros alemanes se unifican en Gotha en el Partido socialista de los trabajadores. Se publica la *Crítica del programa de Gotha*.

1876 Muere Mihail Bakunin.

1877 Marx colabora en el *Anti-Dühring* de Engels.

1878 Ley de los socialistas en Alemania.

1881 2 de diciembre: muere su esposa, Jenny Marx.

1882 Marx viaja a Argel, Suiza y Francia.

1883 2 de enero: muere su hija Jenny Longuet.
14 de marzo: muerte de Karl Marx.

1885 Se publica *El Capital*, segundo volumen.

1890 Muere Helene Demuth.

1894 Se publica *El Capital*, tercer volumen.

1895 Muere Friedrich Engels.

1905 Comienza la publicación de las *Teorías sobre la plusvalía*, concluida en 1910.

1913 Se publica la *Correspondencia Marx-Engels*.

1927 Comienzan a aparecer las *Obras completas de Marx-Engels*.

1932 Se publica *El materialismo histórico*.

1939 Se edita el *Compendio de la crítica de la economía política*.

1961 Publicación de los *Manuscritos sobre la cuestión polaca*.

Testimonios

Max Weber
He evitado intencionadamente hacer alusión alguna al caso para nosotros más importante de construcciones arquetípico-ideales: Marx. Quede... aquí únicamente constancia de que todas las «leyes» específicamente marxistas y su entramado evolutivo tienen –en la medida en que son teóricamente perfectas– un carácter ideal arquetípico. La eminente significación de estos tipos ideales, exclusivamente heurística cuando se los emplea como patrón de medida de la realidad, e igualmente su peligrosidad, en cuanto que se presentan como vigentes empíricamente o incluso como objetivas «fuerzas actuantes» (esto es en verdad metafísica), «tendencias», etc., las conocen todos aquellos que han trabajado alguna vez con conceptos marxistas.
(*La «objetividad» del conocimiento científico social y político-social*, 1904)

George Bernard Shaw
Hace veinticinco años estaba de moda entre los socialistas ingleses leer a Karl Marx y a Friedrich Engels (según se dice, esta moda todavía subsiste entre los socialdemócratas alemanes de cierta edad). Así que leí el primer volumen de *El Capital*; descubrí entonces que era un libro que nadie había leído y que no contiene en sus páginas ni una palabra sobre el socialismo. Yo no cuento a Marx entre los autores alemanes ni entre los de cualquier otro país. Su patria era la clase opuesta a la burguesía, y su grito de guerra decía: «¡Antiburgueses de todos los países, uníos para la lucha!» Y así lo hacen cada tres años. El mundo debe a Marx un enorme agradecimiento por haber descrito el egoísmo y la estupidez de esa respetable clase media tan venerada en Alemania e Inglaterra. *El Capital* es uno de los libros que cambiarían la mentalidad de los hombres si los leyeran. Es la obra de un hombre que no pertenecía a la sociedad normal alemana o inglesa y que ha escrito sobre capitalistas y trabajadores como si fuera un corresponsal de la guerra de clases.
(*Mi deuda con la cultura alemana*, 1911)

Joseph Schumpeter
Marx no sólo era original, sino que además poseía un talento científico de primer orden. Su concepción de que el salario actual podía equipararse, sustancialmente, a la renta del suelo del señor feudal marca –sea acertado o erróneo– a su autor con el sello del talento científico, aun cuando ésta hubiera sido su única contribución a la historia del pensamiento. El análisis teórico constituía para Marx una necesidad vital, y nunca llegó a satisfacerlo por completo. Es una de las razones de su éxito en Alemania. En la época en que se editó el primer volumen, no había en su país nadie que hubiera podido medirse con él, ni en poder de penetración ni en saber teórico.
(*Epocas de la historia de los dogmas y de los sistemas*, 1924)

¿Revolución o evolución? Si he entendido bien la interpretación de Marx, la respuesta no es difícil. La evolución era para él la madre del socialismo. Marx tenía

demasiado arraigado el convencimiento de la lógica interna de las cuestiones sociales como para creer que la revolución podía sustituir a la evolución en sí. La revolución tendrá lugar, a pesar de todo, y será únicamente la conclusión final de una larga serie de premisas. La revolución marxista es consecuencia, en su naturaleza y en su finalidad, de las revoluciones tanto de los radicales burgueses como de los conspiradores socialistas: es por esencia una revolución en la plenitud del tiempo. Es cierto que muchos de sus partidarios, que miran con recelo y antipatía semejante conclusión y especialmente su aplicación al caso ruso, pueden citar muchos pasajes de la Biblia que parecen desmentirlo. Pero en ellos el mismo Marx contradice su pensamiento más profundo y maduro que habla inequívocamente desde la estructura analítica de *El Capital* y que, al igual que cualquier otro pensamiento derivado de la lógica interna de las cosas, esconde bajo el fantástico resplandor de dudosas piedras preciosas conclusiones claramente conservadoras. Y, en definitiva, ¿por qué no? No hay argumentos serios que apoyen incondicionalmente a ningún «ismo». Cuando se dice que Marx, despojado de frases, admite una interpretación en sentido conservador, esto sólo indica que puede ser tomado en serio.
(*Capitalismo, socialismo y democracia,* 1945)

Werner Sombart

Rechazo tan rotundamente la concepción del mundo de este hombre, y con ello todo lo que hoy se engloba, resaltando su valor, en el término «marxismo», como incondicionalmente le admiro en su condición de teórico e historiador del capitalismo. Y todo lo que acaso haya de bueno en mi obra, debo agradecérselo a Marx. La magistral capacidad inquisitiva de Marx constituía su mejor talento. Todavía vivimos hoy en día de sus interrogantes. Sus geniales planteamientos han encauzado durante un siglo la ciencia económica por los caminos de una fructífera investigación. Todos los economistas sociales que no supieron hacer suya esta problemática han sido condenados a la esterilidad. Hoy podemos asegurarlo con certeza.
(*El capitalismo moderno*, 1928)

Eugen Schmalenbach

¿Cuáles son los motivos íntimos que nos obligan a abandonar la antigua economía libre pese a su extraordinaria capacidad de producción para entrar en otra dependiente de cuya capacidad de producción sabemos muy poco? En principio hay que consignar que no se trata de una decisión consciente. Los dirigentes económicos no se han propuesto la meta de abandonar una economía para aventurarse en otra, ninguno de ellos entra por su libre voluntad en el nuevo sistema económico, y a éste nos impele no la libertad del hombre sino poderosas fuerzas económicas. Hay que apuntar incluso que casi todos nuestros dirigentes económicos son enemigos teóricos declarados de la teoría económica subyacente al nuevo sistema económico, que ¿acaso es otra cosa sino la realización de las previsiones del gran socialista Marx que conocimos? Hoy vemos cumplirse sus ideas sobre el futuro de la economía. Si nosotros dijéramos a nuestros dirigentes económicos de hoy que, queriéndolo o sin quererlo, son, como quien dice, los ejecutores del testamento marxista, supongo que ellos protestarían enérgicamente. No, no hay intencionalidad en nuestros dirigentes en este viraje económico. Ellos son puros y simples instrumentos. Y si preguntamos por las verdaderas razones de ese cambio de sistema, no las busquemos en las personas, sino en las cosas.
(Congreso de teóricos de la producción. Viena, 1928)

Othmar Spann

La actualmente llamada teoría de la economía política, la teoría social e incluso la enseñanza de la historia están tan influenciadas por las ideas básicas de Marx que,

aun siendo teorías burguesas, sólo se diferencian en un grado de las marxistas.
(*Teoría social*, 1930)

Sigmund Freud

Me han extrañado algunas frases de la teoría marxista. Por ejemplo, que la evolución de las formas sociales es un proceso histórico-natural o que las transformaciones en la estratificación social proceden de un proceso dialéctico. No estoy seguro de comprender acertadamente estas afirmaciones, que no tienen sonido «material», sino que son más bien el sedimento de la oscura filosofía hegeliana por cuya escuela también pasó Marx. No sé cómo librarme de mi condición de profano, acostumbrado a atribuir la formación de las clases sociales a las luchas que, desde el principio de la historia, tuvieron lugar entre hordas humanas apenas diferenciadas. Las diferencias sociales, pensaba yo, eran originariamente diferencias de tribu o de raza. La fuerza del marxismo no reside evidentemente en su interpretación de la historia ni en la previsión del futuro que de ella se deriva, sino en la aguda comprobación del necesario influjo que ejercen las circunstancias económicas en los criterios intelectuales, éticos y artísticos de los hombres. Se descubrieron así una serie de relaciones y dependencias desconocidas hasta ese momento. Sin embargo, no se puede admitir que sean exclusivamente los motivos económicos los que determinan el comportamiento del hombre en la sociedad. El hecho indudable de que personas, razas y pueblos diferentes se comporten de forma diferente bajo condiciones económicas idénticas, excluye la dictadura férrea de los factores económicos. No se comprende en absoluto cómo se pueden pasar por alto los factores psicológicos cuando se trata de reacciones de seres humanos vivientes.
(*Nueva introducción al Psicoanálisis*, 1933)

Stefan Zweig

Me inicié en la obra de Marx en la Universidad. Tras las abstractas interpretaciones del mundo de Hegel, Schelling y otros, me resultó tremendamente provechoso conocer por fin una obra intelectual que contemplaba la vida de frente y no tomaba sus materiales del pasado sino del futuro. La lógica grandiosa e irrefutable, la implacabilidad del diagnóstico y sobre todo la forma profética de encarar el problema, me impresionaron profundamente y comprendí entonces que todo el potencial explosivo y perturbador de su época estaba comprimido como si fuera ecrasita en esos cientos de páginas.
(Contestación a una encuesta de *Internationale Literatur*, 1933)

Georg Lukács

Han pasado más de treinta años desde que, siendo joven, leí el *Manifiesto Comunista* por vez primera. La historia de mi evolución intelectual es la profundización progresiva –llena de contradicciones, no rectilínea– en las obras de Marx, que, por encima de todo, se ha convertido en la historia de toda mi vida, si es que ésta tiene alguna importancia para la sociedad. Creo que en la época posterior a Marx el análisis de Marx debe constituir el problema central de todo intelectual que se precie de serlo. Es la forma y el grado de apropiación del método y resultados de Marx lo que determina su rango en la evolución de la humanidad.
(*Mi camino hacia Marx*, 1933)

Bibliografía

Obras de Marx
No existe ninguna edición de las obras completas de Marx en castellano. No obstante, pueden encontrarse abundantes traducciones de sus obras en varias editoriales, algunas de las cuales relacionamos a continuación:
Aguilar (Madrid); Akal (Madrid); Crítica (Barcelona); Edicions 62 (Barcelona); Fundamentos (Madrid); Grijalbo (Barcelona); Progreso (Moscú); Siglo XXI (Madrid).

Obras sobre Marx:

BERLIN, I.: *Karl Marx*. Madrid, Alianza Editorial, 1973.

BRUHAT, J.: *Marx-Engels. Biografía crítica*. Barcelona, Martínez Roca, 1975.

CORNU, A.: *Karl Marx et Friedrich Engels*. París, P.U.F., 1957-70 (4 vols.).

FROMM. E.: *Marx y su concepto del hombre*. México, Fondo de Cultura Económica, 1967.

LEFEBVRE, H.: *Síntesis del pensamiento de Marx*. Barcelona, Hogar del Libro, 1982.

LENIN, V.I.: *Sobre Marx, Engels y el marxismo*. Madrid, Akal, 1976.

MAC LELLAN, D.: *Marx y los jóvenes hegelianos*. Barcelona, Martínez Roca, 1971.

MANDEL, E.: *La formación del pensamiento económico de Marx*. México, Siglo XXI, 1974.

MEHRING, F.: *Carlos Marx y los primeros tiempos de la Internacional*. Barcelona, Grijalbo, 1975.

MORISHIMA, M.: *La teoría económica de Marx*. Madrid, Tecnos, 1976.